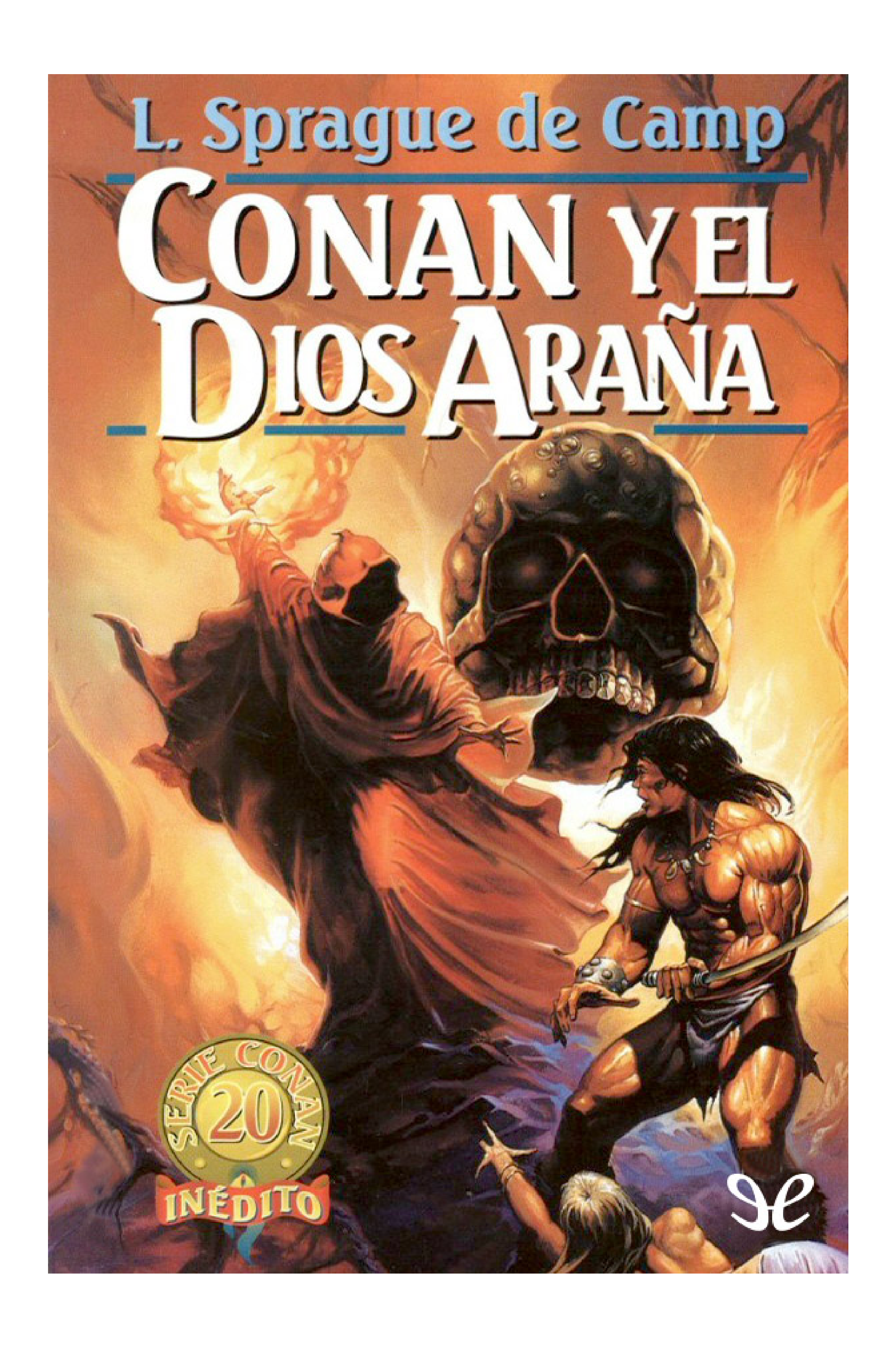

L. Sprague de Camp
CONAN Y EL DIOS ARAÑA
SERIE CONAN
20
INÉDITO

Erróneamente acusado del rapto de una reina turania, Conan decide no exponerse al hacha del verdugo. Huye al oeste por el Camino de los Reyes, y persigue a los raptores de la reina Jamilah hasta los ensangrentados muros del siniestro templo de Zath. Para poder sobrevivir a las calles de la perversa Yezud, se verá obligado a matar a todo un ejército de asesinos y caza recompensas. Sin embargo, sólo con la ayuda de una bella y valerosa doncella del templo podrá acceder a las profundidades donde habita el mal y hacer frente al venenoso dios araña…



L. Sprague de Camp

Conan y el dios araña

Conan: Serie Conan - 20

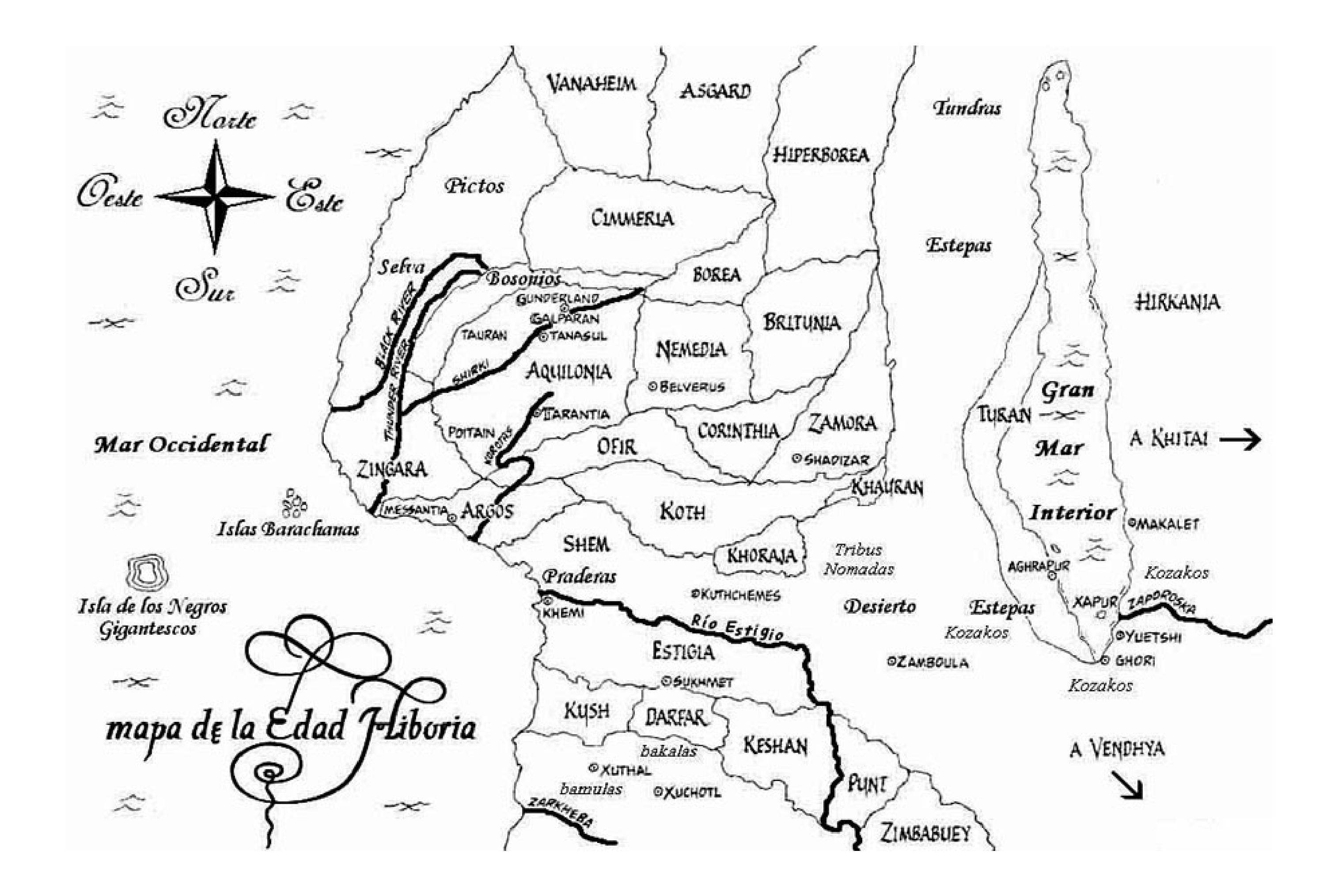
ePub r1.0

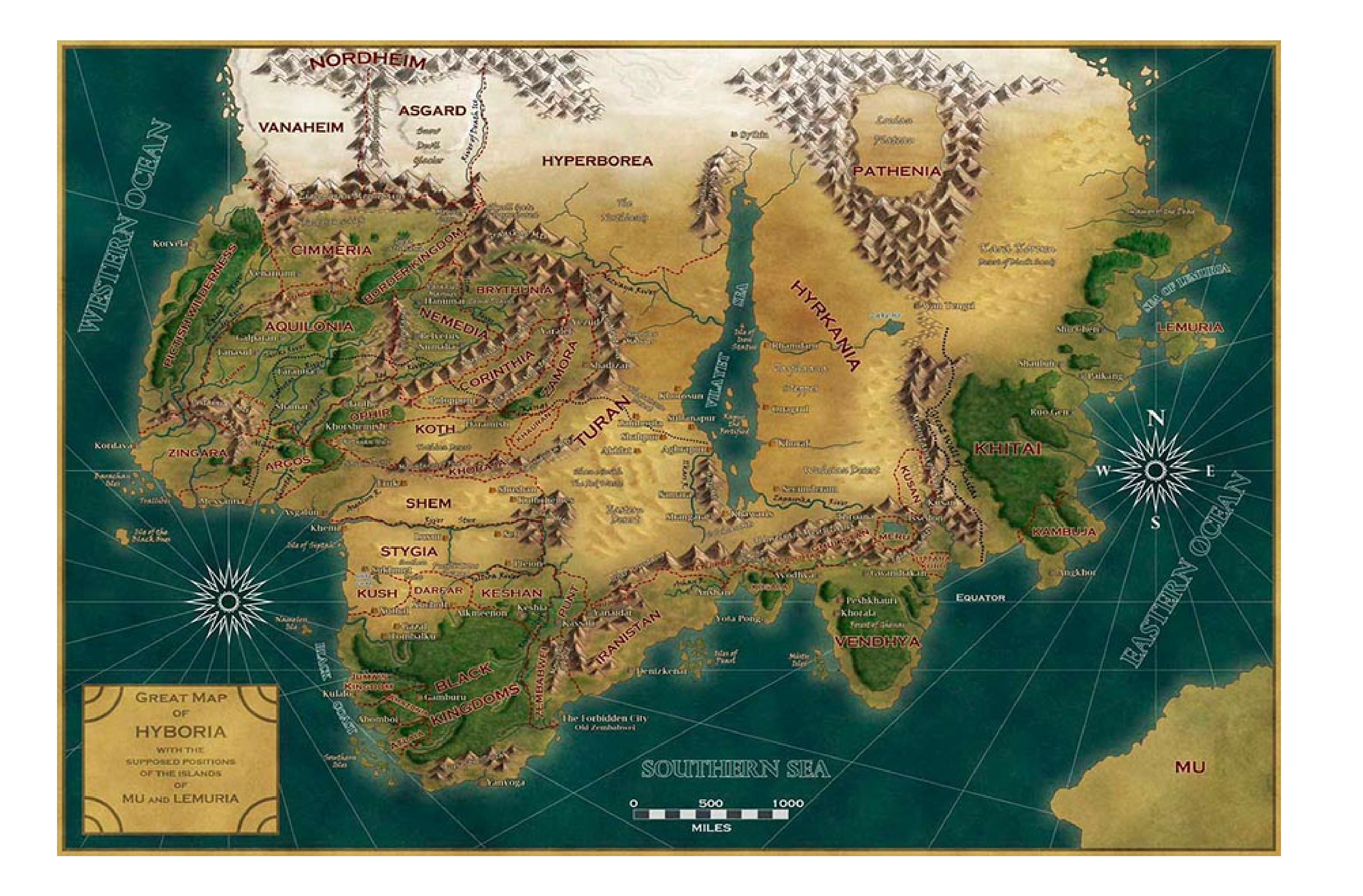
Titivillus 19.02.16

Título original: *Conan and the Spider God*
L. Sprague de Camp, 1980
Traducción: Joan Josep Musarra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




mapa de la Edad Hiboria
Norte
Oeste
Este
Sur
Mar Occidental
Islas Barachanas
Isla de los Negros Gigantescos
Pictos
Selva
Black River
Thunder River
Bosonios
Gunderland
Galparan
Tanasul
Tauran
Shirki
Aquilonia
Tarantia
Poitain
Khorotas
Zingara
Messantia
Argos
Vanaheim
Asgard
Cimmeria
Hiperborea
Borea
Britunia
Nemedia
Belverus
Corinthia
Zamora
Shadizar
Ofir
Koth
Khauran
Khoraja
Shem
Praderas
Khemi
Kuthchemes
Río Estigio
Estigia
Sukhmet
Kush
Darfar
Keshan
Punt
Zimbabuey
bakalas
Xuthal
bamulas
Xuchotl
Zarkheba
Tribus Nomadas
Desierto
Zamboula
Tundras
Estepas
Turan
Gran Mar Interior
Aghrapur
Xapur
Makalet
Kozakos
Zaporoska
Yuetshi
Ghori
Hirkania
A Khitai
A Vendhya


GREAT MAP
OF
HYBORIA
WITH THE
SUPPOSED POSITIONS
OF THE ISLANDS
OF
MU AND LEMURIA
NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HYPERBOREA
PATHENIA
HYRKANIA
VILAYET SEA
CIMMERIA
BORDER KINGDOM
BRYTHUNIA
NEMEDIA
AQUILONIA
PICTISH WILDERNESS
CORINTHIA
ZAMORA
OPHIR
KOTH
TURAN
KHITAI
KUSAN
LEMURIA
ZINGARA
ARGOS
KHORAJA
SHEM
STYGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
PUNT
IRANISTAN
ZEMBABWEI
BLACK KINGDOMS
BLACK COAST
VENDHYA
KAMBUJA
MERU
WESTERN OCEAN
EASTERN OCEAN
SOUTHERN SEA
EQUATOR
MU
N
S
E
W
0
500
1000
MILES
The Forbidden City
Old Zembabwei

Introducción

Conan, el fabuloso aventurero bárbaro, apareció en el año 1932 en la imaginación de Robert Ervin Howard, el escritor texano de narraciones pulp. Según contó el mismo Howard, el personaje «apareció en mi imaginación […] un día en que me alojé en una pequeña ciudad fronteriza cerca del bajo río Grande […]; salió de la nada ya adulto y me puse a trabajar en la saga de sus aventuras | …]. Algún mecanismo de mi subconsciente reunió los principales rasgos de boxeadores profesionales, pistoleros, contrabandistas, tahúres y honestos trabajadores con los que he tenido alguna relación y, combinándolos a todos, se produjo la amalgama que yo llamo Conan el cimmerio».

Esto es indudablemente cierto. Sin embargo, Conan también era una obvia idealización del propio Howard, del hombre que Howard habría querido ser: un aventurero irresponsable y amigo de pendencias, aficionado al vino, las mujeres y las peleas. A pesar de su robusta constitución —pues medía un metro ochenta y pesaba casi noventa kilos—, Robert Howard y el cimmerio eran distintos como la noche y el día.

A pesar de que tanto Howard como su héroe tuvieran el genio vivo y sentimientos de caballerosidad para con las mujeres, Conan es retratado como pura extroversión, como un matón con pocas inhibiciones y tan sólo unos rudimentos de conciencia. Su creador, en cambio, era un hombre escrupuloso en lo moral, meticuloso cumplidor de la ley, cortés y afectuoso, tímido, aficionado a los libros, introvertido y —aunque él lo negara— un genuino intelectual. Siempre inestable, alternaba períodos de alegre y contagioso optimismo con épocas de depresión y abatimiento. A la edad de treinta años, al inicio de una prometedora carrera literaria, se quitó la vida con ocasión del fallecimiento de su madre.

Robert E. Howard, nacido en Peaster (Texas) en 1906, pasó la mayor parte de su vida en la pequeña ciudad de Cross Plains (Texas), en el centro del estado. Retraído y solitario de niño, devoraba libros insaciablemente y ejercitaba su ya robusto cuerpo a base de boxear, levantar pesas y montar a caballo. Entre sus autores favoritos se hallaban Edgar Rice Burroughs, Rudyard Kipling, Harold Lamb, Jack London y Talbot Mundy. Dados sus intereses, no es extraño que escribiera historias de boxeadores, westerns, relatos de aventuras en Oriente y un considerable número de versos dignos de ser recordados.

Sus historias fantásticas superaron a todo lo demás, tanto en volumen como en popularidad. Howard tuvo la desgracia de que, durante la breve década que duró su vida de escritor, se tuviera a la fantasía en baja estima. No llegó a ver ninguna de sus obras publicada en formato de libro. Sus relatos más imaginativos fueron publicados en Weird Tales, una revista que tuvo una precaria existencia entre 1923 y 1954. Aunque pagara poco, y a menudo tarde, Howard la tenía por su mejor cliente.

A finales de los años veinte, Howard escribió una serie de historias fantásticas protagonizadas por el rey Kull, un nativo de la desaparecida Atlantis que logra coronarse rey de un imperio del continente principal. Esta serie no tuvo mucho éxito; de las diez historias de Kull que llegó a terminar, Howard sólo vendió tres.

Más tarde, reescribió una de las historias de Kull que no había logrado vender, «By This Axe I Rule». El nuevo relato resultante, «The Phoenix on the Sword», estaba situado en una era imaginaria posterior a la de Kull, la Edad Hyboria, una época que transcurrió entre el hundimiento de Atlantis y los comienzos de la historia escrita. Dio a su héroe el antiguo nombre céltico de Conan; pues Howard, que procedía él mismo de una familia irlandesa, sentía gran interés y admiración por los celtas.

«The Phoenix on the Sword» halló excelente acogida por parte de los lectores de Weird Tales. Por ello, desde 1932 hasta 1936, Howard se dedicó sobre todo a escribir relatos protagonizados por Conan, aunque, poco antes de su muerte, habló de abandonar el género fantástico para dedicarse a los westerns.

Entre todos los héroes de Robert E. Howard, Conan ha sido siempre el más popular. Howard llegó a ver publicados dieciocho de

los relatos protagonizados por aquel gigantesco bárbaro que vadeaba ríos de sangre y abatía enemigos naturales y sobrenaturales, y que al fin llegaba a reinar sobre el más poderoso de los reinos hyborios.

Después de la muerte de Howard, varias historias inéditas protagonizadas también por Conan, desde manuscritos completos hasta meros fragmentos y sinopsis, han ido apareciendo gracias a los esfuerzos realizados por Glenn Lord y por mí mismo. Mi colega Lin Cárter y yo hemos completado los relatos incompletos, y Cárter y Bjórn Nyberg han colaborado conmigo en escribir nuevas historias de Conan que llenaran las lagunas de su saga.

Además, otros colegas —Karl Edward Wagner, Andrew Offutt y Poul Anderson— también han escrito sus propios pastiches, practicando esa venerable forma de literatura consistente en que un autor vivo trate de retomar el espíritu y el estilo de un predecesor, como hizo Virgilio en su Eneida respecto a los poemas homéricos. Conan y el dios araña es otro de los pastiches. El propio lector tendrá que juzgar hasta qué punto hemos logrado recrear la intensidad de las narraciones de Howard y de su excelente estilo.

Las historias de Conan pertenecen a un subgénero de la literatura de fantasía llamado «fantasía heroica», o también «espada y brujería». Esta forma artística fue creada hacia 1880 por William Morris, el dibujante, poeta, decorador, artesano y reformador británico, a modo de moderna imitación de la novela medieval que empezó a morir desde que Cervantes la satirizara en su Don Quijote. A principios del siglo XX, lord Dunsany y Eric Rücker Eddison siguieron los pasos de Morris en Gran Bretaña, y Robert Howard, Clark Ashton Smith y muchos otros, en los Estados Unidos.

Los relatos de fantasía heroica transcurren en un mundo imaginario —en un remoto pasado, o en el lejano futuro, o en otro planeta—, donde la magia existe, abundan los entes sobrenaturales y no se conocen las máquinas. Es un cuento de hadas para adultos, orientado a la pura evasión. En un mundo tal, las esplendorosas ciudades apuntan a las estrellas con sus chapiteles; los hechiceros arrojan siniestros conjuros desde sus guaridas subterráneas; funestos espíritus merodean por ruinas decadentes de antigüedad inmemorial; monstruos primitivos se abren paso entre las espesuras de la jungla; y las hojas de los sables blandidos por héroes de fuerza

y valor preternaturales deciden el destino de los reinos. Los hombres son poderosos; las mujeres, bellas; los problemas, simples; la vida, una aventura. Y nadie ha oído hablar todavía de la inflación, ni de la crisis del petróleo, ni de la contaminación atmosférica.

Dicho con otras palabras: la fantasía heroica canta al mundo, no tal como es, sino como debería haber sido. Su único objetivo es entretener, y no pretende demostrar la inteligencia del autor, ni concienciar al lector, ni poner al descubierto los defectos del mundo en el que vivimos. Una vez, hablando de este puro escapismo,
J. R. R. Tolkien
comentó: «¿Cómo podríamos despreciar al hombre que, hallándose en una prisión […], no piense y hable tan sólo de los carceleros y de los muros de la cárcel?».

Durante la II Guerra Mundial, pareció que la fantasía había caído víctima de la Edad de la Máquina. Entonces, con la publicación en los años cincuenta de la novela en tres volúmenes de Tolkien El Señor de los Anillos, y su posterior reedición como libro de bolsillo, con la que obtuvo un excepcional récord de ventas, el futuro de la fantasía moderna quedó asegurado.

En los años sesenta, logré que un editor de libros de bolsillo se interesara por la serie completa de las historias de Conan, con el fin de que la notable obra de Howard pudiera llegar por primera vez a un público amplio. Los doce volúmenes resultantes ocupan el segundo puesto en popularidad —detrás de El Señor de los Anillos — entre las obras de fantasía; su protagonista es un héroe que se impone al mundo entero, que no respeta mezquinas leyes ni prohibiciones; su historia es narrada con estilo vigoroso y colorista; aparece en ella un hombre que triunfa sobre pruebas y tribulaciones que laceran el alma. Está hecha de la misma materia que los sueños.

En la saga, Conan, hijo de un herrero, nace en la desolada y primitiva tierra norteña de Cimmeria. Forzado a huir de su tribu como resultado de una pendencia, viaja hacia el norte, hacia el país subártico de Asgard, donde se une a los aesires en sus batallas con los vanires del país de Vanaheim, situado más hacia el oeste, y con los hiperbóreos del este. En una de esas escaramuzas es capturado y hecho esclavo por los hiperbóreos. Logra escapar y huye hacia el sur, hasta la civilizada tierra de Zamora. Sin conocer la ley ni las

costumbres de los hombres civilizados, Conan ejerce durante un par de años el oficio de ladrón, con más atrevimiento que pericia, no sólo en Zamora sino también en los reinos colindantes de Corinthia y Nemedia.

Harto de esta vida de hambre y marginación, Cortan se marcha a Oriente y se alista en el ejército del poderoso imperio oriental de Turan, gobernado por el bondadoso pero ineficiente rey Yildiz. Sirve como soldado durante unos dos años, aprende a tirar con el arco y emprende largos viajes, que en una ocasión le llevan al más lejano Oriente, al legendario reino de Khitai.

Al comienzo del presente relato, Conan, que todavía tiene poco más de veinte años, ha obtenido el rango de capitán y un destino que ambicionaba desde hacía tiempo en la Guardia Real, en la capital del reino, llamada Aghrapur. Como de costumbre, se mete en problemas; y las circunstancias no tardan en obligarle a buscarse medios de vida en otro lugar.

L. Sprague de Camp
Villanova, Pennsylvania

1. Lujuria y muerte

Un hombre alto, inmensamente fuerte —casi un gigante—, aguardaba inmóvil entre las sombras del patio. Aunque alcanzaba a ver la candela que la mujer turania había dejado en la ventana para indicarle que no había peligro, y aun cuando trepar por allí habría sido un juego de niños para un montañés, el hombre esperó. No quería que le pillaran mientras escalaba la pared, pegado como un escarabajo a la hiedra que cubría el antiguo edificio. Aunque la guardia cívica habría vacilado en arrestar a uno de los oficiales del rey Yildiz, los rumores originados por su aventura hubieran llegado a oídos del protector de Narkia. Y el tal protector era el capitán superior Orkhan, a cuyas órdenes servía el corpulento individuo.

Con atentos ojos azules, Conan de Cimmeria, capitán de la Guardia Real, escudriñó los cielos, desde donde la luna llena moteaba las cúpulas y torres de Aghrapur con polvillo de plata. Una nube estaba ocultando el astro; pero aquel galeón de los cielos, arrastrado por el viento, no bastaba para los propósitos del cimmerio. Sólo mitigaría la luz de la luna durante la mitad del tiempo que necesitaba para encaramarse por la hiedra. Observó con satisfacción que una segunda nube, mucho más grande, avanzaba por la estela de la primera.

Cuando la luna se hubo velado el rostro con la nube más henchida, Conan le dio la vuelta a su tahalí hasta que la espada le colgó entre los hombros. Se quitó las sandalias y se las guardó en el cinturón; entonces, aferrándose con manos y pies a las gruesas y nudosas hiedras, trepó con felina agilidad.

En los chapiteles envueltos en sombras y en las azoteas reinaba un silencio espectral, roto solamente de vez en cuando por unos pies apresurados; mientras que, en lo alto, la nube de bermejos contornos avanzaba lentamente. El trepador sintió que un viento

suave le agitaba la cabellera negra, de corte cuadrado, y le agitó un breve estremecimiento. Recordó las palabras del astrólogo a quien había consultado tres días antes.

—Guárdate de iniciar una empresa en la próxima luna llena —había dicho el anciano de barba gris—. Los aspectos de las estrellas indican que, si lo hicieras, pondrías en movimiento ruedas que giran dentro de otras ruedas de causa y efecto… una extensa concatenación de cambios funestos.

—¿Cómo será el resultado? ¿Bueno, o malo? —le había preguntado Conan.

El astrólogo encogió sus huesudos hombros bajo la remendada túnica.

—Eso no puede preverse; sólo está en mi mano el decirte que tendría lugar un drástico cambio. Se producirían grandes alteraciones.

—¿Ni siquiera puedes decirme si me llevarían a buen o mal puerto?

—No, capitán. Como no veo que las estrellas te contemplen con favor, me parece más probable que te lleven a mal puerto.

Gruñendo a causa de la desalentadora predicción, Conan le había pagado y se había ido. No se mostraba escéptico ante ninguna forma de magia, brujería o espiritismo; pero tenía la misma fe en la falibilidad de los ocultistas. Creía que debía de haber entre ellos, por lo menos, tantos embaucadores y falsarios como en cualquier otro oficio. Así, cuando Narkia le hizo llegar una nota que le invitaba a tener un encuentro mientras su protector estaba ausente, no se había dejado intimidar por la advertencia del astrólogo.

La vela se apagó, y la ventana se abrió chirriando. El gigante se coló por ella y, una vez dentro, se incorporó con cautela. Contempló con lascivia a la turania que estaba de pie ante él. Su cabello negro caía en cascada sobre los esbeltos hombros, y el fulgor de la vela, que ahora reposaba sobre un escabel que la mujer tenía a su lado, permitía entrever su espléndido cuerpo bajo la diáfana túnica de seda de color amatista.

—Bueno, ya estoy aquí —bramó Conan.

Los felinos ojos de Narkia centellearon de contento al ir a posarse en el hombre que se erguía ante ella, vestido con una barata túnica de lana y pantalones remendados con parches en las rodillas.

—He estado aguardando tu llegada, Conan —respondió la mujer, al tiempo que se le acercaba con los brazos abiertos—. Aunque, en verdad, no esperaba encontrarte vestido de mozo de establo. ¿Dónde has dejado tu espléndido uniforme de color escarlata y crema, y tus botas con espuelas de plata?

—No me pareció razonable vestir así en esta noche —dijo Conan bruscamente, mientras se sacaba el tahalí por la cabeza y dejaba caer descuidadamente su espada sobre la alfombra.

Bajo su melena negra de corte cuadrado, unos ojos azules, profundos, enmarcados por cejas frondosas y negras, ardían en su rostro moreno y lleno de cicatrices. Aunque tuviera poco más de veinte años, las vicisitudes de una vida violenta y difícil habían estampado en él una severa apariencia de madurez.

Con la agilidad de un tigre, Conan se acercó a ella, agarró a la moza con sus fornidos brazos y la hizo volverse hacia la cama. Pero Narkia se resistía, y hacía fuerza con las palmas de las manos contra su robusto pecho.

—¡Espera! —le decía en voz baja—. Los bárbaros sois demasiado impulsivos. Primero, tenemos que cultivar nuestra relación. ¡Siéntate en ese taburete y toma un trago de vino!

—Si es necesario… —masculló Conan, que hablaba el hirkanio con acento bárbaro.

Se sentó de mala gana y vació en tres tragos la copa de dorado líquido que le era ofrecida.

—Te lo agradezco, muchacha —murmuró, dejando la copa vacía sobre la mesilla. Narkia rió entre dientes.

—¡En verdad, capitán Conan, que eres un patán! Tendrías que haber bebido y saboreado lentamente esa excelente cosecha de Iranistán, pero te la has tragado como si fuera cerveza amarga. ¿Es que jamás te civilizarás?

—Lo dudo —gruñó Conan—. Lo que he visto de vuestra llamada civilización en estos últimos años no me ha gustado mucho.

—Entonces, ¿por qué te quedas aquí, en Turan? Podrías volver a tu bárbara patria, dondequiera que esté.

Con torva sonrisa, Conan apoyó la peluda nuca en sus robustas manos, y se recostó en la pared tapizada.

—¿Que por qué me quedo? —Se encogió de hombros—. Supongo que no me voy porque aquí, de un modo u otro, puedo

ganarme más oro; también hay más cosas por hacer y por ver. La vida de las aldeas cimmerias no tarda en aburrir, siempre hace uno lo mismo, un día tras otro, salvo cuando surgen estúpidas disputas con los demás aldeanos y, de vez en cuando, alguna sanguinaria refriega con un clan vecino. Aquí y ahora… ¿qué ha sido eso?

Unos pies calzados con botas subieron por la escalera y, al cabo de un instante, la puerta se abrió con violencia. En la negrura de la entrada apareció el capitán mayor Orkhan, cuya mandíbula colgaba de pura sorpresa bajo el yelmo rematado en punta y envuelto en un turbante. Orkhan era un hombre alto, de facciones aguileñas, no tan corpulento como Conan, pero fuerte y esbelto, aunque las primeras vetas grises habían empezado a aparecer en su oscura barba recortada con esmero.

Mientras Orkhan contemplaba la escena, y la comprensión iba reemplazando al asombro, su rostro se fue enrojeciendo de pura ira.

—¡Vaya! —masculló—. Cuando te pierdo de vista… —Acercó la mano al puño de su cimitarra.

En el momento de abrirse la puerta, Narkia había corrido detrás de la cama. Mientras Orkhan aún hablaba, ella gritó:

—¡Ha querido violarme! El bárbaro irrumpió, amenazándome con matarme…

Confuso, Conan iba mirándolos al uno y a la otra, hasta que su mente, atrapada en la rápida sucesión de acontecimientos, se aclaró. Cuando la espada de Orkhan abandonó su vaina con un siseo, el cimmerio se puso en pie de un salto, agarró el taburete sobre el que había estado sentado y lo arrojó a su atacante. El proyectil golpeó al turanio en el vientre y le hizo caer dando traspiés. Al mismo tiempo, Conan corrió hacia su propia espada, que yacía envainada en el suelo. Cuando Orkhan se recobró, Conan estaba ya de pie y armado.

—¡Gracias a Erlik que habéis venido, mi señor! —decía entrecortadamente Narkia, acurrucada tras el lecho—. Me habría…

Al mismo tiempo que ella hablaba, Conan tuvo que hacer frente a un ataque en tromba de Orkhan, que se abalanzó asestando mandobles del derecho, del revés y de arriba abajo en rápida sucesión. El cimmerio, sombrío, iba parando cada uno de sus violentos ataques. Los aceros entrechocaban, producían ecos metálicos y rechinaban, y se arrancaban mutuamente destellos.

Toda su esgrima se reducía a cortar y parar, puesto que el sable curvo turanio no era apto para tirar estocadas.

—¡Detente, necio! —rugía Conan—. ¡Esa mujer miente! Vine porque ella me invitó, y no hemos hecho nada…

Narkia chilló algo que el cimmerio no logró comprender; pues, cuando Orkhan endureció sus acometidas, la roja furia de la batalla se inflamó en las venas de Conan. Empezó a asestar mandobles más fuertes y más rápidos, hasta que Orkhan, aunque fuera un espadachín avezado, cayó de espaldas respirando pesadamente.

Entonces, la espada de Conan, eludiendo la guardia de Orkhan, se clavó por entre las anillas de la cota de malla del turanio y se hundió en su ijada. Orkhan se tambaleó, soltó el arma y se tapó la herida con una mano; la sangre se le escapaba por entre los dedos. Después del primer mandoble decisivo, Conan le hizo un profundo corte en el cuello. El turanio cayó pesadamente, se agitó convulsivamente, y se quedó quieto, mientras las manchas oscuras se iban extendiendo por la alfombra sobre la que yacía.

—¡Lo has matado! —chilló Narkia—. Tughril querrá tu cabeza por esto. ¿No podías dejarlo sin sentido con el plano de la espada?

—El hombre que lucha por su propia vida —gruñó Conan, al tiempo que limpiaba y envainaba su arma— no puede medir sus golpes con la misma precisión con la que el boticario elabora sus brebajes. Tú has tenido tanta culpa como yo. ¿Por qué me has acusado de violarte, muchacha?

Narkia se encogió de hombros. Con un asomo de sonrisa maliciosa, dijo:

—Porque no sabía quién de vosotros dos había de ganar; y si yo no te hubiese acusado, y él te hubiera matado, puedes estar seguro de que luego me habría asesinado a mí.

—¡Eso es lo que tú llamas civilización! —dijo Conan con sorna.

Antes de recoger el tahalí para volver a pasárselo por la cabeza, se volvió y azotó a Narkia en las ancas con el arma envainada, y la hizo caer torpemente. Ella se encogió; tenía los ojos desorbitados de espanto.

—Si no fueras una mujer —gruñó Conan—, habrías tenido un mal fin. Te lo advierto, deja pasar una hora antes de dar la alarma. Si no lo haces… —Frunciendo el ceño, se pasó un dedo por la garganta y retrocedió hasta la ventana.

Enseguida volvió a bajar por la hiedra, mientras las maldiciones de Narkia le seguían en la noche alumbrada por la luna.

Lico de Khorshemish, teniente de la Caballería Ligera del Rey, estaba interpretando un aire quejumbroso con su flauta; entonces, Conan irrumpió en el cuarto que ambos compartían en el Callejón de Maipur. Murmurando un breve saludo, Conan se apresuró a quitarse el atuendo civil y ponerse su uniforme de oficial. Luego, extendió su manta sobre el suelo y empezó a amontonar sobre ella sus escasas posesiones. Abrió un baúl cerrado con llave y sacó un saquito lleno de monedas.

—¿Adónde vas? —le preguntó Lico, que era un hombre moreno y robusto, de edad parecida a la de Conan—. Parece que te quieras marchar para no volver. ¿Es que te persigue algún demonio?

—Ambas cosas son ciertas —gruñó Conan.

—¿En qué problema te has metido? ¿Has asaltado el harén del rey? En nombre de los dioses, ¿por qué lo haces después de haber obtenido la cómoda posición por la que intrigaste?

Conan vaciló, y luego dijo:

—Puedo contártelo, porque ya me habré ido antes de que tengas tiempo de traicionarme.

Lico iba a protestar airadamente, pero Conan le ordenó silencio con un gesto.

—Sólo bromeaba, Lico. Resulta que acabo de matar a Orkhan.

Escuetamente, le contó lo sucedido aquella noche. Lico silbó.

—¡Te has arrojado de cabeza por un barranco! Su padre es el Sumo Sacerdote de Erlik. El viejo Tughril te exprimirá la sangre del corazón, aun cuando obtengas el indulto del rey.

—Lo sé —masculló Conan mientras liaba un fardo con la manta —. Por eso me voy con tantas prisas.

—Si también hubieras matado a la mujer, habría parecido un robo ordinario, y no hubiera quedado ningún testigo.

—¡Esa idea parece propia de un kothio! —gruñó Conan—. Todavía no estoy lo bastante civilizado como para matar mujeres así como así. Si me quedo el tiempo suficiente en estas tierras del sur, tal vez aprenda.

—¡Bien, y parece propio de un cimmerio el ir metiéndose en una trampa detrás de otra! Yo ya te dije que los augurios para esta noche eran desfavorables, y que mi sueño de la noche pasada

presagiaba males.

—Sí; soñaste una necedad que no tenía nada que ver conmigo, algo de un brujo que se apoderaba de una gema sin precio. Más te valdría ejercer de adivino y no de soldado, amigo mío.

Lico se levantó.

—¿Necesitas más dinero? Conan negó con la cabeza.

—Te lo agradezco; pero llevo el suficiente para llegar hasta otro reino. Gracias a Erlik, he ahorrado una parte de mi soldada. Si tiras de las cuerdas adecuadas, Lico, tal vez puedas ocupar mi puesto.

—Es posible; pero preferiría tener aquí a mi viejo camarada de armas para poder insultarnos a placer. ¿Qué digo cuando me pregunten?

Conan calló por unos momentos, con el ceño fruncido.

—¡Por Crom, qué situación más complicada! Diles que te conté alguna historia descabellada, que te dije que me habían confiado un mensaje real para que lo llevara a… a… ¿cómo se llama ese pequeño reino fronterizo que está al sudeste de Koth?

—¿Khaurán?

—Sí, un mensaje para el rey de Khaurán.

—Tienen una reina.

—Para la reina, entonces. ¡Adiós, y no te olvides de protegerte la entrepierna en las batallas!

Se despidieron de manera franca, propia de soldados: se estrecharon las manos, se dieron palmadas en la espalda y puñetazos en el hombro. Entonces, Conan se marchó, envuelto en una capa de color azafrán.

La redonda luna, que descendía por el cielo occidental, contemplaba plácidamente la Puerta Oeste de Aghrapur; Conan cabalgaba al trote sobre su gran caballo de guerra negro, Egil. Las pertenencias que llevaba envueltas en la manta estaban fuertemente atadas a la silla de montar, detrás de su perilla.

—¡Abrid! —gritó—. ¡Soy el capitán Conan, de la Guardia del Rey, en misión para el monarca!

—¿Cuál es la misión, capitán? —preguntó el oficial de guardia en la puerta.

Conan le mostró un rollo de pergamino.

—Un mensaje de Su Majestad para la reina de Khaurán. He de entregarlo sin demora.

Mientras los soldados, gruñendo, tiraban del portal, hecho de roble con bisagras de bronce, Conan se guardó el pergamino en el saquito que colgaba de su cinturón. En realidad, aquel pergamino era un breve tratado de esgrima con el que Conan había estado practicando su escaso conocimiento del hirkanio escrito, y había contado con que los guardias no se molestarían en inspeccionarlo. Y aunque lo hubieran inspeccionado, tenía la certeza de que pocos de ellos, o ninguno, habrían sabido leer el documento, especialmente a la luz de sus faroles.

Al fin, la puerta se abrió chirriando. Haciendo un gesto con la mano, Conan la traspuso al trote y se lanzó a medio galope. Siguió una ancha vía, que algunas gentes de aquella región llamaban «el Camino de los Reyes» —una de las varias vías principales que recibían aquel nombre— y llegaba hasta Zamora y los reinos hiborios. Galopó tenazmente en la noche moribunda, dejó atrás campos de joven trigo primaveral, pastos exuberantes donde unos pastores vigilaban sus rebaños de ovejas y otros sus manadas de vacas.

Antes de que el camino llegara a Shadizar, la capital de Zamora, un sendero se desviaba hacia los montes de la colindante Khaurán. Conan, sin embargo, no tenía ninguna intención de ir a Khaurán. En cuanto hubo perdido de vista Aghrapur, se salió del camino por un paraje donde los árboles cubiertos de maleza flanqueaban un arroyo. Desmontó en un lugar donde no podía ser visto, ató el caballo, se quitó el elegante uniforme y se puso la raída túnica de civil y los pantalones que había llevado en su desafortunada visita a Narkia.

Mientras se cambiaba, Conan se maldijo a sí mismo por su necedad y sus sesos de mosquito. Lico tenía razón; Conan era un necio. La mujer le había hecho llegar con disimulo una nota en la que le invitaba a acudir a sus aposentos mientras su protector estuviera ausente, en Shahpur; y, harto de rameras de taberna, Conan había aspirado a los favores de una cortesana de rango y calidad más elevados. Por ello, y por la pueril emoción de robarle la moza a su oficial delante mismo de sus narices, había puesto fin a una carrera prometedora. Jamás habría imaginado que Orkhan pudiese regresar a Aghrapur antes de lo que se esperaba. Lo peor de todo era que nunca le había desagradado aquel sujeto; era un oficial

estricto, pero justo…

Sumido en su melancolía, Conan deshizo el turbante de su yelmo rematado en punta y lo ató en torno a su cabeza al estilo de las cufias zuagires, con los extremos metidos en la túnica. Entonces, volvió a atar el fardo, montó y se puso en marcha animosamente. Pero no volvió al Camino de los Reyes. En cambio, se encaminó hacia el norte campo a traviesa, por prados y bosques por los que nadie pudiera seguir las huellas de su caballo.

Sonrió torvamente cuando lejos, a sus espaldas, oyó estruendo de cascos; un escuadrón de jinetes galopaba hacia el oeste por la vía mayor. Si seguían en aquella dirección, jamás le darían alcance.

Media hora más tarde, en el alba violácea, Conan cabalgaba al paso hacia el norte por un camino menor —poco más que una senda—, por una región cubierta de maleza. Tantos planes y rutas alternativas llevaba en la cabeza, que por un instante no fue capaz de oír el estrépito de los cascos, el crujido de los arneses y el roce de los arreos de los jinetes que se le acercaban. Antes de que tuviera tiempo de guiar a su caballo hasta los matorrales que les hubieran ocultado a ambos, los jinetes doblaron un recodo en el camino y se lanzaron en su persecución. Se trataba de un escuadrón de arqueros montados del rey Yildiz, cuyas monturas echaban espuma por los belfos.

Maldiciendo su propio descuido, Conan se apartó a un lado del camino, sin saber si luchar o huir. Pero los soldados pasaron de largo sin apenas mirarle. El último de la columna, un oficial, tiró de las riendas el tiempo suficiente para gritarle:

—¡Eh, tú, amigo! ¿Has visto una partida de viajeros que iban con una mujer?

—Pero qué… —Conan iba a replicarle con una airada respuesta, pero entonces recordó que ya no era capitán de la Guardia Real—. No, señor, no los he visto —masculló, aparentando una humildad poco convincente.

Maldiciendo por sus dioses, el oficial espoleó a su caballo y siguió al resto del escuadrón. Conan, que siguió al trote hacia el norte, sintió tanto asombro como alivio. Algo debía de haber sucedido en Aghrapur, algo más importante que su asunto con Orkhan. El escuadrón que había pasado de largo ni siquiera había mostrado interés por averiguar su identidad. ¿Podía ser que la

fuerza que había visto dirigiéndose al oeste por el Camino de los Reyes tampoco estuviera persiguiendo al capitán Conan?

Tal vez pudiera aclarar aquel enredo en Sultanapur.

2. El felino de las marismas

Atravesar las marismas de Mehar no le resultó menos fatigoso que cruzar a lomos de un camello un desolado desierto, o guiar un bote por el mar sin fin. Los juncos, más altos que el caballo de Conan, crecían por todos lados sin acabarse jamás. Los amarillentos tallos del año anterior crujían monótonamente cuando la brisa murmuraba entre ellos; mientras que, a ras de suelo, los brotes verdes y tiernos del nuevo año cubrían la tierra y servían de alimento a Egil.

El jinete que quisiera atravesar las marismas tenía que guiarse mediante el sol y las estrellas. Aquello habría sido casi imposible para un hombre que viajara a pie, pues los altísimos juncos le habrían impedido ver la mayor parte del cielo, salvo el retazo que tuviera inmediatamente encima de la cabeza.

Como Conan iba a lomos del semental, su cabeza sobresalía entre los juncos, que se ondulaban suavemente como las olas de una mar en calma. Cuando llegaba a alguna de las escasas elevaciones del terreno, en ocasiones columbraba el mar de Vilayet en lontananza, a su diestra. A la izquierda, divisaba a menudo las lomas de los pequeños montes que separaban las marismas de Mehar de la estepa turania.

Conan había vadeado con su caballo el río Ilbars, frente a Akif, y se había dirigido hacia el norte sin perder el mar de vista. Creía que, para que sus perseguidores no le encontraran, tenía que desaparecer entre las multitudes de una ciudad o huir a la soledad de algún paraje despoblado, donde podría avistar a quienes le daban caza en el caso de que estos encontraran su rastro.

Conan veía por primera vez las marismas de Mehar. Se decía que era uno de los lugares más solitarios del mundo. El anegado suelo no podía ser aprovechado por los granjeros. No había otra

madera que algunos árboles enanos y deformes, que en ocasiones coronaban algún altozano. Se contaba que el número de insectos que picaban era tan grande que los cazadores, quienes tal vez habrían ido en gran número a las marismas en pos de jabalíes u otras bestias, preferían no buscar presas por allí.

Se decía, además, que en aquellas marismas tenía su hogar un peligroso predador, al que se designaba con el impreciso nombre de «felino de las marismas». Aunque Conan nunca había encontrado a nadie que dijera haber visto a tal criatura, todo el mundo estaba de acuerdo en que esta era tan mortífera como un tigre.

Aun así, la triste soledad de las marismas excedía todas las previsiones de Conan. Nada quebraba el silencio, salvo el chapoteo de los embarrados cascos de Egil, el murmullo de los juncos y el zumbido de las nubes de insectos, que se alejaban, volando arremolinados, de los tallos que se agitaban a su paso. Con la ropa de su turbante firmemente atada en torno a la cabeza, y los guanteletes del uniforme en las manos, Conan se hallaba bien protegido; pero su miserable montura meneaba sin cesar la cola y agitaba la crin para expulsar a aquella miríada de bichos.

Durante varios días, Conan se fue abriendo paso entre idénticos juncos. En una ocasión, tropezó con un grupo de jabalíes de una especie corpulenta y roja como la herrumbre. Ávido de añadir alguna carne fresca a su menguante provisión de carne salada y galletas secas, echó mano del arco; pero cuando hubo sacado de su estuche el arma hirkania, corta y de doble curva, los jabalíes habían desaparecido ya. Conan no quiso demorarse yendo en su busca.

Durante tres días, Conan se fue abriendo paso; los juncos seguían cubriendo la tierra hasta el horizonte. Hacia el final de la tercera jornada, cuando un montículo le permitió escrutar en la lejanía, se encontró con que tanto el mar, a su derecha, como los montes, en el horizonte occidental, parecían hallarse más cerca. Como supuso que se estaba aproximando al confín septentrional de las marismas y a la ciudad de Sultanapur, arreó a Egil al trote.

Entonces oyó, débilmente a causa de la distancia, un grito humano; creyó distinguir varias voces que gritaban. Volviendo la cabeza, descubrió el origen de las voces en un montículo que quedaba a su izquierda, desde donde una columna de humo azulado ascendía hacia el cielo. La prudencia aconsejaba a Conan seguir

adelante sin prestar atención a la causa de aquel tumulto. Cuantos menos le vieran hasta que abandonara Turan, más posibilidades tendría de escapar ileso del reino.

Pero la prudencia nunca había ocupado un puesto preeminente entre los consejeros de Conan; y si allí había un campamento, también encontraría comida recién asada, y ocasión de robar o de hacerse con un empleo legítimo. Además, aquello había despertado su curiosidad. Aunque Conan era capaz de mostrarse implacable en la persecución de sus propios intereses, también podía, en un impulso quijotesco, complicarse en algún asunto que en nada le concerniera cuando su bárbara noción del honor lo requería.

En aquel trance, la curiosidad y el deseo de hallar comida pudieron con su cautela. Conan obligó a Egil a volverse hacia el montículo y espoleó al caballo para que fuera a trote ligero. Al acercase, pudo distinguir a algunas agitadas figuras que corrían sobre la cima del collado, entre macizos de flores silvestres de primavera, cuyos pétalos de color escarlata, dorado y violeta imprimían un raro toque de color al monótono paisaje.

Al acercarse todavía más, vio que se trataba de cinco hombres, y que estos corrían en torno a una pequeña tienda y una hoguera de acampada. Sus bestias de carga —cuatro asnos, dos caballos y un camello— estaban atadas a un árbol nudoso y poco crecido: aterrorizadas, corcoveaban y tiraban de sus ataduras, a pesar de los esfuerzos de uno de los hombres por calmarlas.

—¿Qué ocurre? —rugió Conan entre el murmullo de los juncos.

—¡Ten cuidado! ¡Es el felino de las marismas! —gritó uno de los hombres, un individuo delgado, tocado con un turbante blanco.

—¿Dónde? —gritó Conan.

Los hombres que se hallaban en torno a la tienda balbucearon todos a la vez, señalando en varias direcciones. Entonces, se oyó un siseante gruñido a la derecha de Conan, y saltó de entre los juncos una criatura de color leonado, que en nada se asemejaba a otras que hubiera visto el cimmerio. Su cabeza y sus cuartos delanteros se parecían a los de un corpulento ejemplar de la familia de los gatos, pero las patas traseras duplicaban en longitud a las de cualquier otro felino. La bestia se le acercó dando grandes saltos; mantenía rígida y en alto la pesada cola, y parecía una extravagante combinación de pantera y gigantesca liebre.

Al ver la amenaza que se le acercaba, el corcel relinchó de miedo y saltó, llevado por el pánico. Durante sus dos años de servicio en el ejército turanio, Conan se había convertido en un experto jinete; pero carecía de la consumada pericia de los nómadas hirkanios, criados sobre la silla de montar. Cogido por sorpresa, cayó de su montura, y dio fuertemente con el hombro sobre una masa de juncos. Con gran estruendo de pezuñas, Egil desapareció.

Veloz como el rayo, Conan se puso en pie y desenvainó la cimitarra. El felino de las marismas se hallaba a una lanza de distancia del cimmerio, con el pelambre erizado y fuego en los ojos. Preparándose para el ataque, Conan alzó su arma y profirió el espantoso grito de batalla de las tribus cimmerias.

Al oír el terrible e inhumano grito, el felino se detuvo, rugiendo. Entonces saltó, pero no hacia Conan. La bestia dio un salto hacia un lado y empezó a correr en torno al montículo. En la cima del pequeño cerro, los cinco viajeros se abalanzaron a detenerla, armados con lanzas, dagas y una única espada. Pero el felino de las marismas estaba más interesado en las atadas bestias de los viajeros que en sus presas humanas.

Conan corrió a toda velocidad por la ladera hasta llegar a la cima, donde la hoguera de acampada chisporroteaba alegremente. Agarrando un puñado de ramillas encendidas, se echó a correr de nuevo, esta vez hacia el felino de las marismas, el cual se agazapó para dar otro de sus larguísimos saltos. La carrera de Conan hizo que se inflamara el fuego que ardía en la leña, y la arrojó por su extremo ardiente a la cara del felino.

Chillando, la criatura se alejó de un salto, se volvió y desapareció gimiendo entre los juncos; su pelambre y sus bigotes chamuscados dejaron un tenue rastro de humo.

Cuando Conan volvió a subir por la ladera, el viajero de la espada y el turbante se adelantó para saludarlo. Aquel hombre, un tipo esbelto que se acercaba a la mediana edad, con su barba negra acabada en punta, aparentaba estar mejor vestido que los otros, y también parecía algo más alto, aunque, con todo, los cinco fueran hombres de estatura pequeña, morenos y esbeltos… meros pigmeos en comparación con el gigantesco cimmerio.

—Te estamos agradecidos, señor —empezó a decir el hombre del turbante—. Esa bestia hubiera devorado una o más de nuestras

monturas, y habríamos quedado atrapados en este yermo endemoniado.

Conan asintió con sequedad.

—No es nada. ¿Quién me ayudará a capturar mi rocín, si es que el felino de las marismas no se lo ha comido ya?

—Llévate mi caballo, señor —dijo el jefe—. Dinak, ensilla para ti el caballo de las provisiones y acompaña a nuestro visitante.

Como la bestia, atada, todavía estaba nerviosa después del enfrentamiento con el felino de las marismas, Conan tuvo que esforzarse mucho para calmarla. Al fin, acabó por montar en su silla y se marchó para buscar a Egil; Dinak le seguía al trote. La pista de juncos pisoteados no era difícil de seguir, y Conan dijo, volviéndose sin bajar de la silla:

—Sois zamorios, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Ya me parecía a mí que reconocía ese acento. ¿Quién es vuestro jefe, ese hombre el turbante?

—Se llama Harpagus. Somos mercaderes. ¿Y tú, señor?

—Soy mercenario, ahora sin empleo.

Conan estuvo a punto de preguntarle a Dinak por qué los zamorios estaban siguiendo una ruta no marcada por aquel inhóspito yermo en vez de seguir la vía, paralela a las marismas, que se encontraba al oeste de los montes. Pero cuando se le ocurrió que el zamorio podía preguntarle lo mismo a él, Conan no dijo nada y concentró su atención en el rastro.

Cuando la roja esfera del sol ya se acercaba al oscuro contorno de los cerros occidentales, dieron alcance al caballo de Conan, que estaba mordisqueando retoños de junco. Antes de que la noche engullera el crepúsculo, Conan llegó al campamento con el rugado Egil. Uno de los zamorios estaba asando una pata de cordero para la cena, y las narices de Conan se estremecieron al sentir su aroma. Él y Dinak desensillaron sus monturas y las ataron cerca de los macizos de flores que salpicaban el montículo.

—Únete a nosotros, te lo ruego —le sugirió Harpagus.

—Con mucho gusto —dijo Conan—. No había probado comida recién cocinada desde que entré en esta desolada marisma. ¿Quién está ahí dentro?

Señaló con el pulgar la tienda, de la que había salido una mano

esbelta para coger un plato de pitanza.

Harpagus calló por unos momentos antes de responder.

—Una dama —dijo por fin— que no desea ser vista por extraños.

Conan se encogió de hombros y se puso a comer. Habría comido el doble de lo que le habían dado los zamorios, pero reforzó su pobre colación con un par de galletas secas de las que llevaba en sus alforjas.

Uno de los zamorios trajo un odre lleno de vino, y los hombres se lo fueron pasando y bebieron tragos de su boquilla. Al tiempo que se peinaba la barba con los dedos, en uno de los cuales llevaba un anillo grande y aparatoso, Harpagus dijo:

—Si puedo atreverme a preguntártelo, joven, ¿me dirás quién eres, y cómo es que nos has encontrado tan oportunamente?

Conan se encogió de hombros.

—Ha sido un mero azar. Como ya le he dicho a Dinak, soy un simple soldado de fortuna.

—Entonces, tendrías que ir hacia Aghrapur, y no en dirección opuesta. Allí encontrarías los oficiales de reclutamiento del ejército del rey Yildiz.

—Tengo otros planes —respondió brevemente Conan, lamentándose por no haber sido lo bastante rápido para elaborar en poco tiempo mentiras plausibles.

Entonces, de repente, Harpagus se volvió, alertado por el suave crujido de tallos secos del año anterior aplastados por una bota. Al mirar en la misma dirección que el zamorio, Conan vio que una esbelta figura de mujer había abandonado la oscuridad de la tienda.

Iluminada por la parpadeante luz de la fogata, la mujer parecía diez años mayor que Conan, de apariencia bella, e iba suntuosamente vestida con atuendos que parecían más apropiados para un señorial harén hirkanio que para viajar por un yermo. La luz de la hoguera se reflejaba en una cadenilla de oro que colgaba de su cuello de cisne; y de la cadenilla pendía una enorme gema de color púrpura, engastada en una vistosa joya. Aunque la débil luz no permitiera a Conan distinguir más detalles, sabía que tal lujo sólo se encontraba entre las riquezas de los príncipes. Cuando la mujer se acercó lentamente a la hoguera, Conan se fijó en su mirada extrañamente inexpresiva, parecida a la de una sonámbula.

—¡Ja… señora mía! —Harpagus elevó bruscamente el tono de voz—. Se os había dicho que os quedarais dentro de la tienda.

—Tengo frío —murmuró la mujer—. Tengo frío en la tienda.

Acercó sus pálidas manos a las llamas, miró a Conan sin verle, y su mirada se perdió de nuevo en el vacío.

Harpagus se puso en pie, agarró a la mujer por los hombros y la obligó a darse la vuelta.

—¡Mirad! —le dijo. Agitó delante del rostro de la mujer la mano en la que llevaba puesto el anillo con la gema de color de fuego, al tiempo que murmuraba—: Debéis volver a entrar en la tienda. No habléis con nadie. Olvidaréis todo lo que habéis visto. Debéis volver a entrar en la tienda…

Tras varias repeticiones, la mujer bajó la cabeza y volvió silenciosamente sobre sus pasos; cerró la tienda a sus espaldas. Conan miró a Harpagus, y hacia la tienda, y luego a Harpagus. Sintió el apremiante deseo de oír una explicación por la escena que acababa de presenciar. ¿La mujer estaba drogada, o dominada por un hechizo? ¿Los zamorios la habían raptado? Y si así era, ¿de dónde? Por las pocas palabras que la mujer había dicho, el cimmerio pensó que debía de ser una turania de elevado linaje, pues hablaba el hirkanio sin acento alguno.

Conan, sin embargo, tenía suficiente experiencia en conspiraciones e intrigas como para no formular en voz alta sus sospechas. En primer lugar, sus suposiciones podían no tener fundamento; tal vez la presencia de la mujer fuera perfectamente legítima. En segundo lugar, en caso de que sí se tratara de una conspiración, Harpagus inventaría una docena de mentiras plausibles para dar explicación a sus acciones. Tercero: aunque Conan no temiera en absoluto a los poco corpulentos zamorios, sentía escrúpulos a la hora de enfrentarse a unos hombres con quienes había comido, y de cuya hospitalidad había gozado.

Decidió aguardar hasta que los otros se hubieran acostado, y echar entonces una ojeada dentro de la tienda. Aunque los zamorios parecieran amistosos, sus instintos bárbaros le decían que ocurría algo raro. Por ejemplo, no había visto ni rastro de las mercancías que toda partida de mercaderes suele transportar. Además, aquellos hombres eran demasiado silenciosos y reservados para ser mercaderes ordinarios, quienes, según la experiencia de Conan,

charlaban sobre precios y alardeaban de sus grandes ganancias.

Los años que Conan había pasado en Zamora le habían imbuido de una fuerte desconfianza para con las gentes de aquel país. Se trataba de una nación civilizada antigua, asentada desde hacía mucho tiempo en aquella tierra y, por lo que había visto de ellos, inclinada a la maldad. Se contaba que su rey, Mitrídates VIII, era un borracho manipulado por varias hermandades sacerdotales que luchaban y competían entre sí por controlar al monarca.

Siendo ya noche avanzada, uno de los zamorios trajo un instrumento y tañó algunas de sus cuerdas. Otros tres se le unieron en una canción quejumbrosa, mientras que Harpagus callaba con silenciosa dignidad. Entonces, un zamorio preguntó:

—¿Podrías cantarnos una canción, forastero? Conan negó con la cabeza, con una sonrisa avergonzada.

—No soy músico. Sé herrar caballos, escalar riscos y partir cráneos; pero no sé cantar.

Los otros le insistieron, hasta que, al fin, Conan tomó el instrumento y punteó las cuerdas.

—En verdad —dijo—, esto no se parece a las arpas de mi tierra nativa. —Con voz profunda, empezó a cantar—: Nacimos con el hacha y la espada en la mano, porque somos hombres del norte…

Cuando Conan hubo terminado, Harpagus le preguntó:

—¿En qué idioma has cantado? No lo conozco.

—En el idioma de los aesires —dijo Conan.

—¿Quiénes son?

—Una nación de bárbaros norteños, que se halla muy lejos de aquí.

—¿Perteneces a esa tribu?

—No, pero he vivido entre ellos. —Conan devolvió el instrumento, y bostezó calculadamente para evitar que le hicieran más preguntas—. Ya tendríamos que habernos ido a dormir.

Como inspirados por el ejemplo de Conan, los zamorios, bostezando a su vez, se dispusieron a dormir, con la excepción de uno de ellos que tenía que hacer la guardia. Conan se envolvió en su manta, se acostó, empleando su silla de montar a modo de almohada, y cerró los ojos.

Cuando la luna casi llena hubo dejado ya muy atrás el horizonte oriental, y los cuatro zamorios se pusieron a roncar ruidosamente,

Conan levantó la cabeza con cautela. El centinela daba lentas vueltas al campamento con la lanza sobre el hombro. Conan se fijó en que, durante buena parte de cada una de sus rondas, cuando se hallaba en la ladera septentrional del altozano, el vigilante no podía verle.

Cuando el centinela volvió a desaparecer, Conan se puso en pie furtivamente y, a gachas, se acercó a la tienda, silencioso como una sombra. La fogata se había extinguido y sólo quedaba un montón de rescoldos.

—¿Te cuesta dormir? —le dijo una amable voz zamoria a sus espaldas. Conan se volvió bruscamente, y, a la luz de la luna, vio a Harpagus levantado. Ni siquiera los agudos sentidos bárbaros de Conan habían notado que aquel hombre se acercaba.

—Sí… yo… me lo dicta mi naturaleza —farfulló Conan. Harpagus soltó una risita compasiva.

—El insomnio puede llegar a convertirse en una grave afección. Procuraré que duermas profundamente durante el resto de la noche.

—¡No quiero tomar ninguna poción! —le replicó Conan. Temió que le drogaran o envenenaran.

—No temas, mi buen señor; no tengo ninguna intención de hacer tal cosa —le dijo amablemente Harpagus—. Basta con que me mires fijamente.

Los ojos de Conan se encontraron con los del zamorio. Había algo en los ojos de aquel hombre que captó la atención del cimmerio y la retuvo cautiva. Los ojos de Harpagus parecían haberse vuelto extrañamente graves y luminosos. Conan se sintió como suspendido en un gran espacio vacío de estrellas, en el que nada podía ver salvo aquellos ojos enormes y fulgurantes.

Harpagus pasó lentamente la gema en forma de prisma de su anillo por delante el rostro de Conan, en una y otra dirección. Con hipnótica cantinela, el zamorio murmuró:

—Vuelve a dormir. Dormirás profundamente durante muchas horas. Cuando despiertes, no recordarás nada de los mercaderes zamorios con los que acampaste. Vuelve a dormir…

Conan despertó, y se sobresaltó al ver que hacía rato que había salido el sol. Se puso en pie, miró fieramente en derredor y empezó a proferir maldiciones. No sólo se habían marchado los zamorios con sus animales, sino que también había desaparecido su propio

caballo. La silla de montar, así como las alforjas, seguían en el mismo lugar donde había improvisado su rudimentario lecho, pero el saquito de cuero lleno de piezas de oro ya no se hallaba en su bolsa.

Lo peor de todo era que no podía recordar con quién había pasado la noche anterior. Recordaba el viaje desde Aghrapur, y el enfrentamiento con el felino de las marismas. Los restos de la fogata y las huellas de las bestias demostraban que había compartido el altozano con varias personas, pero no era capaz de recordar quiénes eran, ni qué aspecto tenían. Se acordaba vagamente de que había cantado una canción, acompañándose con un instrumento de cuerda que le habían prestado; pero las gentes a quienes había dado la serenata eran menos que sombras insustanciales en su memoria. Estaba seguro de haberse encontrado con alguien, eso sí; pero no recordaba detalle alguno de sus vestiduras ni de sus semblantes.

Recordó que iba de camino hacia Sultanapur. Así, tras desahogar su rabia en el indiferente yermo, cargó con sus cosas y, sombrío, se puso en marcha hacia el norte, anduvo entre los apretujados juncos con las alforjas cargadas sobre uno de sus grandes hombros y la silla encima del otro. Aunque ya no pudiera guiarse por el sol ni las estrellas, al menos podía seguir a pie a quienes habían sido sus compañeros, gracias a la pista de juncos pisoteados que estos iban dejando.

3. El adivino ciego

Tres días después de que Conan se encontrara con los zamorios, alguien llamó con fuerza a la puerta de la casa de Kushad el Adivino, en la ciudad portuaria de Sultanapur. Al abrir, la hija de Kushad retrocedió alarmada.

Había frente a la puerta un hombre gigantesco, ojeroso, sin afeitar, cubierto de barro, cargado con una silla de montar, un par de alforjas, un estuche que contenía un arco y una manta enrollada. Aunque tenía un aspecto horroroso, sonrió ampliamente entre el sudor y la mugre.

—¡Salud, Tahmina! —exclamó—. Has crecido desde que te vi por última vez; dentro de pocos años serás una mujer, como una fruta madura que aguarda a que la tomen. ¿No me conoces?

—¡Es posible que… eres el capitán Conan, el cimmerio! —balbució—. ¡Entra! Mi padre se alegrará de verte.

—No estará tan alegre cuando oiga lo que tengo que contarle —gruñó Conan al tiempo que dejaba sus cosas—. ¿Cómo se encuentra el viejo?

—Está bien, aunque ha perdido la vista casi por completo. Ahora mismo no tiene ningún cliente, ya puedes pasar.

Conan siguió a la muchacha hasta una estancia en la que un hombrecito con barba blanca estaba sentado, con las piernas cruzadas, sobre un cojín. Cuando Conan entro, el hombre le miró con sus ojos medio cegados por las cataratas.

—¿Eres Conan? —dijo el anciano—. Distingo tu figura, pero no tus rasgos. No conozco a ningún otro hombre que haya hecho retemblar así mi hogar con la fuerza de sus pisadas.

—En efecto, yo soy Conan, amigo Kushad —dijo el cimmerio—. Me dijiste una vez que, si en alguna ocasión me veía fugitivo, podría refugiarme aquí.

Kushad rió entre dientes.

—Eso dije; eso dije. Pero sólo lo dije como muestra de agradecimiento por haberme salvado de aquella pandilla de jóvenes rufianes. Recuerdo cómo te mofaste de la simple idea de que tú, capitán de las fuerzas de Su Majestad y pilar del reino, pudieras verte obligado a huir y esconderte. Pero parece que atraes a los problemas, igual que la basura atrae a las moscas. Siéntate, y cuéntame qué desgracia te ha acontecido ahora. No querrás que emplee mi visión astral para hallarte una moneda perdida, ¿verdad?

—No; pero sí para encontrar una bolsa de dinero, y también un buen caballo —murmuró Conan.

Mientras Tahmina iba por una jarra de vino, Conan le contó la desafortunada aventura con Narkia, la huida de Aghrapur y el encuentro con los zamorios.

—Lo extraño fue —siguió diciendo— que, durante varios días, no pude recordar con quién había pasado la noche en el montículo. Todos los recuerdos desaparecieron de mi mente como por obra de algún diabólico hechizo. Entonces, ayer mismo, fui recordando poco a poco lo que había ocurrido, hasta que por fin tuve una imagen clara de todo ese encuentro. ¿Qué crees que me sucedió?

—Hipnosis —dijo Kushad—. Ese zamorio debía de dominar ese arte… tal vez fuera sacerdote, o hechicero. Hay tantos en Zamora como cucarachas en una posada.

—Lo sé —dijo Conan con un gruñido.

—Ofreciste una gran resistencia a las malas artes del hechicero, pues en otro caso todavía no recordarías siquiera a esos zamorios. Los occidentales carecéis del fatalismo que en ocasiones nos paraliza el pensamiento a nosotros, los del este. Sin embargo, puedo enseñarte cómo debes protegerte de tales manipulaciones. Háblame más de esos sedicentes mercaderes zamorios.

Conan describió a todo el grupo, y añadió:

—Además, había una mujer en la tienda que salió para acercar las manos al calor de la fogata, pero el jefe, Harpagus, le ordenó que volviera adentro. Actuó como una persona demente, o sometida a un hechizo.

Kushad enarcó las cejas.

—¡Una mujer! ¿Qué clase de mujer era?

—Había poca luz, pero pude ver que era alta y morena. Debía de

tener poco más de treinta años, y era bella; vestía sedas ligeras, poco apropiadas para…

—¡Por Erlik! —gritó Kushad—. ¿No sabes quién era esa dama?

—No; ¿quién?

—¡Lo olvidaba! Llevas un par de semanas sin contacto alguno con la humanidad. ¿No has oído que Jamilah, la esposa favorita del rey Yildiz, ha sido raptada?

—¡No, por Crom, no lo había oído! Ahora que lo pienso… la noche en la que huí, una compañía de jinetes de Yildiz pasó galopando por delante de mí sin detenerse siquiera para interrogarme. Al principio creí que aquellos caballeros debían de perseguirme por la muerte de Orkhan; luego supuse, sin poder confirmarlo, que debían de ir tras alguna presa más importante.

—Qué desgracia que no tuvieras noticia del rapto. Si hubieses rescatado a la dama, se te habría perdonado tu reciente indiscreción. Los hombres de Su Majestad han puesto patas arriba todo el reino en busca de esa mujer.

—Cuando servía en palacio —murmuró Conan— oí hablar de esa favorita, pero no llegué a verla. Se decía que Yildiz era un hombre simple, poco amigo de las complicaciones, que dejaba en manos de su mujer todas las decisiones difíciles. Que el verdadero rey era su mujer. Me atrevería a decir que era Jamilah quien viajaba en el camello. Pero, aun cuando hubiera rescatado a aquella mujer de los zamorios, no querría seguir al servicio de Yildiz.

—¿Cómo es eso? Conan sonrió.

—Cuando galopaba por la estepa hirkania, y me asaba, y me helaba, y me perseguían los lobos, y tenía que esquivar las flechas de los nómadas, mi mayor deseo era servir en la guardia de palacio. Creía que así no tendría nada que hacer, salvo pavonearme con mi armadura bien pulida y devorar con los ojos a las damas.

»Pero cuando llegué a capitán de la guardia, encontré aquello tremendamente aburrido. Aparte del breve ejercicio de cada mañana, no tenía nada que hacer salvo posar como una estatua, saludar al rey y a sus oficiales y buscar manchas en el uniforme de mis hombres. Más que por otra razón, empecé esa intriga con la zorra de Narkia para escapar del tedio que formaba parte de mi cargo.

»Además, parece que el infortunado Orkhan era hijo de Tughril,

Sumo Sacerdote de Erlik. Conozco a los sacerdotes, y sé que tarde o temprano encontraría algún medio para vengarse, con o sin la aprobación del rey… pondría alfileres envenenados en mi lecho, o me clavaría una daga entre los hombros en alguna noche sin luna. Además, ya me basta con haber pasado dos años sirviendo al mismo amo; especialmente porque, como extranjero, no podría aspirar al generalato en Turan.

—A menudo, la manzana más rosada oculta al más grande de los gusanos —dijo Kushad—. ¿Qué piensas hacer ahora?

Conan se encogió de hombros, y bebió un trago del vino de Kushad.

—Quería huir a Zamora, donde conozco a alguna gente desde mis días de ladrón. Pero los malditos zamorios robaron mi caballo…

—Querrás decir el caballo del rey Yildiz, ¿verdad? Conan se encogió de hombros.

—Oh, tiene caballos para dar y tomar. Esos diablos de ladrones no se llevaron sólo la bestia, sino también el poco oro que tenía ahorrado. Fuiste tú quien me persuadió de ir guardando cada mes una parte de la soldada; ¡pero mira para qué me ha servido! Me lo podría haber gastado en mujeres y vino; así, por lo menos, me quedarían algunos recuerdos agradables.

—Considérate afortunado, porque no te rajaron la garganta mientras dormías. —Volviéndose, Kushad llamó—: ¡Tahmina! —Cuando vino la muchacha, le dijo—: Levanta el tablón y tráeme lo que hay debajo.

Tahmina metió un dedo por un agujero que había en uno de los tablones del suelo, y lo levantó. Agachándose, metió la mano y sacó una bolsa pequeña pero pesada. Se la dio a Kushad, que a su vez la entregó a Conan.

—Toma cuanto creas necesario para un nuevo caballo, con todo lo que necesites para llegar a Zamora —le dijo el adivino.

Conan abrió la bolsa, metió la mano en ella y sacó un puñado de monedas.

—¿Por qué me haces este favor? —preguntó bruscamente.

—Porque actuaste como un amigo cuando lo necesitaba; y yo también tengo mi código de honor. Vamos, toma lo que necesites, y no me mires así, boquiabierto como un pez.

—¿Cómo sabías que me había quedado boquiabierto?

—Veo con los ojos del alma, ahora que los del cuerpo me fallan.

—He conocido a muy pocos hombres en mis vagabundeos que hubieran hecho una cosa así, a muy pocos a quienes pudiera llamar amigos —dijo Conan—. Los demás, se llevan todo lo que son capaces de coger y retienen lo que pueden retener. Te devolveré el dinero en cuanto pueda.

—Si puedes devolvérmelo, bien estará; si no, no te preocupes. Tengo suficiente para llegar al término de mis días. Hija, corre las cortinas y tráeme mi trípode. Tengo que intentar percibir con el ojo del espíritu adonde han ido esos zamorios. Conan, mis preparativos me llevarán cierto tiempo. Debes de estar hambriento.

—¡Hambriento! —rugió Conan—. Me comería un caballo, con pelo, pellejo y huesos incluidos. Llevo dos días sin comer, porque la pérdida de mi montura me demoró tanto que se me acabaron las provisiones.

—Tahmina te preparará una comida, y luego tal vez quieras hacer una visita a la casa de baños que hay al otro extremo de la calle. Llévate mi vieja capa, y ocúltate el rostro con la capucha. Puede que los agentes del rey te estén buscando.

Una hora y media más tarde, Conan regresó a la casa de Kushad. Tahmina le susurró:

—No hables, capitán Conan; mi padre se halla en trance. Dijo que podías acercarte a él si lo hacías en silencio.

—Entonces quítame las botas, como buena muchacha que eres, ¿de acuerdo? —dijo Conan al tiempo que extendía una pierna.

Llevando las botas en la mano, Conan entró en el gabinete. Kushad estaba sentado, con las piernas cruzadas igual que antes, pero tenía enfrente un pequeño trípode de latón que sostenía un minúsculo cuenco en el que hervía alguna sustancia sin nombre. Un hilillo de humo verde ascendía en espiral, y se arremolinaba y se agitaba como una fantasmal serpiente que hubiera buscado cómo salir de la oscura estancia.

Conan se sentó en el suelo para mirar. Kushad estaba oteando al vacío. Por fin, el adivino murmuró:

—Conan, estás cerca. No respondas; siento tu presencia. Veo una pequeña caravana que viaja por una estepa arenosa. Veo… tengo que acercarme más… cuatro asnos, tres caballos y un camello. Un caballo, un gran semental negro, hace las veces de bestia de carga.

Debe de ser tu montura. El camello lleva un tendal dispuesto sobre el lomo, y no puedo ver a quién cubre; pero sospecho que debe de tratarse de la señora Jamilah.

—¿Dónde están? —susurró Conan.

—En una planicie llana y sin límites, que se extiende hasta el horizonte.

—¿Qué vegetación puedes ver?

—Hierba rala, con unos pocos arbustos espinosos. Viajan hacia el sol poniente. No puedo decirte más.

Poco a poco, el anciano adivino fue saliendo de su trance.

Conan murmuró:

—Deben de estar atravesando las estepas que separan la frontera occidental de Turan y los montes Kezankios, donde empieza Zamora. Los reyes de Turan hablan con frecuencia de extender sus dominios por toda esa tierra sin dueño, a fin de aplastar a los nómadas y forajidos que viven allí. Pero no hacen nada. Los secuestradores han viajado con rapidez; están ya a más de la mitad de camino de Zamora. Dudo que pueda darles alcance, aun con el más veloz de los caballos, antes de que lleguen a ese reino. Pero quiero capturarles para recobrar mi caballo y mi dinero… o, si eso no es posible, para vengarme.

—Si tienes la ocasión de rescatar a la señora Jamilah, procura hacerlo. El reino la necesita.

—Lo haré, siempre que pueda volver a traerla sin perder la cabeza por el camino. Pero ¿por qué han raptado esos zamorios a una de las esposas de Yildiz? ¿Para obtener un rescate? ¿Para despechar al rey? Si hay algo que pueda mover a la acción a ese inepto rey, es el despecho. Y el poder de Turan es mucho mayor que el de Zamora.

Kushad negó con su cabeza enturbantada.

—Estoy seguro de que el rey de Zamora no ha ordenado esto. Mitrídates conoce tan bien como nosotros el poder de su reino y, en cualquier caso, hará lo que le digan las hermandades sacerdotales. El poderoso sueño que te infundió Harpagus sugiere que los sacerdotes han tenido algo que ver con esto. ¿Estás decidido a ir a Zamora?

—Sí, lo estoy.

—Entonces, te ocultarás en mi casa mientras te enseño algunos

de los trucos de mi oficio. Conan frunció el ceño.

—Siempre he pensado que un acero sólido y bien afilado es mejor defensa que las charlatanerías de la magia.

—Tu fuerte diestra te falló en las marismas de Mehar, ¿verdad? ¡Ahora tienes que emplear el seso, jovenzuelo! Cuando paraste en Sultanapur la otra vez, me contaste que habías despreciado el arco como arma indigna de hombres hasta que descubriste su valor en Turan. Ocurrirá lo mismo con el ejercicio mental que quiero enseñarte.

—Yo siempre eludo a los sacerdotes y magos —dijo Conan rezongando.

—Ah, pero ¿te eludirán ellos a ti? ¿Cómo podrás esquivarles, y perseguirlos al mismo tiempo para recobrar tu propiedad?

Conan gruñó.

—Entiendo lo que quieres decir.

—Allí donde tú vas, necesitarás todas las flechas que quepan en tu carcaj. Te estarás preguntando cómo Harpagus y sus asociados pudieron escapar tan fácilmente de Turan. Si un escuadrón de soldados del rey les hubiera dado alcance, Harpagus y los de su ralea habrían podido crear fácilmente una ilusión para mandar a sus perseguidores por el camino opuesto. Y podrían hacerte lo mismo a ti.

—Hum —dijo Conan, receloso—. ¿Qué es lo que quieres enseñarme? Kushad sonrió.

—Simplemente, cómo defenderte de los secretos ardides de otros. Yo no puedo conjurar una ilusión con la misma facilidad con que lo hacía cuando veía bien, pero tampoco estoy desprovisto de recursos. Salgamos un momento al jardín.

Cuando Conan hubo seguido al adivino hasta el jardín de flores y césped que se hallaba detrás de la casa, Kushad se volvió y le dijo:

—¡Mírame!

Conan miró, y se encontró con que los ojos casi ciegos de Kushad capturaban y sometían su visión con la misma firmeza con que lo había hecho la aguda mirada de Harpagus. Kushad movía la mano hacia uno y otro lado, al tiempo que murmuraba suavemente.

De repente, Conan se vio en medio de una frondosa jungla, entre descomunales troncos de árboles cargados de orquídeas, cuyas raíces, a flor de tierra, se retorcían en todas direcciones. Un sonido,

como de madera aserrada, hizo que se volviera y aferrara el puño de su espada. A diez pasos de él, la cabeza de un enorme tigre apareció entre unas hierbas altas. Con sordo rugido, el tigre frunció los labios y enseñó los colmillos, curvos cual dagas zuagires. Entonces, atacó.

Conan desenvainó la cimitarra. Con horror, notó que estaba sujetando una cosa viva. Al mirar, vio que no estaba sosteniendo un sable curvo turanio, sino el cuello de una serpiente que se retorcía. La cabeza de la serpiente pugnaba por liberarse, como intentando hundir sus finos colmillos en la mano y la muñeca de Conan.

Con un alarido de repugnancia, Conan arrojó lejos de sí a la serpiente y se echó a un lado para esquivar la acometida del tigre. Buscó la daga con la mano. Como sabía cuan pequeña es la fuerza del más fuerte de los hombres frente a la de un gigantesco felino, estaba seguro de que la muerte, a la que tantas veces había eludido por tan estrecho margen, le había apresado por fin…

Se encontró tendido entre los arbustos del jardín de Kushad. Gruñendo, tambaleándose, se puso en pie.

—¿Ves lo que quiero decir? —le explicó el adivino ciego con fina sonrisa—. Tengo que mostrarme más circunspecto con mis ilusiones; has estado a punto de cortarme la cabeza al desenvainar la espada. Puede que te encontraras en desventaja, puesto que estás fatigado por tu reciente viaje. Ve; hallarás un lecho ya dispuesto. Mañana comenzaremos con nuestras lecciones.

—¿Estás preparado? —le dijo Kushad; los rayos del sol jugueteaban con el enrejado del jardín—. Recuerda tus números, y retén la imagen de este patio con firmeza en tu mente. ¡Ahora, mira!

Kushad movió una mano y murmuró algo. El pequeño patio desapareció. Conan se vio a un extremo de un extenso pantano, alumbrado por la luz carmesí, fantasmagórica, del sol poniente. Manchas amarillas de hierbas del pantano y de juncos secos alternaban con charcas y estanques de aguas quietas, negras como el azabache bajo los sanguinolentos reflejos del ojo escarlata de los cielos. Extrañas criaturas voladoras, parecidas a gigantescos murciélagos con cabeza de reptil, volaban en lo alto.

Justo enfrente de Conan, una gran cabeza reptilesca, grande como la de los aurochs que Conan había desnucado siendo mozo en

Cimmeria, apareció en la superficie de las aguas estancadas y enlodadas. Cuando la gigantesca cabeza se elevó frente al rojo disco solar, pareció que el cuello serpentino que la sostenía no tuviera fin. Se elevó… más… y más…

Cuando vio a la criatura, Conan acercó por puro instinto la mano a la espada. Pero entonces, recordó que su arma se hallaba dentro de la casa; Kushad había insistido en que tenía que pasar la prueba desarmado.

La cabeza siguió alzándose al extremo de su cuello colosal, hasta que se elevó a tres veces la altura de un hombre. Mientras buscaba frenéticamente por entre los retazos de su memoria para tratar de reconstruir las enseñanzas del adivino, Conan se concentró en la imagen del jardín de Kushad, y en el menudo adivino de barba blanca que se hallaba plácidamente sentado sobre un cojín al lado del caminito. Poco a poco, la imagen se fue solidificando y se mezcló con la del verdadero patio. Conan murmuró para sí:

—Cuatro por tres igual a doce; cuatro por cuatro igual a dieciséis; cuatro por cinco…

Poco a poco, el pantano y sus reptilescos moradores fueron desapareciendo, y Conan se vio de nuevo en el jardín de Kushad. Se pasó la manga por la frente perlada de sudor, y dijo:

—Me siento como si hubiera pasado una hora luchando en una batalla.

—Los trabajos de la mente pueden fatigar tanto como los del cuerpo —le dijo amablemente Kushad—. Estás aprendiendo, hijo mío, pero te demoraste en el empleo de tus fuerzas mentales. Debemos volver a intentarlo.

—Todavía no, te lo ruego —dijo Conan—. Estoy rendido, como si hubiera corrido diez leguas sin parar.

—Puedes descansar un rato. ¿Cómo querrás llamarte?

—¿Que cómo querré llamarme? —dijo Conan, resoplando—. ¿Qué hay de malo en llamarse Conan de Cimmeria?

—No te enojes. En el caso de que todavía no hayan puesto precio a tu cabeza, pronto van a hacerlo. Un cliente, que conoce bien los rumores que corren por el bazar, me ha dicho que se te considera raptor de Jamilah, puesto que tú y ella desaparecisteis la misma noche.

—Escudarse tras un nombre falso es cosa de cobardes; y,

además, estoy seguro de que no me acordaría de responder cuando me llamaran con él.

—Uno se acostumbra más fácilmente de lo que se piensa a un nombre supuesto. Además, necesitas adoptar otra identidad, por lo menos hasta que te encuentres en un país adonde no haya llegado tu reputación. ¿Qué nombre elegirás? Uno que concuerde con tu aspecto…

Conan, ceñudo, reflexionó. Por fin, dijo:

—Tuve por padre a Nial el herrero. Era un buen hombre.

—¡Excelente! Te llamarás Nial, al menos por ahora. ¡Tahmina! Tengo la impresión de que nuestro huésped vuelve a pasar hambre. Tráele lo necesario para acabar con sus tribulaciones.

—Debes de creer que como por tres —dijo Conan, al tiempo que hundía sus blancos dientes en el mendrugo que le había ofrecido la muchacha—. Todavía me estoy recuperando de la caminata que hice sin comer por las marismas de Mehar. Gracias, Tahmina.

Bebió un trago de cerveza.

—Capitán Conan —dijo la joven—, anoche… anoche tuve un sueño que tal vez te concierna.

—¿Cómo es eso, mi joven adivina? —le preguntó Kushad—. ¿Por qué no nos has avisado antes?

—Esta es la primera oportunidad que tengo, puesto que estabais abstraídos en vuestra conversación, y no queríais que os molestaran.

—¿Cómo era ese sueño, muchacha? —preguntó Conan—. No me burlo de tales portentos; demasiados sueños proféticos han visitado a los de mi estirpe.

—Soñé que corrías por una galería que llegaba muy adentro de la tierra. Una criatura te perseguía. Estaba demasiado oscuro como para ver bien, pero aquello era grande, tan grande como un buey. Tú corrías, pero la criatura te iba dando alcance.

—Cuéntame más, pequeña —insistió Conan—. Descríbela en detalle.

—No… no pude ver nada, salvo que tenía unos ojos brillantes. Tenía ocho ojos, que brillaban como grandes joyas ardientes.

—¿Quizá se trataba de una jauría de lobos hambrientos? —sugirió Conan.

—No, era una única criatura. Pero no se movía de la misma manera que los animales grandes ordinarios. Aquello… no sé qué

nombre darle… parecía que se escurriera como una pesadilla andante. Y se acercaba más y más, y yo sabía que le faltaba un instante para capturarte…

—¿Y bien? —exclamó Conan—. ¿Qué ocurrió entonces?

—Entonces, me he despertado. Eso es todo. Kushad interrogó a su hija, pero no logró que le contara nada más. Dijo:

—Bien, mi joven Nial, a mí me parece que ese sueño simbolizaba algo; pero ¿qué? Los sueños pueden interpretarse de muchas maneras, y todas ellas pueden ser acertadas. Quizá te convendría evitar las galerías subterráneas, por si se diera el caso de que esto fuera una premonición de una amenaza real, material. Ahora, si ya has comido, probaremos de nuevo tus poderes de resistencia psíquica.

Algunos días más tarde, Conan, envuelto en la capa con capucha de Kushad, salió con su nuevo caballo por el portal de la casa del adivino. Su bestia era un *pony* hirkanio, peludo y robusto, de patas más cortas que el robado Egil. Conan sabía que, aunque los caballos occidentales, de patas más esbeltas, dejarían atrás con facilidad al animal, este podría compensar su limitación con su mayor resistencia, y su capacidad de aguantar con forraje malo y escaso.

Se despidió de Kushad y de su hija con un adiós brusco pero afectuoso. Tahmina sonrió con bravura, y se secó una lágrima temblorosa. En cierto aspecto, Conan se alegraba de marcharse. La joven muchacha, cuyas formas estaban empezando a madurar, le había estado mirando con ojos deseosos; y, por una observación de Kushad, el cimmerio había deducido que el anciano le habría visto bien como yerno si Conan abandonaba sus maneras primitivas y rebeldes, se mostraba respetuoso con la ley y se establecía en Sultanapur hasta que la niña alcanzara la edad casadera.

Pero Conan no tenía intención alguna de sentar cabeza, ni de atarse a ninguna mujer. Su sentido del honor también le impedía aprovecharse del pueril enamoramiento de Tahmina. Así, suspiró aliviado cuando ató las alforjas a su nuevo caballo Ymir, abrazó a su mentor y a su joven anfitriona, ajustó las cinchas y se marchó con elegante trote.

4. El dragón dorado

Conan se puso en camino hacia el oeste, con la constancia del jinete experimentado: paso, trote, medio galope, trote, paso, y así una y otra vez. Cada tres días se detenía durante el tiempo necesario para que su corcel pudiera pasar algunas horas paciendo. Sabía que, si no lo hacía, acabaría por fatigar al animal, o incluso provocaría su muerte antes de que hubieran llegado a su destino.

Ya se encontraba en el paisaje de hierbas bajas del Turan occidental, donde los macizos de flores silvestres, de color escarlata, dorado y azul, resplandecían en la llanura; donde, sobre la verde planicie, el aire vibraba con el aleteo de incontables mariposas iridiscentes. La tierra era llana a lo largo de varias leguas, con sólo algunas ligeras pendientes y ondulaciones. EL viajero que atravesaba aquellos parajes apenas si encontraba trazas de vida humana, salvo algún ocasional pastor de vacas con su manada, o un pastor de ovejas con su rebaño. Una o dos veces al día, Conan tropezaba con una manada de camellos y oía el tintineo de sus plateadas campanillas, el crujido del cuero y el retintín de las cotas de malla de los mercenarios a caballo que las protegían. Mas raramente, un comerciante solo venía al trote corto montado en su asno, y seguido por otra bestia que acarreaba sus provisiones y mercancías.

Al poco, Conan advirtió que se encontraba cerca de la frontera. Vio puestos de guardia y patrullas del rey Yildiz que protegían el reino contra los nómadas y forajidos que deambulaban por la pradera, no gobernada por nadie, que se encontraba al oeste. Su tarea en la defensa del reino distaba de ser perfecta. Una de las primeras misiones de Conan, después de que le promocionaran a una unidad regular del ejército, había sido la de dar caza a bandoleros por aquellos parajes escasamente habitados del oeste. A

veces, la tropa capturaba a los saqueadores y regresaba orgullosa a su fuerte con varias cabezas clavadas en las picas. Más a menudo, los bandidos lograban despistarles; y entonces regresaban con los caballos sudorosos, miradas sombrías en el rostro y tristes chanzas en los labios.

Conan sabía bien que los guardias fronterizos también cumplían con otros deberes. Interrogaban a todos los viajeros que querían entrar o salir del reino, y aprehendían a los delincuentes y a las personas buscadas por la autoridad. El camino que Conan estaba siguiendo se convertía en un sendero arenoso; y, para un hombre a caballo, poca diferencia había entre aquel sendero y la pradera virgen. Tras pensarlo, Conan decidió que no trataría de convencer a la guardia fronteriza para que le dejaran pasar, sino que daría un rodeo para alejarse del puesto de guardia. Así, se puso en marcha hacia el noroeste y no tardó en perder de vista el muy frecuentado camino.

Por la tarde siguiente, una mancha negra que destacaba en lo alto de una elevación cercana le intrigó. Al acercarse, descubrió un montón de rocas que en otro tiempo los reyes de Turan habían ordenado apilar para marcar los límites del reino. Pero tan vaga era la demarcación de la frontera que aquel montículo debía de hallarse a una docena, o como mínimo a media docena de leguas de la línea que aparecía en los mapas de Aghrapur.

Conan siguió cabalgando hacia el oeste, y aquella noche ató su caballo para que paciera y se tumbó él mismo sobre su manta, convencido de que ya había abandonado el territorio de Turan.

Unas sigilosas pisadas le despertaron; pero, antes de que pudiera ponerse en pie, algo pegajoso cayó encima de él. Forcejeó, pero aquella cosa le sujetó y le inmovilizó. Se trataba de una red para capturar animales, como las que empleaban los hirkanios en sus periódicas cacerías. Antes de que hubiera podido liberarse, una porra le golpeó en la cabeza, y una lluvia de estrellas fugaces precedió a la negrura.

Cuando Conan recobró la consciencia, se encontró con que le habían atado firmemente las muñecas detrás de la espalda. Al mirar hacia arriba, vio un círculo de hombres con uniformes del rey, algunos montados y otros a pie, que le tenían rodeado a la luz de las estrellas. Uno, que llevaba la insignia de oficial turanio, le

ordenó:

—¡Ponte en pie, vagabundo!

Gruñendo, Conan se dio la vuelta y trató de incorporarse. Descubrió que, cuando un hombre está tumbado con las manos atadas a la espalda, le resulta difícil o casi imposible ponerse en pie sin ninguna ayuda. Tras varios intentos, volvió a caer sobre la hierba.

—Alguien tendrá que levantarme —masculló.

—Ayúdale, Arsan —dijo el oficial—. Aidin, mejor que estés preparado con tu garrote por si intenta mordernos o correr.

De pie por fin, Conan bramó:

—¿Qué significa esto? ¡Estáis ultrajando a un viajero inocente!

—Eso ya lo veremos —dijo el oficial—. Los honestos viajeros se detienen en el puesto fronterizo para ser interrogados, y tú, obviamente, evitaste hacerlo. Por suerte, un pastor nos contó que te había visto abandonar el camino. Ahora ven, vamos a ver si de verdad eres inofensivo.

Un soldado pasó un lazo hirkanio —un palo con un nudo corredizo en el extremo— por la cabeza de Conan y lo apretó en torno al cuello del cimmerio. Los soldados montaron y partieron por la estepa; uno de ellos conducía a Ymir, mientras que Conan, dando traspiés, les seguía.

Una vez en el puesto de guardia, los soldados empujaron a Conan hasta una estancia pequeña y abarrotada. Seis hombres le vigilaban con las armas dispuestas, mientras que su oficial se sentó tras una mesa de caballete de tosca hechura.

—Este es el forajido, capitán —dijo el teniente que había traído a Conan.

—¿Ha ofrecido resistencia? —preguntó el capitán.

—No; le pillamos mientras dormía. Pero no creo que…

—Me da igual lo que pienses o dejes de pensar —exclamó el capitán—. ¡Oye, tú!

—¿Sí? —masculló Conan, al tiempo que miraba al oficial con los ojos entrecerrados.

—¿Quién eres?

—Nial, soldado de Turan.

—No eres hirkanio; eso es evidente por tu aspecto y tu bárbaro acento. ¿De dónde provienes?

—Soy nativo del Reino Fronterizo —dijo Conan, que había ido pensando sus mentiras mientras lo llevaban al puesto de guardia.

—¿Qué tierra es esa?

—Un país que se halla muy lejos, hacia el noroeste, cerca de Hiperbórea.

—¿En qué unidad del ejército sirves?

—Con los coraceros del capitán Shendin, acampados en Khawarizm.

Aquella unidad existía, y Conan estaba familiarizado con ella. El cimmerio daba gracias por haber seguido, aunque de mala gana, el consejo de Kushad, y por haber dejado casi todas las piezas de su elegante uniforme en la casa del adivino, en Sultanapur. Si lo hubiese metido en el fardo con el resto de sus pertenencias y los soldados lo hubieran encontrado, su impostura no habría podido sostenerse ni un instante más.

—¿Por qué te marchabas de Turan? Eres un desertor, ¿eh?

—No. Solicité un permiso porque supe que mi anciana madre estaba enferma en su casa. Regresaré más adelante, y me reincorporaré a mis deberes antes de que pasen tres meses. Si no me crees, manda un mensajero al capitán Shendin.

—Entonces, ¿por qué has evitado el puesto fronterizo?

—Para no perder tiempo respondiendo a preguntas estúpidas —le espetó Conan.

El capitán enrojeció de cólera. Antes de que replicara, el teniente habló de nuevo.

—No creo que este hombre sea el renegado Conan, capitán, aunque responda bastante bien a la descripción. En primer lugar, no lleva consigo a la esposa del rey. En segundo lugar, no trata de adularnos ni de conciliarse con nosotros, tal y como haría un culpable fugitivo. Y, finalmente, se dice que ese Conan tiene sentidos agudos y muchísima fuerza, y no podríamos haberlo capturado vivo con tanta facilidad.

El capitán meditó por unos momentos, y luego dijo:

—Muy bien; creo que tienes razón. Pero estoy tentado de hacerle flagelar por su insolencia, y por habernos causado problemas innecesarios.

—Oídme, señor, los hombres están cansados. Además, si de verdad se trata de un soldado de permiso, y podría muy bien serio,

es posible que tengamos problemas con el comandante de su unidad.

El capitán suspiró.

—Desatadle. La próxima vez, Nial, no trates de engañarnos de la misma manera, y considérate afortunado por poder marcharte sin recibir ni siquiera una somanta. Puedes irte.

Murmurando un hostil agradecimiento, Conan recibió su espada de manos de uno de los soldados y se marchó hacia la puerta. Cuando ya había dejado atrás a los soldados, se encontró con otro teniente por el pasillo. Este último le miró sorprendido.

—¡Eh, Conan! —gritó el recién llegado—. ¿Qué haces aquí? ¿No recuerdas a Khusro, tu viejo…?

Conan reaccionó al instante. Bajando la cabeza para arremeter como un toro, se abalanzó sobre el teniente y le dio un golpe en el pecho con la palma de la mano, tan violentamente que el oficial cayó de espaldas, se estrelló contra la pared y quedó tumbado boca arriba. Saltando sobre el cuerpo tendido, Conan salió corriendo a la oscuridad de la noche.

Ymir estaba atado a un poste enfrente del puesto de guardia. Sin perder tiempo desenvainando la espada o la daga, Conan se apoderó de las fuertes riendas de cuero con un violentísimo tirón, se encaramó a la silla de montar y golpeó salvajemente los ijares del caballo con los talones.

Para cuando los soldados hubieron salido gritando del puesto, corrido hacia las cuadras, ensillado sus monturas y salido en su persecución, Conan era ya tan sólo un lejano borrón que apenas si se distinguía a la luz de las estrellas. En cuanto una ondulación del terreno impidió que le vieran, salió galopando hacia la derecha, hacia el estrecho camino. Cuando el sol se asomó con sus rayos rubicundos por el horizonte oriental, Conan ya había dejado atrás a sus perseguidores.

En la lengua zamoria, la palabra mazo sirve para designar a la parte más decrépita y peor afamada de una ciudad. Cada una de las dos principales ciudades de Zamora —Shadizar y Arenjun— contaban con su mazo; e incluso algunas de las ciudades más pequeñas alardeaban de tener distritos semejantes. El mazo era una zona de amarga pobreza; un barrio de casas destartaladas, buenas para ser derruidas; un sector de población hambriento, derrotado

por la vida, que se iba hundiendo en el olvido; un refugio para los recién llegados que habían abandonado sus aldeas, y buscaban desesperadamente un asidero para introducirse en la vida de la comunidad; una guarida de ladrones y forajidos que despojaban de igual manera a los ricos que vivían fuera del mazo y a los pobres que moraban en este; y el centro de compra y venta para bienes robados.

El hedor de los tortuosos callejones del mazo suscitó en Conan vividos recuerdos de sus días de ladrón en Zamora. Aunque durante los dos años pasados se había adaptado a la vida militar, el aroma del mazo que le llenaba las fosas nasales había despertado al diablo sin ley que moraba en su sangre. Sintió nostálgica añoranza por aquellos días en los que no había servido a ningún señor ni se había sometido a ninguna disciplina, salvo la que le pudieran dictar los vestigios que le quedaban de conciencia y su bárbaro sentido del honor. Impaciente ante toda restricción, a menudo había pensado durante sus días de mercenario que la perfecta libertad con la que soñaba bien valía las épocas de hambre en que había vivido del robo.

Siguiendo las indicaciones que le habían dado en el mesón de Eriakes, Conan anduvo por los callejones sombríos, débilmente iluminados por tederos y faroles puestos en las paredes a largos e irregulares intervalos. Sus botas se hundían en fango y basura, y tenía que ir apartando a mendigos y proxenetas. Un par de cuadrillas de matones le echaron el ojo con miradas hostiles. Cuando Conan les miraba con ceño, se volvían; su gran estatura, y la fuerte cimitarra que pendía de su costado, les disuadían de sus canallescas intenciones.

Llegó ante una puerta sobre la que, iluminada por un par de tederos humeantes, colgaba una oscura tabla donde había sido toscamente pintado un dragón. El cartel identificaba al Dragón de Oro, bodega de vino y cervecería. Abriéndose paso a empujones, Conan se adentró en la taberna con mirada atenta.

Un par de lámparas de latón que colgaban del techo bajo y ennegrecido por el hollín, en las que ardía bitumen líquido, fulguraban alegremente. Por las mesas y los bancos se sentaba la chusma habitual: un par de soldados borrachos, que alardeaban de sus hercúleas hazañas amatorias; un trío de zuagires del desierto

tocados con cufias, que revelaban con sus nerviosas miradas de reojo que no estaban habituados a las ciudades; un pobre demente que hablaba consigo mismo en perpetuo y monótono balbuceo; un hombre bien vestido, de quien Conan supuso que debía de tratarse del jefe del sindicato local de ladrones; un dedicado astrólogo que hacía cálculos con los astros sobre una hoja de papiro…

Conan se acercó al mostrador, detrás del cual se hallaba una mujer fornida, de mediana edad.

—¿Tigranes está aquí? —preguntó.

—Ha salido. No tardará en regresar. ¿Qué quieres beber?

—Vino. Del ordinario.

La mujer descubrió un cubo, hundió en este un cucharón y llenó un odre de cuero que entregó a Conan. El cimmerio le dio una moneda, tomó el cambio y miró por la estancia. Sólo quedaba una silla vacía en una mesa pequeña para dos. La otra silla estaba ocupada por un joven zamorio, esbelto y moreno, que miraba distraído con la jarra de cerveza en la mano. Conan se acercó a la mesa y se sentó. Al ver que el joven le fruncía el ceño, preguntó:

—¿Hay algún problema?

El joven negó de mala gana con la cabeza.

—No; eres bienvenido.

Conan bebió, se secó los labios y preguntó:

—¿Qué hay de nuevo estos días en Shadizar?

—No lo sé. Acabo de llegar del norte.

—¿Ah, sí? Dime, pues, ¿qué hay de nuevo en el norte? El joven gruñó.

—Yo estaba en la guardia del templo de Yezud, pero esos sacerdotes podridos por su dios han echado a todos los guardias nativos. Dicen que Feridún sólo quiere contratar extranjeros, maldito sea. —Tras mirar a Conan, el zamorio añadió—: Discúlpame. Veo que eres extranjero. No lo decía por ti.

—No importa. ¿Quién es ese Feridún?

—El Sumo Sacerdote de Zath.

Conan hizo un esfuerzo por recordar.

—¿No se llamaba Zath el dios araña de Yezud?

—Sí.

—Pero ¿por qué la hermandad sacerdotal prefiere tener guardias extranjeros?

El zamorio se encogió de hombros.

—Dicen que quieren hombres de mayor estatura, pero yo sospecho que se trata de una maniobra en la inacabable guerra entre las hermandades sacerdotales.

—¿Y se están apuñalando por la espalda, como de costumbre?

—¡Sí, así es! Por ahora, los sacerdotes de Urud se han ganado la atención del rey, y los sacerdotes de Zath quieren echarlos y ocupar su lugar.

—Tal vez —murmuró Conan— los zathitas creen que, en un enfrentamiento entre ellos y el rey, podrán confiar más en mercenarios extranjeros que en nativos zamorios. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Buscar empleo. Soy Azanes, hijo de Vologas, y se me considera buen luchador aunque no tenga tu corpulencia. ¿Sabes de algún lugar?

Conan negó con la cabeza.

—Yo también acabo de llegar a Shadizar la Perversa; estoy igual que tú. Se dice que los turanios están reclutando mercenarios en Aghrapur… espera; ese es el hombre al que quería ver.

Conan apuró el vino, se levantó y volvió al mostrador, donde un hombre calvo y barrigudo había ocupado el lugar de la fornida matrona. El cimmerio dijo:

—¡Salud, Tigranes!

El hombre calvo, sonriente, empezó a gritar: «Co…», pero Conan alzó la mano para hacerle callar.

—Me llamo Nial —le dijo—, y no lo olvides. ¿Cómo te va? Aún tenías pelo la última vez que te vi.

—Ay, ha seguido el camino de toda carne mortal, amigo. ¿Cuánto tiempo hace que estás en Shadizar? ¿Dónde vives? ¿Cómo me has encontrado?

—Todo a su tiempo —le dijo Conan, sonriendo—. Primero, busquemos un lugar donde podamos charlar con más discreción.

—Tienes razón. ¡Atosa!

Cuando la mujer hubo ocupado su lugar, Tigranes agarró a Conan por el codo y lo llevó a un reservado, oculto detrás de cortinas, que tenía tras el mostrador.

—Esto lo paga la casa —dijo, tras servir dos copas de vino—. Ahora, háblame de ti. ¿Qué has estado haciendo durante estos

últimos años?

—He sido soldado en Turan, pero tuve que marcharme con urgencia.

El tabernero rió entre dientes.

—El mismo Conan de siempre… quiero decir, Nial. ¿Dónde te alojas?

—En el mesón de Eriakes, al extremo del mazo. Pregunté por ti y me explicaron cómo venir aquí.

—¿Y qué estás haciendo ahora?

—Busco un empleo que me permita ganarme la vida, tanto si es honesto como si no.

—¡Si lo que buscas es un comprador que te pague por el botín de tus robos, no cuentes conmigo! Dejé todo aquello después que el Inquisidor Jefe me hiciera arrestar. Para escapar del patíbulo, tuve que sobornarle con todo lo que había ahorrado, hasta el último penique. Bueno, hasta casi el último penique.

Tigranes miró expresivamente a la cortina que cubría la entrada.

Conan negó con la cabeza.

—No quiero volver a esa vida de hambriento, si no es como último recurso. Pero he servido como soldado desde Shahpur hasta Khitai, y eso tiene que valerme para algo.

—Hablando de Turan —le dijo Tigranes—, una partida de turanios vino aquí ayer e hizo preguntas. Dijeron que buscaban a un hombre cuya descripción se correspondía con la tuya, al que acompañaba una mujer. ¿Tienen algo que ver contigo?

—Puede que sí, y puede que no. ¿Qué aspecto tenían esos turanios?

—Su jefe era un hombre canijo y robusto con una pequeña barba gris, que respondía al nombre de Parvez. Le seguían varios compatriotas suyos, y una escolta de refuerzo de la guardia del rey Mitrídates. Es evidente que su investigación cuenta con el beneplácito de nuestro rey.

—Sé quién es Parvez —dijo Conan—. Es uno de los diplomáticos de Yildiz. Una pandilla de zamorios ha secuestrado a la esposa favorita de Yildiz, y el rey está frenético por su regreso. Yo no tuve nada que ver con esa broma, pero los turanios creen que sí. Creo que más me valdría sacudirme de las botas el polvo de Shadizar.

—Esa no es la única razón —dijo Tigranes—. La ley te recuerda

demasiado bien, a pesar de los años que han pasado desde que te fuiste. Y, por mucho que cambies de nombre, tu corpulencia llama la atención.

Tigranes entornó los ojos, pensativo, y el demonio de la codicia se asomó a sus ojillos porcinos.

—Estaba pensando en ir a… —empezó a decir Conan, pero calló, pues le habían asaltado las sospechas.

Sus experiencias con el bajo mundo de Zamora le habían enseñado que el «honor entre ladrones», al que los ciudadanos del mazo rendían pleitesía de boquilla, escaseaba tanto como los pelos de serpiente o las plumas de pez.

—No importa —dijo con negligencia—. Pasaré unos días escondido aquí mientras pienso qué hacer. Ya volveré a visitarte.

Ocultando sus temores con una broma procaz, Conan salió del Dragón de Oro y volvió al mesón de Eriakes. En vez de acostarse, despertó a Eriakes, pagó lo que debía, sacó su caballo del establo y, al amanecer, ya tuvo recorrido un buen trecho del camino de Yezud.

A la mañana siguiente, Tigranes, que había meditado el asunto durante la noche, se dirigió al puesto de guardia más cercano. Explicó al sargento que el famoso Conan, buscado por varias violaciones de la ley zamoria perpetradas durante años pasados, y requerido asimismo por el representante turanio para un interrogatorio, se hallaba en el mesón de Eriakes.

Pero, cuando el sargento irrumpió con una patrulla de regulares en el establecimiento de Eriakes, se encontraron con que Conan se había marchado hacía horas, y no había dicho adonde se dirigía. Y Tigranes, en vez de cobrar por su delación, recibió una paliza por su morosidad en comunicar lo que sabía. Acariciándose los cardenales, volvió a su mesón al tiempo que juraba vengarse del cimmerio, a quien, ilógicamente, culpaba de su desgracia.

Mientras tanto, Conan iba hacia el norte montado en Ymir, con toda la premura que le permitía su robusto corcel.

En Zamindi, los aldeanos se estaban preparando para un espectáculo. Toda la gente, vestida con sus prendas de lana de colores marrón, gris y negro rojizo, había salido; algunos cargaban con sus hijos sobre las espaldas para que vieran mejor el evento. El tan esperado espectáculo era la muerte por fuego de Nissa la bruja.

La vieja había sido atada a un tronco de árbol muerto, a un tiro de arco de la salida del pueblo. Con la túnica rasgada, y el blanco cabello revuelto, observaba en hosco silencio cómo una docena de hombres apilaba ramas y ramillas a su alrededor. Las cuerdas la sujetaban con firmeza, pero no se le hundían en la carne, tan sólo porque su marchito cuerpo no conservaba ya ninguna grasa bajo la piel llena de ronchas.

Tan atentas estaban las gentes a aquella imagen, que no oyeron el repiqueteo de cascos proveniente del sendero por el que se llegaba al camino de Shadizar. Cuando el jefe de la aldea arrojó su antorcha al montón de leña, el caballo, un robusto alazán hirkanio, se abrió camino entre la retaguardia de aquel gentío.

Las ramillas más pequeñas se encendieron, y llamearon con alegre crepitar. Nissa bajó silenciosamente la mirada, y los ojos viejos y legañosos le brillaron con resignación.

Al sentir un golpe y oír un bufido, un aldeano, que estaba masticando una manzana, se volvió y se apartó con desagrado. El golpe había sido obra del aterciopelado morro de Ymir, que estaba pidiéndole un mordisco. La mirada de sorpresa del hombre recorrió los lomos del caballo y se encontró con una gigantesca figura montada sobre la bestia.

—¿Qué ocurre aquí?

—Estamos quemando a una bruja —respondió el hombre escuetamente, con ceño suspicaz.

—¿Qué ha hecho?

—Nos ha impuesto una maldición, eso ha hecho, por la que han muerto tres niños y una vaca en una sola noche. ¿Quién eres tú, forastero, para hacerme preguntas?

—¿Ya habíais estado reñidos con ella?

—No, ni creo que te importe —repuso el hombre, irritado—. Había sido nuestra curandera; pero algún demonio la poseyó y causó esas muertes.

Las ramas más grandes empezaban a arder, y el humo hacía toser a Nissa.

—En todo momento hay hombres y bestias que mueren —ponderó Conan—. ¿Por qué creéis que esas muertes no fueron naturales?

El hombre se volvió para encararse con el cimmerio.

—Escucha, forastero, cuídate de tus asuntos, que nosotros cuidaremos de los nuestros. ¡Ahora márchate, si no quieres tener problemas!

Conan no apreciaba a las brujas. Ni conocía en absoluto las leyes civilizadas y las normas que se siguen para probar un crimen. Pero igualmente le parecía que las gentes de aquella aldea estaban desahogando su rabia en la vieja, más por ser vieja, fea y no tener quien la defendiera que por haber alguna razón que permitiera creer en su culpabilidad. El cimmerio no solía entrometerse en los asuntos de los demás si no le obligaba el honor ni le atraía ningún beneficio. Si el aldeano le hubiera hablado con corrección, tal vez se hubiese encogido de hombros y hubiera seguido adelante.

Pero Conan era impulsivo, y su ira se despertaba fácilmente. Y la defensa de las mujeres, independientemente de su edad, belleza o posición, era uno de los pocos imperativos de su bárbaro código de honor. La amenaza del aldeano había inclinado la balanza en favor de la anciana.

Conan obligó a su caballo a dar algunos pasos hacia atrás, hizo que el animal se diera la vuelta y se alejó al galope del gentío. Entonces, forzó a Ymir a volverse de nuevo, desenvainó la cimitarra y espoleó a la bestia. Mientras Ymir se lanzaba a medio galope, directo hacia el árbol al que estaba atada la bruja, Conan profirió un terrible grito; el antiguo grito de guerra cimmerio.

Todos se volvieron con cara de sorpresa; las gentes se apartaron de su camino. Algunos fueron arrollados por el caballo.

Al acercarse a la víctima rodeada por las llamas, el asustado animal entornó los ojos y se encabritó. Conan tranquilizó a Ymir, al tiempo que metía medio cuerpo en el humo para cortar las ataduras que ceñían el árbol. Las cuerdas se partieron fácilmente, porque los ahorradores aldeanos habían elegido una cuerda vieja y podrida para la quema.

Un rugido colectivo surgió de las gargantas de los frustrados campesinos. Conan extendió su brazo libre, y gritó:

—¡Agárrate, abuela!

Nissa tomó el robusto antebrazo y se aferró a él, mientras Conan, haciendo fuerza, la montaba sobre los lomos del caballo, delante de la silla.

—¡Agárrate fuerte! —gritó Conan, a la vez que oprimía a la

anciana contra su pecho y apremiaba a Ymir para que galopara de nuevo.

Una vez más, la multitud, que había empezado a reunirse y avanzar, se dividió y se dispersó. Mientras se abría paso entre ellos, Conan vio que algunos de los hombres más activos huían hacia sus granjas. Cuando Ymir se alejaba ya del pueblo con su doble carga, Conan miró a sus espaldas. Los hombres, furiosos, volvían a salir con guadañas, horcas y un par de lanzas.

—¿Adónde quieres que vayamos? —le preguntó Conan a la bruja.

—No tengo hogar propio —respondió ella con voz temblorosa—. Han quemado mi cabaña.

—Entonces, ¿adónde vamos?

—Adonde tú quieras, mi señor.

—Yo me dirigía a Yezud; pero no puedo llevarte por todo el camino hasta allí.

—Si vuelves al camino principal y sigues hacia la izquierda, no tardarás en encontrar otro sendero que lleva, colina arriba, hasta mi escondrijo. Aunque no sé si tu caballo podrá subirnos a los dos por una cuesta tan empinada.

—¿Podrá subir al paso si yo le guío?

—Sí, señor; de eso estoy segura. ¡Pero deprisa! Oigo que los perros ladran a nuestras espaldas.

Unos aullidos lejanos llegaron a oídos de Conan. Por agudos que fueran sus sentidos, los de la vieja habían identificado antes aquel sonido.

—Oyes bien para los años que tienes —observó.

—Tengo medios con los que reforzar mis sentidos mortales.

—Si mandan perros tras nosotros, ¿cómo vamos a impedir que nos sigan hasta tu escondrijo?

—Espera a que lleguemos allí, y entonces tendré medios para confundirles.

Cuando llegaron al camino principal, los sonidos de la persecución se hicieron más fuertes, pues Ymir se veía frenado por el peso de su doble carga. Al cabo de otro cuarto de hora, Nissa señaló el camino que llegaba a su refugio.

Durante un rato, Ymir subió al trote por el abrupto sendero, que subía, y bajaba, y serpenteaba por el quebrado paisaje. Los aullidos

se nacían cada vez más fuertes, y la situación gustaba cada vez menos a Conan. En la llanura, con espacio abierto para maniobrar, no habría temido a un puñado de palurdos provistos de improvisadas armas. Pero en aquel terreno inseguro, si sus perseguidores tenían suficiente valor como para seguir acercándose después de que hubiera matado al primero, podrían cercarle, cortarle los tendones a su montura y hacerle pedazos a él.

—Esa gente debe de tener caballos —murmuró con los dientes apretados.

—Sí, señor; ese pueblo los cría, y tienen una veintena de bestias. Y sus muchachos son rápidos a pie; ese pueblo gana a los otros en las carreras de todas las ferias. Antes, yo estaba orgullosa de mi aldea.

Conan sabía que, si abandonaba a Nissa, podría escapar de sus perseguidores, aun cuando estos trataran de abatirle después de haber capturado de nuevo a la anciana bruja. Pero, como se había comprometido a rescatar a la vieja, no pensó en ello. En tales asuntos, podía mostrarse muy obstinado.

El sendero seguía hacia arriba, cada vez más empinado y abrupto. Conan tiró de las riendas, bajó del fatigado caballo, y dijo:

—Yo andaré; tú sigue a caballo. ¿Cuánto queda de camino?

—Un cuarto de legua. Hacia el final, yo también tendré que caminar.

Siguieron adelante; Conan tiraba de las riendas de Ymir, mientras a sus espaldas los aullidos se oían cada vez con mayor fuerza, pues los hombres, los perros se acercaban cada vez más a su presa. Conan supuso que sus enemigos iban a aparecer en cualquier momento.

—Tengo que desmontar aquí —dijo Nissa con voz trémula—. Ayúdame a bajar, mi buen señor.

Cuando la bruja hubo apoyado en el suelo sus pies vacilantes, señaló una cuesta donde no había sendero alguno y empezó a subir por ella vigorosamente, aunque cada vez que tomaba aliento boqueaba dolorida.

Al mirar a sus espaldas, hacia el yermo de roca desprendida y escasa vegetación, Conan divisó el ominoso reflejo del sol en el acero. Dijo:

—Tenemos que ir más rápido. ¡Deja que te lleve, abuela!

Mientras ella protestaba, tomó su frágil cuerpo en sus fuertes brazos y subió corriendo por la ladera. El sudor le cubría el rostro, y también empezaba a costarle el respirar.

—Por aquella quebrada —murmuró la bruja, señalando el lugar.

Cargando todavía con la anciana, y guiando asimismo a Ymir, Conan se encontró en un angosto cañón o garganta, en lo alto del cual había unos pocos pinos rodeados de maleza. En el fondo del barranco había un cúmulo de piedras de todos los tamaños redondeadas por el agua, y entre estas gorgoteaba y murmuraba un pequeño arroyo. Conan tuvo que saltar de canto rodado en canto rodado, mientras Ymir iba tropezando y dando traspiés detrás de él.

—¡A-aquí! —le dijo Nissa en susurros.

Al dejar atrás un recodo en la quebrada, Conan vio la entrada de una cueva, casi oculta por la maleza y las enredaderas. Cuando la mujer se sentó, jadeante, Conan le dijo:

—Haz tu conjuro con rapidez, abuela, pues los aldeanos nos pisan los talones.

—Ayúdame a encender una hoguera —dijo resollando la mujer.

Conan juntó hojas secas y ramillas, y encendió una pequeña fogata con eslabón y pedernal. Entonces se volvió para hablar con Nissa, pero esta había desaparecido dentro de la cueva.

No tardó en aparecer de nuevo, y caminó tambaleante hacia la hoguera, con una bolsa de cuero en la huesuda mano. La abrió, sacó un pellizco de polvo de uno de sus compartimentos internos y lo aspergió sobre la llama. Cuando el fuego llameó y chisporroteó, apareció un curioso humo púrpura, que serpenteaba y se retorcía como un ofidio en sus últimos estertores. Murmuró en voz baja un encantamiento en un dialecto tan arcaico que Conan no entendió más que una o dos palabras.

—Date prisa, abuela —dijo con un gruñido, al tiempo que escuchaba con atención el creciente tumulto de los perseguidores—. Aparecerán en cualquier momento.

—¡No me interrumpas, muchacho! —exclamó ella.

Hacía años que nadie osaba hablarle de aquella manera a Conan, pero el cimmerio aguantó mansamente la afrenta.

Desde la roca en la que estaba sentado, Conan alcanzaba a ver el final de la quebrada, donde esta iba a dar al valle más ancho desde el que habían subido. Cuando sus ojos divisaron el reflejo de un

movimiento, se puso en pie y desenvainó la cimitarra. En una cañada tan angosta, sus enemigos sólo podrían atacarle de uno en uno, siempre que no escalaran por el barranco para atacarle desde arriba o por detrás; siempre que no tuvieran arcos y flechas. Conan no tenía armadura, y sabía que ni tan sólo su agilidad de pantera le permitiría esquivar saetas arrojadas tan de cerca.

Nissa seguía murmurando delante del fuego, y entonces Conan gritó:

—¡Por ahí vienen ya!

—No hables, y deja esa espada —le dijo la bruja con voz temblorosa—. ¡Ahora, vuelve a mirar! —añadió, con una nota de triunfo en su voz vieja y aguda.

Conan miró. Los campesinos y sus perros estaban pasando de largo por delante de la quebrada.

—¡Si contienes tu lengua, muchacho, no nos oirán! —dijo ella con un siseo.

Al cabo de poco, la cuadrilla de perros, hombres y caballos dejó atrás la cañada, y el estrépito que hacían al pasar se fue apagando.

—¿Cómo lo has logrado, abuela? —le preguntó Conan, perplejo.

—He lanzado un hechizo para que la entrada de esta torrentera les pareciera sólida roca. Si hubieras gritado, o si hubieran podido ver el reflejo de la luz del sol en tu arma, o si uno de ellos hubiera arrojado lo que fuera contra el aparente muro de roca, la ilusión se habría desvanecido como niebla bajo el sol matinal.

Se recostó, agotada, en la pared de la torrentera.

—Ayúdame a volver a la cueva, te lo ruego. No puedo más.

Conan ayudó a la anciana a volver a entrar en la caverna, donde tenía provisiones, hierbas y otras posesiones apiladas en desorden. Al sentarse, le dijo:

—Joven, debo pedirte que me hagas otro favor. ¿Sabes cocinar? Estoy demasiado débil hasta para hacerte la cena.

—Sí, a mi manera sí puedo cocinar —dijo Conan—. No será un banquete regio, te lo aseguro; pero he acampado solo en los yermos las veces necesarias para aprender los rudimentos de la cocina.

Buscó entre las provisiones de la bruja y volvió a atizar la hoguera, que ya se extinguía. Mientras lo hacía, preguntó:

—Dime, abuela, ¿qué fue lo que te enfrentó con los aldeanos?

La mujer carraspeó, tomó aliento, y le dijo:

—Soy Nissa de Komath. Durante muchos años, me gané una escasa paga como bruja blanca de Zamindi; curaba las enfermedades de hombres y bestias, pronosticaba las esperanzas para el futuro de los jóvenes enamorados que querían casarse y predecía el cambio de las estaciones. Pero, como ya les he dicho muchas veces a los aldeanos, nada es seguro en las artes ocultas, y la decisión final siempre queda en manos de los dioses.

»Una enfermedad se propagó por Zamindi. Muchos cayeron enfermos y, en una sola noche, tres chicos se pusieron malos. Hice lo que pude, pero ni mis hierbas ni mis hechizos lograron salvarlos. Entonces, se alzaron voces contra mí que decían que yo les había arrojado un hechizo maligno.

»Era sólo un rumor, difundido por el jefe de la aldea, Babur, quien desde hacía tiempo codiciaba la pequeña parcela sobre la que estaba edificada mi pobre cabaña. Le enfurecí porque me negué a vendérsela, aun por un precio razonable; esta fue su venganza. —Le vino un acceso de tos—. Ayer hice mi horóscopo, y vi el peligro que presagiaba. Esta mañana me puse a recoger lo que quedaba en mi despensa para traerlo a este refugio, que preparé hace mucho tiempo para las emergencias. Pero los villanos actuaron con demasiada rapidez; vinieron y me arrastraron hasta el pueblo. —Soltó una risilla—. Pero tú y yo hemos engañado a los augurios, al menos por ahora. ¿Qué vas a hacer pues, joven?

Conan le explicó cuanto le pareció oportuno de lo que le había ocurrido últimamente, y le preguntó:

—¿Qué me depara el porvenir?

Los ojos viejos y apagados de la mujer miraron a la lejanía.

—Hay cosas sobre ti que ya siento ahora. Eres un hombre violento. La pelea te sigue y te busca, aun cuando quieras evitarla. Te acompaña una gran fuerza. Yo no soy la última anciana a quien vas a rescatar en un momento de necesidad. —Tras una pausa, añadió—: No entregues tu corazón a cualquiera, ni a cualquier cosa. En muchas ocasiones, creerás haber satisfecho el deseo de tu corazón, pero este se te escurrirá por entre los dedos y desaparecerá como la niebla matinal.

»Mas ya seguiré hablando luego. Mi pobre y viejo corazón ha sufrido gravemente en el día de hoy, y tengo que reposar. No soy uno de aquellos que alargan su propia vida mortal mediante el

ejercicio de las artes arcanas.

—Mañana trabajaré para ti en un poderoso conjuro, para tratar de apartar el velo que cubre tu porvenir. Pero, mientras tanto, te entregaré una muestra de mi gratitud.

—No es necesario, abuela —empezó a decirle Conan, pero ella le hizo callar con un gesto.

—Que nadie diga que Nissa no paga sus deudas —dijo la mujer —. Te doy algo pequeño, pero es todo lo que tengo esta noche, después de los azares y la confusión de este día turbulento.

Buscó entre sus desordenados montones de pertenencias, y se volvió hacia Conan con un saquito en la mano, que le ofreció.

—Aquí —le explicó— tienes un puñado del polvillo del Olvido. Si un enemigo se acerca a ti, y cree tenerte a su merced, échale una pizca a la cara. Cuando respire el polvillo, ocurrirá como si nunca te hubiera visto, como si no te conociese.

—¿Y qué haré entonces con el hombre ese? —le preguntó Conan —. Si me ha agraviado, tendré el natural deseo de matarlo; pero parece una cobardía matarlo cuando él no conozca el motivo de nuestra enemistad.

—Yo te aconsejaría dejarlo ir y no preocuparte más del asunto. Asesinarlo en tales condiciones sería como matar al hijo por haberse peleado con su padre. Despiadada venganza sería, en verdad.

Conan gruñó en confuso asentimiento, aunque, de hecho, nunca había pensado que una venganza como aquella pudiera ser injusta. Entre sus paisanos cimmerios, era habitual vengarse del miembro de otro clan matando a los parientes del ofensor.

Conan estuvo tentado de rechazar el saquito que le ofrecían, y decir que sólo sentía desprecio por la magia y no quería tener nada que ver con ella. Pero la anciana parecía tan deseosa de que Conan aceptara su regalo, que el cimmerio lo cogió con un gruñido de agradecimiento para no herirla.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Conan halló el cuerpo de Nissa rígido y frío. Después de todo, no había logrado engañar a los augurios.

5. La ciudad del risco

Después de que el sol desapareciera tras las cimas de los montes Karpash, Conan se adentró con Ymir por la angosta cañada por la que se llegaba a Yezud, la ciudad del dios araña. Las sombras cada vez más oscuras arrojaban un manto negro sobre el desfiladero. Allí, apenas si crecía vegetación sobre el suelo rocoso; porque la cresta central siempre nevada de los Karpash, que, de norte a sur, se prolongaba a lo largo de cien leguas sin ser atravesada por ningún puerto de montaña, absorbía la humedad de los vientos del oeste antes de que estos lograran llegar al este, a Zamora. Los herrados cascos de Ymir iban marcando un metálico ritmo sobre la roca, salvo en los momentos en que el caballo caminaba por resbaladizas charcas de bitumen líquido. A un lado del sendero gorgoteaba lo que había quedado de un arroyo, como jugando al escondite entre los cantos rodados.

En su mayor parte, el camino siempre ascendente sólo permitía el paso a un único jinete. En los trechos donde más se ensanchaba, Conan encontró grupillos de gente que descansaban para luego seguir adelante hacia la otra ladera. Un comerciante que se había detenido en uno de aquellos lugares iba con cuatro asnos, cada uno de ellos cargado con un gran tonel de bitumen. En las tierras bajas del sur de Zamora, aquella oscura grasa mineral era empleada para varios usos; como purga para las personas, lubricante para las ruedas de carro, base para la pintura, combustible para las lámparas y medicina para la sarna.

Conan dio alcance a un gran rebaño que ascendía trabajosamente por el sendero que llevaba a Yezud. Cuando la inclinación de la pendiente le permitió contemplar el tortuoso camino que le quedaba por recorrer, Conan se maravilló de las dimensiones de la manada. Pensó que debía de haber entre ochenta

y cien vacas, llevadas a tirones y empujones por una docena de pastores. La lentitud de las grandes bestias irritó al cimmerio, pues no tenía manera de pasarles delante mientras se hallaran en los recodos del angosto sendero.

Aunque el crepúsculo hubiera envuelto la quebrada en oscura penumbra, el cielo brillaba todavía con cerúleo color azul cuando la torrentera se ensanchó por fin en una llanura no muy amplia. Las casas de una aldea se apiñaban a lo largo del camino. Más adelante, en un lugar donde el cañón se dividía en dos, una ciudad amurallada o acrópolis se erguía sobre el risco en el que se unían los dos desfiladeros; y, como la corona de un monarca, el templo marmóreo de Zath destacaba entre los rosados techos de la ciudad fortificada. Aquella elevada ciudadela tenía el nombre de Yezud, mientras que la aldea o suburbio era conocida como Khesron.

En cuanto aquel camino más ancho se lo permitió, Conan dejó atrás el rebaño y pasó al trote ligero por delante de las apiñadas casas de la aldea, donde niños sucios huyeron corriendo del camino y perros ladradores le entorpecieron el paso a Ymir. El único edificio público de Khesron, un piso más alto que las otras míseras construcciones de aquella comunidad, se daba a conocer como fonda con una rama clavada a un tablón, que colgaba sobre el dintel de la puerta de entrada.

El cimmerio siguió adelante hacia la rocosa prominencia en la que se hallaba la ciudad amurallada de Yezud, por un abrupto y empinado camino tallado en la rocosa ladera. Conan se apercibió de que sólo se podía entrar en la ciudadela por aquel camino, y que Yezud, si se defendía con resolución, había de ser prácticamente inexpugnable. Las empinadas pendientes de la elevación en cuya cumbre se hallaba la ciudadela, y que por su otra vertiente se fundía con el monte Ghaf, eran casi verticales, de tal manera que solamente una partida de montañeses cimmerios a los que no estorbase ninguna armadura habría tenido esperanzas de poder asaltar el formidable bastión.

Una vez en el sendero de montaña, Ymir se rebeló. Aunque Conan lo espoleara, el animal se negó a moverse. Al fin, el cimmerio desmontó y subió trabajosamente a pie, llevando a Ymir cogido de la brida. En el curso de la ascensión, el caballo fue con los ojos entornados y las orejas levantadas, y se comportaba como si

hubiera presentido alguna especie de maldad que su compañero humano no alcanzara a percibir.

Al fin, tanto el hombre como el reticente caballo llegaron a una pequeña rampa de piedra a cuyo término se encontraba la puerta de la ciudad, a vertiginosa altitud por encima de la llanura. Una pareja de hombres armados, de estatura superior a la de la mayoría de zamorios, montaban guardia ante las abiertas jambas de las imponentes puertas tachonadas de bronce.

—¿Nombre y ocupación? —le gritó uno de los guardias, al tiempo que le miraba con severidad.

—Nial, soldado mercenario —respondió Conan—. He oído que esta ciudad está reclutando a hombres como yo.

—Los estaba reclutando —le respondió el soldado, y frunció levemente los labios con un asomo de burla—. Pero ya no. Has llegado tarde.

—¿Queréis decir que todos los puestos están cubiertos?

—Y tú has venido hasta aquí para nada. —Aquel hombre hablaba el zamorio con acento extraño.

—¿Y tú eres uno de esos últimos que han reclutado? —preguntó Conan.

—Sí; pertenecemos a la Compañía Libre del capitán Catigern.

Aunque molesto por la antipatía del soldado, Conan conservó su aparente tranquilidad.

—Entonces dime, amigo, ¿de dónde procedéis?

—Somos brithunios.

—¿De verdad? Yo he viajado por muchas tierras, pero jamás por Brithunia. Querría poder hablar con quienquiera que sea que te alistó.

—Hoy es demasiado tarde ya. Vuelve por la mañana. Conan gruñó.

—Bueno, ¿hay algún mesón en Yezud donde pueda alojarme, y que tenga caballerizas para mi montura? El soldado rió con menosprecio.

—¡Hasta un necio sabe que sólo los sacerdotes y quienes trabajan para ellos pueden pasar la noche entre los muros de Yezud!

La pronta llama de la ira de Conan se inflamó. Ya había llegado de mal humor a causa de la demora ocasionada por el rebaño de vacas y la terquedad de su montura, y la insolencia de aquel

hombre estaba a punto de hacer estallar su mal genio. Haciendo un esfuerzo, se tragó una violenta réplica, pero recordó el rostro de aquel hombre por si el futuro le deparaba alguna oportunidad de tomar represalias. Tan calmado como pudo, el bárbaro preguntó:

—Entonces, ¿dónde pasan la noche los viajeros?

—Prueba en el mesón de Bartakes, en Khesron. Si está lleno de peregrinos, las estrellas tendrán que valerte como techo.

—No sería la primera vez —masculló Conan.

Se volvió, y se encontró con el mismo rebaño de vacas que había dejado atrás en su subida a Yezud. Mugiendo y quejándose, los animales eran obligados a subir cuesta arriba, en fila india, por los pastores que maldecían sin cesar.

—¡Apártate, infeliz, y deja que entren las vacas! —le gritó el soldado.

Conan apretó los labios y su mano buscó instintivamente el puño de la espada, pero recordó que llevaba la bolsa vacía y se refrenó. Como no podía descender por el sendero hasta que hubieran pasado todas las vacas, aguardó echando humos en la planicie, mientras las bestias, una tras otra, iban entrando por la puerta. Antes de que el último animal se hubiera metido en la ciudadela y se cerrara la puerta, las estrellas comenzaron a parpadear en el oscuro cielo. Guiando a Ymir, Conan bajó por el sendero, escrutando en la oscuridad para evitar que él mismo o su montura dieran un paso en falso y cayeran por el precipicio.

El mesón de Bartakes tenía muchos cuartos, porque los peregrinos sólo iban en gran número en algunas estaciones del año, durante los grandes festivales del templo de Zath. El festival de primavera había terminado ya, y todavía faltaba algún tiempo para el Festival de Todos los Dioses. Por ello, había camas vacías en los dormitorios y casillas libres en el establo.

Conan se asomó por la puerta de entrada y echó una ojeada a la taberna, donde los pocos clientes, sentados en torno a las mesas, comían, bebían o apostaban. Varios de aquellos hombres eran corpulentos, y tenían el cabello castaño o de color leonado; por su atuendo, Conan supuso que debían de ser miembros de la compañía brithunia de mercenarios. Los demás eran simples aldeanos, salvo un hombre esbelto y moreno con el cráneo rapado, vestido con un hábito de monje que le cubría hasta los pies. Conan había visto ya

hombres semejantes en Corinthia y en Nemedia, donde le habían informado de que se trataba de sacerdotes, o acólitos, o simples estudiantes estigios. Aquel estaba absorto en su material de escritura —una mezcla de hojas de pergamino, rollos de papiro y delgadas tablillas de madera— que tenía desplegado encima de la mesa.

Detrás del mostrador había una mujer joven, rolliza, de cabello ondulado, que estaba vertiendo cerveza con un cucharón en el odre de cuero de un cliente. Cuando Conan se acercó, ella volvió la cabeza y llamó:

—¡Padre!

Un gordo tabernero salió de la cocina restregándose las manos en el delantal.

—¿Sí, señor? —le dijo amablemente.

Conan encargó cena y habitación para sí mismo, y un cubo lleno de pienso y una casilla de establo para Ymir. Pagó una copa de cerveza para beber con la cena y se recogió temprano.

El sol naciente le encontró de nuevo frente a las puertas de Yezud. Cuando las jambas se abrieron, Conan se encontró con dos guardias desconocidos y con un hombre que, por su porte y su atildado uniforme, debía de ser un oficial. Este último era corpulento, casi tan alto como Conan, y las puntas de su cerdoso bigote bermejo se curvaban hacia dentro. Cuando vio al cimmerio, dijo:

—¡Ah! Tú debes de ser el hombre que vino aquí la pasada noche a la hora de cerrar las puertas, pidiendo un puesto en Yezud. Aquí no queda nada para un mercenario; mis muchachos se han hecho cargo de la protección de la ciudadela.

—Vos debéis de ser el capitán Catigern —dijo Conan gravemente.

—Sí. ¿Por qué?

—Capitán, todavía deseo hablar con quien se encargue de los reclutamientos. Sé hacer otras cosas aparte de abrir cráneos.

El capitán observó cuidadosamente a Conan, frunciendo el ceño de puro recelo.

—Difícilmente podrá ofrecerte algo. ¿Simpatizas con el culto de Zath?

—Simpatizo con quien contrate mis servicios y me pague lo

prometido —dijo Conan.

Hinchando los labios, Catigern contempló al corpulento cimmerio. Luego se volvió hacia uno de sus guardias, y le dijo:

—¡Morcant! Lleva a este hombre ante el Vicario. Que él decida si hemos de permitir que este sujeto entre en la ciudad. Y tú, forastero, déjanos tu espada hasta que se resuelva este asunto.

Conan entregó en silencio su cimitarra y entró con Morcant en la ciudad. Los edificios tenían formas de severa sencillez; se sucedían una hilera tras otra de comercios y viviendas pulcros, encalados, con tejados rojos, que apenas si se podían distinguir el uno del otro. Las calles estaban más limpias que cualesquiera que Conan hubiese visto en otras ciudades; la calle principal aparecía impecable a pesar de la manada de vacas que había pasado por allí pocas horas antes. Conan le preguntó a Morcant:

—Ayer, al anochecer, vi que más de ochenta cabezas de ganado estaban entrando en la ciudad. ¿Tanta carne necesita este lugar? A juzgar por el tamaño de la población, se necesitaría un mes para que los ciudadanos la devoraran toda.

—No hagas preguntas, extranjero —le replicó el brithunio.

Conan iba echando discretas miradas a derecha e izquierda con sus ojos de frondosas cejas, buscando trazas de algún corral de ganado en el que pudieran hallarse confinadas las vacas. Pero, aunque pasaron por delante de establos y talleres de todo tipo, no vio rastro de corral alguno o redil.

Finalmente, llegaron al barrio donde se hallaba el templo de Zath. Conan estiró el cuello y contempló con cara de palurdo el edificio más grande que jamás hubiera visto, un edificio todavía más imponente que los templos y palacios de Shadizar y Aghrapur. Estaba construido con grandes bloques de mármol opalescente, que brillaban con dorados reflejos a la luz del sol matinal. De su enorme nave central partían ocho alas, cada una de ellas guarnecida por columnas y pilastras adornadas con mosaicos. Salvo en la entrada principal, a la que se llegaba por una amplia escalinata, paredes de pulido granito unían el extremo exterior de cada una de las alas con los de sus dos vecinas. Una gigantesca cúpula central destacaba sobre todo lo demás, y el sol temprano de la mañana se reflejaba con cegadora intensidad en la lámina de oro que la recubría.

Ante el gran portal —un descomunal par de jambas ornadas con

relieves de bronce—, dos guardias brithunios vigilaban con rígido ademán, sin una mancha en los uniformes de color carmesí, las cotas de malla brillantes y las alabardas apoyadas en el suelo. Morcant anunció:

—Un hombre viene a ver al Vicario.

Uno de los guardias empujó una pequeña puerta dispuesta en la enorme jamba de bronce de la puerta principal. Conan se agachó para poder pasar por debajo del dintel y entró en un vestíbulo espacioso y alfombrado, al que desembocaban pasillos desde ambos lados. Enfrente de la amplia entrada, otro par de gigantescas puertas, ornadas estas con exquisitos relieves dorados, empequeñecían a los visitantes. Ante estas puertas interiores estaba estacionado otro par de guardias con alabardas.

Morcant asintió con la cabeza ante estos centinelas y guió a Conan por uno de los pasadizos laterales. Mientras caminaban, el cimmerio empezó a sentir un leve hedor de carroña. Sabía que esto no era raro en templos donde se sacrificaran animales al dios, o donde se extrajeran las vísceras de las bestias para emplearlas en la adivinación. Por ello, apenas prestó atención al desagradable olor.

Tras guiar al cimmerio por un pasmoso laberinto de corredores, Morcant se detuvo ante una puerta de roble ante la que montaba guardia otro mercenario brithunio, y llamó. Cuando una voz dijo: «¡Pasad!», abrió la puerta e indicó a Conan con un gesto que entrara.

Un hombre sentado, con un turbante blanco en la cabeza, estaba encorvado sobre un escritorio ornado de superficie lisa, y escribía a la luz de una lámpara de bitumen. Al acercársele Conan, levantó la cabeza.

—Dime, hijo mío.

Conan le miró, y su mano buscó la espada que ya no le colgaba del cinto. Pues aquel hombre era Harpagus, el que había sumido a Conan en un sueño hipnótico en las marismas de Mehar.

Harpagus no dio muestras de haberle reconocido. Haciendo un esfuerzo de memoria, Conan comprendió que, al encontrarse con los zamorios en las marismas, había llevado el rostro oculto por el turbante que le envolvía la cabeza. Aun cuando hubiera cenado con Harpagus y sus hombres, no se había quitado por completo el turbante a causa de los enjambres de insectos; sólo había levantado

la parte que le cubría la boca y el mentón y la había metido entre los pliegues superiores.

Luchando por contener el odio que sentía en su pecho bárbaro por aquel hombre que le había engatusado y robado, Conan se forzó a sí mismo a hablar calmadamente:

—Soy Nial, mercenario del Reino Fronterizo. Como oí que el templo estaba reclutando soldados, vine con la esperanza de hallar un puesto para mí.

El hombre del turbante negó suavemente con la cabeza.

—Llegas quince días tarde, hijo mío. El capitán Catigern también supo de esta oportunidad y, al no haber guerras ahora mismo en Brithunia, trajo aquí a su Compañía Libre.

—Así me lo han dicho. Sin embargo, mi señor, necesito un empleo; pues ya casi no me queda dinero, y tengo que ganar más antes de marcharme a buscar trabajo en otros lugares.

Harpagus se acarició el fino mentón.

—El templo necesita un escribano experto en cuentas para que nos lleve los libros. ¿Estás preparado para esa tarea?

Esta vez, tuvo que ser Conan quien negara con su peluda cabeza.

—¡No! Soy incapaz de sumar tres veces una columna de números y obtener idéntico resultado.

—Pues, en tal caso… ¡Ah!, necesitaremos un herrero, al menos por algún tiempo; el nuestro se está muriendo de unas terribles fiebres. ¿Tal vez conoces ese oficio?

Los dientes de Conan relucieron con súbita sonrisa.

—Tuve por padre a un herrero, y fui su aprendiz durante años en mi mocedad.

—¡Bien; excelente! Al menos, tienes los músculos necesarios para esa tarea. Empezarás a trabajar hoy mismo. El brithunio te mostrará tu herrería, ahora al cuidado del muchacho que se encargaba de los fuelles de Pariskas. El chico te ayudará a ti de igual manera.

Tras negociar asuntos tales como el sueldo de Conan, su alojamiento y el establo para su caballo, Harpagus le dijo:

—Entonces quedamos de acuerdo, hijo mío. Pero debes comprender que las gentes que moran en Yezud deben abstenerse de bebidas y licores fermentados, y no deben apostar ni fornicar. Y todos tienen que comprometerse a asistir a los servicios del santo

Zath por lo menos una vez cada diez días. —El Vicario calló por unos momentos y arrugó la frente—. ¿No nos habíamos visto ya en alguna otra ocasión?

Conan sintió que se le erizaba el cabello, pero respondió con aire de negligencia:

—Creo que no, señor… a menos que nos encontráramos por casualidad en Nemedia o en Brithunia, donde he servido como mercenario.

Harpagus negó con la cabeza.

—No, nunca he viajado por esos países. Con todo, tu voz me recuerda la de alguien con quien tuve breve trato… no importa. Ve con el guardia a tu nuevo alojamiento. Te encontrarás con encargos atrasados suficientes para mantenerte ocupado.

—Sólo una cosa más, señor. Querría mi espada, que ahora tienen en custodia los guardias de la puerta.

Harpagus sonrió aviesamente.

—La tendrás. Quitarle su arma a un herrero es como confiscarle los versos a un poeta; no tardará en hacerse otra.

Mientras el brithunio guiaba a Conan por las angostas calles, el cimmerio dijo:

—¿El Vicario se llama Harpagus?

—Sí.

—Ya me lo parecía. Si le he entendido bien, ¿en Yezud no hay vino, ni cerveza, ni apuestas, ni amoríos?

Morcant sonrió. Se mostraba amistoso desde que se había enterado de que Conan también habría de trabajar para el templo.

—El Sumo Sacerdote Feridún es un hombre muy virtuoso, virtuoso hasta el tormento, y tiene la esperanza de imponer sus principios a toda Zamora. Los de la Compañía Libre bajamos al mesón de Bartakes a buscar distracciones pecaminosas. Feridún querría cerrar también ese lugar. Pero no se atreve, porque sabe que la Compañía Libre se marcharía si nos impusiese tales restricciones.

Conan rió estruendosamente, porque sabía muy bien que el libertinaje era la ocupación usual de las compañías mercenarias cuando no estaban cumpliendo con sus deberes militares; pero era raro que alguien lo dijese tan a las claras.

—No sé qué es lo que te divierte —le dijo secamente Morcant con una mirada de reprobación.

—No quería molestarte —le dijo Conan, al tiempo que hacía desaparecer la sonrisa de sus labios—. Pero yo mismo he alquilado mi espada, y conozco las costumbres de los mercenarios.

La herrería era un pabellón sencillo, de un solo piso, cuya habitación principal, abierta a la calle, alojaba la fragua, mientras que una estancia más pequeña, a la izquierda, servía como morada al herrero. Cuando Conan entró en la herrería, un muchacho zamorio de quizá doce años a quien encontró sentado encima del yunque, donde estaba pelando un bastón con el cuchillo, bajó de un salto. Conan le explicó su presencia.

—Yo soy Lar, hijo de Yazdates —dijo el muchacho—. Os ruego, señor Nial, que me enseñéis un poco de herrería mientras trabajo para vos. El antiguo herrero no me permitía tocar sus herramientas. Parecía temer que yo le quitase el puesto cuando creciera.

—Ya lo veremos —le respondió Conan—. Dependerá de cuan hábil te muestres con las manos.

—Oh, yo soy muy hábil para mi edad, señor. He practicado por mi cuenta cuando el viejo Pariskas no miraba. A veces, él me descubría y me pegaba.

El muchacho miraba con aprensión al hombre que había de ser su nuevo dueño.

—Si alguna vez te pego, no será porque hayas tratado de aprender algo —masculló Conan—. Vamos a ver las herramientas.

Conan no había trabajado el hierro desde que, años antes, una pelea le obligara a abandonar su tribu cimmeria. Pero, al blandir los pesados martillos y manejar las tenazas de sólido hierro, tuvo una sensación de familiaridad. Estuvo seguro de que no tardaría en recobrar la pericia que sólo conservaba a medias.

—Lar —dijo—, voy a bajar a Khesron para recoger mi caballo y mis pertenencias. Mientras estoy fuera, tú encenderás el horno, y empezaremos a trabajar hoy mismo. A propósito, ¿adónde iban todas esas vacas que vi llegar a Yezud ayer por la noche?

—Entraron por una puerta de la fachada oriental del templo —dijo Lar.

—Una ciudad pequeña como esta difícilmente puede necesitar tantas bestias para alimentarse —ponderó Conan.

—Oh, señor, el pueblo no come esa carne; ¡ni siquiera los sacerdotes! Son para Zath.

—¿De verdad? —dijo Conan—. Cuesta creerlo. He visto ya muchos templos, y todavía más sacerdotes. En los templos adonde los devotos llevan animales para el sacrificio, los hombres santos matan a las bestias, ofrecen su piel, huesos y despojos al dios y devoran ellos mismos la carne. ¿Por qué crees que vuestros sacerdotes no hacen lo mismo?

—¡Pero, señor, en Yezud todo el mundo sabe que las vacas son devoradas por Zath! ¿No habéis entrado en la nave central del templo?

—Todavía no. ¿Qué hay allí?

—Lo veréis todo cuando asistáis por primera vez a un servicio. Allí está la estatua de Zath, semejante a una gran araña tallada en piedra negra. Su cuerpo es enorme, y sus patas… sus patas… —el muchacho se detuvo con un estremecimiento.

—Una estatua no puede comer vacas —observó Conan, sorprendido por el temor que demostraba el muchacho.

—Cada noche, la estatua cobra vida —siguió diciendo el chico —. Baja por una trampilla que está en el recinto sagrado y entra en las galerías subterráneas, donde captura a los animales que le han llevado allí para que sacie su apetito. Así lo cuentan los sacerdotes.

Conan meditó.

—He visto muchas cosas extrañas en mis viajes, pero jamás que una estatua cobrara vida. Aun cuando esa historia fuera cierta, ¿cómo podría devorar esa araña cien cabezas de ganado a la vez? Nunca he tenido una araña por mascota; pero algo sé de los hábitos de otras bestias de presa. Creo que con un buey le bastaría a una criatura como Zath para, como mínimo, quince días.

—¡Oh, señor, eso es un sagrado misterio! No debéis preguntar por lo que los dioses no quieren que sepamos los mortales.

Mientras hablaba, el muchacho bajó la cabeza con reverencia y se tocó la frente con las yemas de los dedos.

Conan gruñó.

—Así sea. Ahora enciende la fragua, muchacho, mientras yo voy a buscar mis cosas a la posada.

Algo más tarde, Conan se acercó con Ymir al establo común donde le habían asignado una casilla. Mientras instruía al mozo del establo en el cuidado de Ymir, empezó un tumulto en una de las casillas más alejadas. Un caballo se encabritaba, piafaba en el aire y

relinchaba frenéticamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Conan. El mozo de cuadra miró en derredor.

—Es ese maldito semental negro que el Vicario compró en Turan —dijo—. Todavía no lo hemos domado adecuadamente, porque ningún hombre se ha atrevido a montarlo.

—Mmm —dijo Conan—. Voy a echarle un vistazo.

Se acercó a la casilla del semental rebelde y reconoció a Egil. El caballo relinchó con deleite y le acarició con la nariz.

No atreviéndose a hablarle directamente al caballo, Conan se dirigió al mozo.

—Parece que le gusto, los dioses sabrán por qué.

El mozo, apoyado en su pala, esperó a que sus perezosos pensamientos tomaran cuerpo. Finalmente, murmuró:

—Tal vez podríais montarlo, señor. ¿Queréis tratar de domarlo? Si el sacerdote está de acuerdo, naturalmente.

Conan tuvo el «sí» en la punta de la lengua; pero se le ocurrió que, en caso de que el Vicario se enterara de aquello, sospecharía que el nuevo herrero y el antiguo amo de Egil eran la misma persona. Así, respondió:

—Ya lo veremos. Por ahora, apenas si tengo tiempo suficiente para cuidar de mi propio rocín.

6. El templo de la araña

Como no había posadas ni comedores en Yezud, y Conan no quería tener que volver a Khesron para cada colación, llegó a un acuerdo para que la madre de Lar le preparara las comidas. Al anochecer, Conan se limpió el hollín del rostro y los brazos, y siguió a Lar hasta la pequeña casa donde vivían el muchacho y su madre viuda. La casa, recientemente encalada, estaba limpia por dentro, y tenía en su parte trasera un pequeño y bien cuidado huerto.

Amitis, una mujer de mediana edad de rostro fatigado y cabello gris, le cocinó una cena apropiada, aun cuando Conan gruñera por no tener cerveza con que remojarla. Escuchó con malhumorado silencio lo que le iba contando Amitis sobre sus ancestros, su familia y su muy llorado marido.

—La vida ha sido muy dura después de que él muriera, ¡pobre hombre! —suspiraba la mujer—, pero, con el dinero que vos le pagáis a mi Lar, el estipendio que mi hija gana en el templo y las monedas que yo cobro por hacer la colada, seguiremos adelante.

—¿Tienes una hija? —le preguntó Conan, mirando a la mujer por primera vez con cierto interés.

—Sí, Rudabeh, que es la jefa de las bailarinas del templo, y tiene además otras responsabilidades. Es una muchacha muy capaz; afortunado el hombre que la tome por esposa.

—¿Las bailarinas están autorizadas a casarse?

—Después de que las licencien, sí. De hecho, los sacerdotes lo aprueban; entregan una dote a cada muchacha cuando termina su servicio… si se ha comportado bien, claro está.

—¿Cómo escogen a las bailarinas del templo? —preguntó Conan distraídamente, al tiempo que se llenaba la cuchara con una porción de budín.

—Los sacerdotes celebran un concurso cada año —le respondió

Amitis— para elegir a las dos bailarinas más apropiadas. Vienen familias hasta de Shadizar, y traen a sus más bonitas jóvenes para la competición; pero la mayoría proceden de las ciudades cercanas. Se considera un honor el tener una hija en el servicio de Zath.

—¿Y cuánto tiempo dura su servicio?

—Las ganadoras sirven en el templo durante cinco años.

Conan volvió la mirada hacia el joven Lar.

—¿Por qué no me habías dicho que tenías una hermana?

El muchacho hizo una mueca.

—No creía que un hombre importante como vos pudiera interesarse por una chica.

Conan se volvió de nuevo hacia Amitis para que su joven admirador no le viera sonreír, y preguntó:

—¿Nunca te visita tu hija?

—Oh, sí; cuatro veces al mes le conceden un permiso, y viene aquí a cenar. Pasó una velada con nosotros hace tan sólo tres noches.

Haciendo ostentación de indiferencia, Conan bostezó, se desperezó y se puso en pie.

—Lar —dijo despreocupadamente—, tienes que llevarme algún día al templo y explicarme los rituales. El Vicario me ha ordenado que asista por lo menos tres veces al mes, y debo obedecerle.

Tras excusarse, Conan regresó a su herrería. Pensó por un momento en acudir a la posada de Bartakes para animar la velada, pero, tras haber pasado toda una tarde manejando las pesadas herramientas de su nuevo oficio, estaba más que deseoso de retirarse temprano.

Pasó el día siguiente con el yunque y la forja. Mientras Lar se encargaba de los fuelles, Conan herró varios caballos, soldó la hoja de una guadaña rota, alisó a martillazos una abolladura del yelmo de uno de los brithunios, y en los momentos libres fabricó para sí varias docenas de clavos. Estaba complacido, porque veía que recuperaba con suma facilidad las habilidades adquiridas durante su juventud.

A la mañana siguiente, Conan acompañó a Lar hasta el templo de Zath, adonde estaban acudiendo muchos de los moradores de la ciudadela. Las grandes puertas interiores, así como los portales exteriores, se abrían para los devotos. Los guardias con alabardas

vigilaban con rígido ademán, pero iban siguiendo con sus lujuriosas miradas a muchas agraciadas mujeres que atemperaban con sonrisas su propia piedad.

Destacando entre la muchedumbre, Conan entró en la nave central. Allí, el hedor a carroña era más fuerte; un hombre que no hubiera estado tan habituado como el cimmerio al olor de la muerte habría sentido náuseas. La nave circular, en el centro del gran templo, era capaz de acoger a millares de fieles. Pero, como no era tiempo de festivales, sólo unos poco centenares se habían congregado en la espaciosa rotonda.

Conan observó que el suelo estaba adornado en su totalidad con delicados mosaicos, hábilmente diseñados a modo de series de telas de araña entrelazadas. Cada una de estas telarañas no era más ancha que las espaldas de un hombre; Lar se detuvo en el centro de una de estas redes, e indicó a Conan con un gesto que hiciera lo mismo.

El perspicaz ojo del cimmerio halló las columnas sobredoradas que, a intervalos, sostenían la elevada cúpula. Aquel dibujo de la tela de araña reaparecía por doquier. Festoneaba las paredes enyesadas, ceñía los pilares, y a mayor escala cubría la cara interior de la cúpula sobredorada. Aquí, el dibujo estaba trazado en negro sobre blanco; allí, en blanco sobre negro; más allá, en rojo sobre azul, o en dorado sobre verde, o en púrpura sobre plata, o en alguna otra combinación cromática.

El fulgor del sobredorado que reflejaba la luz de un centenar de doradas lámparas, las cuales colgaban, al extremo de cadenas de bronce, de huecos apenas visibles en el techo, y la interminable repetición de radiales telarañas, infundían hipnótica inmovilidad. Conan cerró los ojos para protegerlos de las luces parpadeantes y de las intrincadas redes, y se obligó a sí mismo a pensar en el pacífico jardín del vidente Kushad.

Cuando se atrevió a abrir de nuevo los ojos, se le fue la vista tras la escena que tenía delante. Había allí un recinto sagrado de planta cuadrada, que desaparecía en parte en un nicho al pie de la pared que circundaba la rotonda, y en parte se mostraba dentro de la nave circular. Aquel espacio sacro, elevado sobre el suelo de la nave para que los fieles congregados pudieran verlo mejor, empezaba en tres amplios escalones de mármol, que se extendían de un extremo al

otro del lugar santo. Una baranda perforada de latón bruñido, alta como para llegarle al talle a una mujer, se curvaba hacia delante desde el escalón inferior para separar el espacio sagrado de la parte asignada a los devotos. Sobre los escalones, y a la derecha del recinto, había un cofre de ébano de gran tamaño, desgastado por el tiempo, sujeto con abrazaderas de bronce de color verdoso a causa de su antigüedad. El antiguo cofre estaba decorado con las omnipresentes telas de araña, formadas con fino alambre artísticamente incrustado en la madera pulida.

Para equilibrar el venerable recipiente, a la izquierda del recinto se erguía a modo de altar un bloque de mármol dorado, y crípticos sellos habían sido tallados en críptica escritura zamoria sobre su plinto. Sobre este espléndido soporte reposaba un cuenco de calcedonia; y dentro de este traslúcido recipiente danzaba una llama eterna, conectada —Conan no sabía cómo— con la adoración del dios araña.

En el centro de este recinto más elevado, cuyo fondo estaba cubierto con tapices de color rojo sangre, se encontraba la estatua de Zath; detrás de esta, en el rincón izquierdo, se hallaba el nicho en la pared del lugar santo. El ídolo, esculpido en ónice negro, estaba tallado con tan gran fidelidad a la naturaleza que Conan estuvo tentado de creer que de verdad la estatua volvía a la vida por las noches. El pesado cuerpo de forma ovalada, sostenido por una especie de armazón o mesa cubierta de terciopelo carmesí semejante por su color a la encarnada pared, parecía, a la luz parpadeante, flotar sin sostén alguno, y cada una de las patas articuladas de la araña, más sólidas que un remo de galera, reposaba sobre el suelo de mármol. La estatua hizo pensar a Conan, con desagrado por su parte, en aquella araña gigantesca con la que había luchado hacía varios años en la Torre del Elefante, salvo en que aquella imagen de arácnido doblaba con creces el tamaño del monstruo que el cimmerio recordaba.

De un extremo a otro de la cabeza de aquella criatura —de lo que habría sido su cabeza si los miembros de la familia de las arañas poseyeran cabezas distinguibles del segmento anterior de su cuerpo—, una hilera de cuatro grandes ojos refulgía con azulado brillo a la luz de las lámparas. Desde el lugar donde estaba, Conan alcanzó a ver que, además, Zath tenía otros cuatro ojos adicionales,

un par a lado y lado de su cuerpo y otro par en el dorso. Aquella imagen inflamó los instintos predatorios del cimmerio, y este le preguntó a Lar:

—¿De qué están hechos esos ojos, muchacho?

—¡Chist! —le amonestó Lar—. Ahí vienen los sacerdotes.

Las paredes del recinto sagrado podían atravesarse por dos puertas, sitas en lados opuestos detrás del cofre y del altar. Un grave desfile entró por la puerta de la izquierda; una docena de hombres con turbantes de seda y ropas de brocado, cada uno de los cuales llevaba un bastón con el pomo de oro o de plata, e incrustado en joyas. Iba al frente de ellos un hombre más alto que los demás, ataviado con un atuendo blanco y flotante y un turbante negro como la noche, cuyas cejas negras erizadas, nariz de pico de águila y voluminosa barba blanca le conferían formidable porte.

Los otros sacerdotes llevaban vestimentas de variados colores. Uno llevaba puesta una toga de color escarlata y un sombrero de color azul; otro, una túnica purpúrea rematada con una toca de color azafranado; y otro aún, una toga de color azul zafiro, con una toca de pálido color verdigris. Conan reconoció al Vicario, Harpagus, por su túnica negra y su turbante del color de la nieve.

Los doce sacerdotes se alinearon frente al dios araña. En respuesta a un gesto de Harpagus, la congregación alzó los brazos y gritó, al unísono: «¡Salve, Zath, dios de todas las cosas! ¡Salve, Feridún, apóstol de Zath!».

Entonces, dirigida por un joven sacerdote cuyos dedos largos y afilados chasqueaban rítmicamente en el fétido aire, la congregación cantó un himno. Conan sólo entendió unas pocas frases de aquel pean, pero alcanzó a comprender que el estribillo celebraba la pureza de Zath, que se extendía sobre Zamora como una gigantesca telaraña.

Cuatro sacerdotes avanzaron mayestáticamente para formar un círculo en torno a la llama eterna. Cada uno de ellos sacó un objeto de las flotantes mangas de su atuendo. Conan entrevió un cáliz de plata, una daga de enjoyado puño, un espejo de bronce y una llave de oro. Los sacerdotes ejecutaron una especie de complejo rito, por cuya causa la llama soltó una arremolinada columna de humo; pasaron los objetos simbólicos por sus volutas, al tiempo que cantaban encantamientos que Conan no pudo comprender.

Entonces, los sacerdotes, con pasos mesurados, formaron en dos hileras a lo largo de las paredes laterales del santuario, al mismo tiempo que ocho bailarinas que habían salido por la puerta de la derecha se acercaban al dios araña. Todas ellas iban desnudas, salvo por unas voluminosas ristras de cuentas de color negro azabache, intrincadamente entretejidas para simular telas de araña. Brillaban joyas, semejantes a gotas de rocío bajo el sol matinal, en su cabello negro y sus gráciles dedos.

El hombre de la túnica de color zafiro sacó una flauta y tocó una evocadora melodía, a cuyo son las muchachas ejecutaron una solemne danza en torno al descomunal ídolo; las ristras de cuentas tintineaban y entrechocaban cuando sus esbeltos cuerpos se contorsionaban y mecían. Conan susurró:

—Yo creía que Zath era un dios de pureza. Esas jovenzuelas no me parecen una incitación a la castidad.

—¡Chist! Vos no lo entendéis —murmuró el chico, cuyos ojos brillaban de fervor religioso—. Es una danza sacra, antigua y honorable. La virtud de nuestras bailarinas es protegida con todo el celo posible.

El diablo de Conan le susurró al oído que, si tal era el caso, la seducción de una de las doncellas podía ser una hazaña digna de alarde. Insistió:

—¿Cuál de ellas es tu hermana?

—Esa, la que está a la izquierda del centro… ahora está detrás de la estatua. Es más alta que las demás.

—Bella potra —murmuró Conan para sí mismo—, si se refiere a la que me imagino.

La muchacha, en efecto, era más alta y voluptuosa de formas que la mayoría de las pequeñas y flacas mujeres zamorias, y Conan sintió que se le inflamaba la sangre.

La danza terminó con las ocho muchachas postradas delante del ídolo, una delante de cada una de las patas de la araña. Entonces, alzándose y juntando las manos para formar una cadena, salieron en fila india del santuario, mientras el Sumo Sacerdote Feridún se adelantaba y ponía los nudillos de la mano izquierda sobre la tapa del antiguo cofre. Ordenó silencio levantando la mano derecha, e inició un sermón:

—Mis muy amados: Ya hemos explicado antes en qué triste

estado ha caído la nación de Zamora, que fue grande. Nosotros, los sacerdotes, hemos referido, hasta ahora, ¡ay!, en vano, los pecados y la depravación del pueblo. La corrupción se extiende entre vosotros, procedente del trono de vuestros reyes, y día a día va transformando nuestra nación, antiguamente orgullosa, en una fosa de crimen, intrigas y otras perversidades. El latrocinio, el asesinato, el soborno, la embriaguez y la fornicación prevalecen entre nosotros. Los cultos de los otros dioses, que afirman combatir esta degeneración, han fracasado en su misión, o bien, ¡ay de Zamora!, se han unido a esta carrera por obtener riquezas ilícitas, y han sido indulgentes con quienes se revuelcan en placeres sensuales.

El tono exhortativo del anciano sacerdote irritó a Conan, quien sintió el perverso deseo de gritar que, aunque las gentes de Zamora fueran indudablemente perversas, no eran peores que las de otras naciones. Pero, sabedor de que un solo hombre no puede combatir con cientos de seres inflamados por el fanatismo religioso, refrenó la lengua. El Sumo Sacerdote Feridún siguió diciendo:

—Solamente la Verdadera Fe de Zath ha preservado su integridad de motivos y de prácticas. Sólo la Verdadera Fe de Zath puede purificar el reino y devolver Zamora a su antigua grandeza. Os aseguramos, muy queridos nuestros, que el día de la purificación se acerca. Todos los que me escucháis con devoción viviréis para presenciarlo.

Habrá un gran trastorno, destrucción de malvados como nunca se ha visto en el mundo; pero vosotros lo veréis. ¡La llama de la gran purificación recorrerá toda la tierra, y consumirá a los pecadores como insectos arrojados a un fuego rugiente! ¡Se acerca sin demora! Estad preparados, queridos míos, para servir como soldados en el santo ejército de Zath…

Mientras Feridún seguía hablando en tales términos, Conan ardía de impaciencia, y ardió hasta que por fin el Sumo Sacerdote concluyó sus soflamas con una plegaria cantada. Entonces, las ocho jóvenes, vestidas ahora con túnicas de variados colores, voluminosas aunque diáfanas, aparecieron en solemne procesión, cantando un himno al ritmo del lamento de una flauta que tocaba el sacerdote de la túnica de color zafiro y el turbante verdigris. Entretanto, acólitos vestidos con túnicas de color esmeralda anduvieron entre los congregados agitando los cuencos de las

ofrendas. El tintineo de las monedas hacía las veces de alegre, si bien irregular acompañamiento de los agudos cánticos de las doncellas.

Un acólito acercó el cuenco a Conan. Mirando al fondo de este, el cimmerio vio un montón de monedas de varias denominaciones. Gruñendo, sacó una pequeña moneda de su gastada bolsa y la arrojó al montón.

El acólito resopló con desdén.

—No te muestras muy generoso con el dios, extranjero —murmuró.

—Que los sacerdotes paguen mejor mi trabajo como herrero —masculló Conan—, y entonces te daré más.

El acólito abrió la boca como para soltarle una airada réplica; pero la ceñuda mirada de Conan le persuadió de que debía comerse sus palabras y pasar a pedir al siguiente.

Cuando se hubieron recogido las últimas ofrendas, las doncellas del templo terminaron con su canción y desaparecieron. El Sumo Sacerdote Feridún se acercó al cofre, abrió ceremoniosamente la cerradura y levantó la tapa. Los acólitos fueron desfilando por delante del cofre y vaciando en él su cuenco de monedas, y el repiqueteo que hacían al caer arrancaba ecos a la dorada cúpula del templo.

Feridún entonó otra plegaria, bendijo las ofrendas y cerró de nuevo el cofre ya lleno. La congregación alzó de nuevo sus voces en un cántico; aclamaron de nuevo a Zath con los brazos en alto, y el servicio llegó a su fin.

Cuando Conan y el muchacho abandonaron el recinto del templo, Lar, hirviendo en entusiasmo juvenil, se aventuró a decir:

—¿Verdad que el Sumo Sacerdote Feridún es un hombre maravilloso? ¿No os ha llenado el corazón de inspiración espiritual?

Conan calló por unos momentos antes de responder.

—Nunca he conocido sacerdotes que fueran muy distintos de los otros hombres. Todos trabajan por su propio enriquecimiento, poder y gloria, igual que los demás, por mucho que enmascaren su ambición con cháchara piadosas.

—¡Oh, señor! —exclamó el muchacho—. ¡Qué tan impíos sentimientos no lleguen a oídos de los sacerdotes de Zath! Ciertamente, podrían excusaros por ser tan sólo un extranjero

ignorante; pero no debéis hablar nunca a la ligera del dios y de sus ministros en la santa Yezud… a menos que queráis servirle de pienso al dios araña.

—¿Ese es el destino que corren aquí los traidores? —preguntó Conan.

—Sí, señor. Esa es nuestra forma habitual de ejecución.

—¿Cómo se hace?

—Los acólitos arrojan al criminal a las galerías que recorren el templo por debajo. Entonces, cuando el inmortal Zath toma de noche su forma carnal, desciende allí para devorar al villano.

—¿Y quién ha visto a Zath arrastrándose por allí?

—Sólo los sacerdotes, señor.

—¿Ningún ciudadano común de Yezud ha presenciado ese milagro?

—N-no, señor. Nadie, salvo los hombres más eminentes en el sacerdocio, se atreve a entrar en la morada del dios araña. El año pasado oí contar que un impío había entrado en secreto en los túneles, con la esperanza de encontrar algo de valor que robar. ¿Sabéis lo que se dice de los ladrones zamorios?

—Que son los más hábiles del mundo, y los más fieles a su palabra. ¿Qué le ocurrió a ese osado muchacho? ¿Zath le devoró?

—No; logró escapar. —El chico se estremeció—. Pero volvió loco furioso, y murió pocos días más tarde.

—Mmm. No parece buen lugar para pasearse. Dime, Lar, ¿de qué materia están compuestos los ojos de Zath?

—Oh, supongo que de la misma de que están hechos los vuestros y los míos; sólo que, cuando Zath regresa a su pedestal y adopta su forma pétrea, sus ojos deben de convertirse en alguna especie de mineral azul. No sé más.

Conan anduvo en silencio hasta la casa de Lar para la comida del mediodía; su ágil entendimiento ya estaba haciendo planes. Sin duda, los ojos de Zath eran gemas de algún tipo. Si lograba robar algunos, tendría riquezas suficientes para mantenerse durante el resto de su vida. Habitualmente, Conan andaba con cautela en la presencia de dioses desconocidos; pero hallaba difícil atribuirle divinidad a una araña, por formidable que esta fuera. Independientemente de que aquella estatua pudiese tener el poder de convertirse en ser vivo, Conan era incapaz de creer en su

divinidad. Estaba convencido de que los sacerdotes de Zath engañaban a los crédulos zamorios, y de que sería una acción justa el privarles de una parte de sus riquezas mal ganadas.

Después de la cena, Conan, harto de la sobriedad de Yezud, se ciñó la espada y bajó por el rocoso sendero hasta el Mesón de Bartakes, que se hallaba en Khesron. Se alegró de encontrar pocos parroquianos en la taberna, pues quería estar solo para poder pensar.

Conan se llevó su odre de vino del mostrador y se sentó en un rincón. Se lamentó de haber hablado tan cínicamente de los dioses y los sacerdotes delante del joven Lar, porque comprendió que el joven e impresionable muchacho iba a desconfiar de él. Si algún día se peleaban, o si Lar cometía alguna estupidez y Conan le abofeteaba, el chico podría ir a los sacerdotes con un exagerado relato de las herejías del herrero. Entre todas las muchas lecciones difíciles que se veía obligado a aprender para poder vivir en tierras civilizadas, Conan consideraba que cuidar de su propia lengua y vigilar lo que decía era lo más difícil.

Los tristes pensamientos del cimmerio se vieron interrumpidos por las malas palabras que se oyeron al otro extremo de la estancia, donde un hombre y una mujer estaban sentados y compartían una botella de vino. Conan reconoció en la mujer, ataviada con un ajustado vestido a cuadros rojos y blancos cuyo escote dejaba a la vista sus generosos senos, a Mandana, la hija de Bartakes. El hombre —Conan se inquietó, pues habría tenido que reconocer el erizado bigote pelirrojo en el mismo momento de entrar en la taberna— era el capitán Catigern. Sumido en sus pensamientos, Conan no había visto al oficial mercenario.

Catigern, obviamente, había bebido más de lo que podía sentarle bien, y la mujer le estaba echando en cara su borrachera. A mitad de sus reproches, el hombre hizo un ruido grosero, apoyó la cabeza en ambos antebrazos y se durmió.

La mujer se levantó de su taburete y, mirando osadamente por la estancia, se acercó a la mesa de Conan y le dijo:

—¿Puedo sentarme contigo, maestro Nial?

—Por supuesto —dijo Conan—. ¿Qué problema tienes, muchacha?

—Puedes verlo por ti mismo —señaló bruscamente con el pulgar

al somnoliento Catigern—. ¡Me prometió una noche gloriosa, y ahora sólo se le ocurre emborracharse hasta caer en ese torpe sopor! Estoy segura de que tú, por lo menos, no te caerás dormido en el momento de darle placer a una mujer.

Sonrió provocativamente y se ajustó el vestido hasta que los voluminosos pechos casi se le salieron de su escasa envoltura.

Conan enarcó sus pobladas cejas.

—¡Oye! —murmuró con una voz en la que tomaba cuerpo el deseo—. ¡Si lo que buscas es placer, aquí estoy para servirte! Dime tan sólo el momento y el lugar.

—Dentro de poco, en mi habitación, arriba. Pero primero bebamos algo; y luego tienes que pagarle a mi padre el precio por mis atenciones.

Volvió la cabeza hacia el mostrador, tras el que se hallaba Bartakes.

Conan la miró con recelo.

—¿Cuánto pide?

—Diez monedas de cobre. A propósito, no volviste al mesón después de pasar la primera noche aquí; ¿los sacerdotes de Yezud te dieron algún empleo?

—Sí; ahora trabajo como herrero del templo —respondió Conan mientras buscaba en su bolsa e iba sacando monedas—. Tratándose de un empleo pacífico, no está mal…

Conan no terminó la frase. El capitán Catigern había despertado, se había puesto torpemente en pie, y se había acercado a la mesa donde estaban sentados Conan y Mandana. Rugió:

—¿Qué estás haciendo con mi muchacha, palurdo? Conan le miró con los ojos entrecerrados, y calibró el grado de ebriedad del oficial.

—Puedes irte al infierno, capitán —dijo tranquilamente—. La moza vino a mí por su propia voluntad mientras tú estabas roncando.

Cogió su jarra y apuró un largo trago.

—¡Cachorro insolente! —gritó Catigern, al tiempo que se disponía a golpear a Conan con el reverso de la mano.

Los nudillos de la mano abierta del brithunio chocaron con el brazo con el que Conan estaba bebiendo y derramaron algo de vino. Calculadamente, Conan dejó en el suelo la jarra, se incorporó con la

agilidad de un felino de la jungla y le golpeó el rostro a Catigern con el puño izquierdo. La cabeza del capitán retrocedió con violencia; Catigern se tambaleó y cayó pesadamente. El golpe habría dejado inconsciente a un hombre ordinario, e incluso le hubiera causado daños serios; pero Catigern era un hombre inusualmente corpulento y fuerte. Así, volvió a levantarse al cabo de un instante y desenvainó con dificultad su espada.

—¡Te trincharé el hígado y lo echaré a mis perros! —farfulló, al tiempo que se abalanzaba sobre Conan.

Ignorando los gritos de súplica del tabernero, Conan salió al paso de Catigern con su cimitarra turania, y los aceros centellearon al chocar a la amarilla luz de la lámpara. Varios de los parroquianos se escondieron bajo las mesas mientras los dos gigantes daban vueltas entre lances y paradas. Los ecos que el acero arrancaba al acero, mezclados con los gritos de los entusiasmados espectadores, resonaban como un demoníaco tumulto en el aire vespertino.

Tras el primer torbellino de ataques y paradas, el capitán Catigern, que ya había comenzado a jadear sin aliento, cambió de táctica. Su espada, como la mayoría de las empleadas en el Oeste, tenía la hoja recta, mientras que la cimitarra de Conan, más pesada que la mayoría de las armas turanias, tenía la forma curva de una luna creciente, y por ello no servía para acometer. El brithunio, en vez de intercambiar golpes, empezó a intentar rápidas y mortíferas acometidas entre las veloces paradas del cimmerio.

Aunque Conan ya hubiera manejado espadas occidentales antes de partir hacia Turan, llevaba dos años entrenándose y practicando con el sable curvo. En tres ocasiones, sólo su agilidad de pantera, junto con sus violentas paradas, le salvó de morir atravesado por la bien afilada hoja de Catigern. Una acometida, semejante al ataque de una serpiente, le rasgó la túnica a Conan y le dejó un corte sangrante en el hombro.

Comprendió que el brithunio era un luchador experimentado, a quien costaría vencer aunque el alcohol le entorpeciera. Aunque él mismo fuera más alto, más fuerte, más veloz y más joven, Conan se alegró de que el diestro mercenario no estuviera completamente sobrio.

Bartakes iba dando vueltas alrededor de los luchadores, presa de la angustia, al tiempo que se frotaba las gruesas manos y gritaba:

—¡Os lo ruego, caballeros, salid fuera! ¡No luchéis dentro de mi establecimiento! ¡Me vais a arruinar!

Los duelistas le ignoraban. Entonces, una sombra que acababa de salir de un rincón oscuro de la taberna se acercó con sigilo a las espaldas de Catigern; y Conan, a la luz de las lámparas, alcanzó a ver el brillo de una daga.

Aunque el cimmerio hubiera matado de buena gana a su adversario en justa lid, el acto de apuñalar por la espalda a un hombre que estaba luchando con otro ofendía su código de honor. Pero, aunque el bárbaro le hubiera advertido del peligro con un grito, el brithunio habría pensado que se trataba de una triquiñuela de su antagonista para poder herirte impunemente.

Todo esto pasó por las mientes de Conan en menos tiempo del que tardaba en alzar su curva espada. Con la celeridad del leopardo, saltó hacia atrás al mismo tiempo que bajaba la punta de la cimitarra.

—¡A tus espaldas! —bramó—. ¡Traición!

Como en aquel momento Conan no habría podido alcanzarle, Catigern se volvió para mirar a sus espaldas. El desconocido asesino había alzado la daga para clavar su larga hoja en el cuerpo del brithunio. Gritando una furiosa maldición, Catigern le propinó un tremendo mandoble del revés en el costado. El acero se hundió entre las costillas y la pelvis del hombre, y poco faltó para que le seccionara el espinazo. Era un hombre delgado, a quien el mismo impacto arrojó sobre una mesa de caballete, y le hizo caer al suelo entre un revoltijo de sangre y entrañas. Por unos momentos gimió, y luego quedó inmóvil.

—Magnífico mandoble —comentó Conan, la punta de cuya espada seguía tocando el suelo—. ¿Quieres seguir luchando?

—Grandísimos idiotas, si osáis… —empezó a decir Bartakes, pero los dos hombres de acerados ojos le ignoraron.

—No, no —respondió Catigern. Se limpió el arma con un fleco de la túnica del cadáver y trató de envainarla, deteniéndose tan sólo para asegurarse de que Conan hacía lo mismo—. No puedo matar a un hombre que acaba de salvarme la vida hace sólo un momento. En cuanto a la muchacha… pero ¿dónde diablos está esa chicuela?

Bartakes dijo:

—Mientras vosotros dos peleabais, ha subido a su cuarto con

otro cliente… creo que era un hombre de tu compañía, capitán. —El mesonero se volvió para gritar a sus hijos que se llevaran el cuerpo y fregaran el entablado del suelo. Luego, negando con la cabeza, murmuró—: ¡Zath me libre de otro par de jóvenes necios como vosotros!

Catigern sonrió con ironía.

—Tienes razón, amigo mío; hemos sido necios, sin duda alguna, al arriesgar la vida por una mujer pública. —Bostezó—. Por lo que a mí respecta…

—Espera —exclamó Conan—. Vamos a ver quién te había querido apuñalar. Tráenos una de esas lámparas, tabernero.

Acercándose al destrozado cuerpo, Conan vio que se trataba de un típico zamorio, de poca estatura, esbelto y moreno. Preguntó:

—¿Conoces a este hombre, Bartakes?

—¡Sin duda! —respondió el tabernero—. Hoy mismo llegó montado en una muía y ocupó un cuarto; dio el nombre de Varathran de Shadizar.

—¿No lo habías visto en ninguna otra ocasión?

—Nunca. Sin embargo, vienen gentes de todas las partes de Zamora para honrar al dios araña.

Conan registró el cuerpo con manos expertas. Encontró una bolsa que colgaba del cinturón de Varathran, en la que había un puñado de monedas de cobre y plata y un pequeño rollo de pergamino. Desenrolló el pergamino y frunció el ceño al examinarlo. Al fin, dijo:

—Catigern, ¿sabes leer el zamorio?

—¡Pues, no! Apenas si sé leer la escritura de mi tierra de origen. ¿Y tú?

—Aprendí hace tiempo algunos de los caracteres zamorios, pero he olvidado lo poco que sabía.

—Déjame verlo —dijo el mesonero.

Sostuvo el pergamino cerca de la lámpara y movió silenciosamente los labios; estaba enfrascado con aquella escritura de trazos largos y finos. Al fin, encogiéndose de hombros ante su fracaso, le devolvió el pergamino a Conan.

—Está escrito en zamorio antiguo —le dijo—, una escritura que cayó en desuso desde que Mitrídates I revisó nuestro sistema de caracteres. Tal vez algún sacerdote de Yezud pueda descifrarla; yo

no puedo.

—¿Podría verlo? —murmuró una voz suave, aguda, con peculiar acento. El estigio, a quien Conan había visto antes sentado delante de sus pergaminos y tablillas, se había acercado a él con interés—. Tal vez os pueda ser de ayuda, señor.

Conan frunció el ceño.

—¿Y quién eres tú?

El hombre de cabeza rapada sonrió.

—Me llamo Psamitek de Luxur, y soy un pobre estudiante de las artes arcanas.

Con un gruñido, Conan le entregó el pergamino, y el estigio lo examinó a la parpadeante luz de la lámpara.

—Dejadme ver. «Yo… Tughril… Sumo Sacerdote… de Erlik… juro por la presente… en nombre de mi dios… el pago… de diez mil… piezas de oro… por la cabeza… ¿qué nombre es este?
C-co
… nan… el cimmerio». ¿Qué os sugiere esto, señores? ¿Quién es el tal Conan? ¿Hay alguien aquí con ese nombre?

Catigern echó una breve ojeada por la estancia; entonces, él y Conan negaron con la cabeza. Bartakes habló:

—Recuerdo que hará un par de años, cuando visité Shadizar, oí hablar de un famoso ladrón de nombre Conan. No me había acordado más de él hasta que leísteis el nombre en el pergamino. Se decía que los latrocinios de aquel sujeto eran tan atrevidos que todos los guardias y vigilantes de Zamora se habían conjurado para darle caza. Finalmente, huyó del país y desapareció.

El estigio murmuró:

—¿De verdad? No dudo que debe de existir alguna conexión, por enigmática que esta nos parezca. La cabeza del tal Conan debe de poseer alguna cualidad singular, puesto que un sacerdote turanio ofrece por ella el rescate de un rey. Con esa suma, podría reunir la más importante biblioteca de obras esotéricas de toda Estigia. —Suspirando, enrolló el pergamino y se lo guardó en su bolsa—. Dado que el mensaje no concierne a ninguno de los presentes, no creo que a nadie le importe si me quedo este pergamino. El buen pergamino es caro, y yo podré alisar este con piedra pómez y usarlo de nuevo. Buenas noches.

El estigio hizo una obsequiosa reverencia y se retiró. Conan

abrió la boca para exigirle que le devolviera el pergamino; pero, al comprender que no podría entrar en discusión sobre aquello sin revelar su verdadera identidad, apretó los dientes y aguantó en silencio la vejación. Para ocultar su desconcierto, se volvió hacia Catigern.

—Capitán, bebamos juntos mientras nuestros huéspedes hacen la limpieza. Creo que nos lo hemos ganado, y, ¿qué mejor manera de gastarnos este pequeño tesoro?

—¡Bien! —dijo Catigern—. Mañana tendré que informar al Vicario de esta muerte. Es posible que te llamen a testificar en mi favor.

—¡La civilización es un infierno! —gruñó Conan—. ¡No puede uno ni matar a un hombre en honesta defensa propia sin tener que darle explicaciones a un arrogante funcionario!

Más tarde, los hombres de la Compañía Libre que montaban guardia ante las puertas de Yezud vieron con gran sorpresa, a la luz de las estrellas, que el capitán y el herrero de la ciudad, agarrados por los hombros, subían dando traspiés por el sendero del escarpado. Iban cantando con sus poderosas voces de bajo… aunque no cantaban la misma canción.

7. Vino de Kiros

Tres días más tarde, al ir con Lar a la casa de Amitis para la cena, Conan encontró allí a Rudabeh. Lar dijo:

—¡Salud, hermana! Este es nuestro nuevo herrero, el robusto maestro Nial. Me permite sujetar las herramientas que trabaja en el yunque, para que me vaya acostumbrando a manejarlas, mientras él martillea el acero. Y hoy me ha explicado los cambios de color que sufre el metal cuando se calienta y se enfría. Yo también voy a ser herrero.

—Eres muy gentil, maestro Nial —dijo Rudabeh con una sonrisa radiante.

Los ojos de Conan ardieron como azules volcanes al contemplar a la muchacha. Era muy alta para ser zamoria, y hermosa. No podía compararse con las fabulosas bellezas que los reyes escogían para sus serrallos, pero la veía limpia, sana, y tenía el rostro bonito. La sencilla túnica y los holgados pantalones que solían ponerse las mujeres zamorias para salir a la calle no ocultaban su esbelto y bien torneado cuerpo de bailarina. La muchacha siguió hablando:

—Mi madre me ha contado algunas de las historias de grandes aventuras con las que en ocasiones entretienes a mi familia. ¿De verdad son todas ciertas?

—Sí lo son —dijo Conan, sonriente—, aunque un buen narrador tiene que exagerar algunos detalles de sus relatos por mor de su arte. ¿Verdad que te vi danzar ante Zath en el último servicio del templo?

—Si te hallabas entre los devotos, debiste verme.

—Ahora te veo más vestida que entonces, muchacha. Ella sonrió sin alterarse.

—Así es. Pero no dejes que el atuendo que visto en el templo suscite pensamientos lascivos en tu pecho. No querría que Zath

tuviera que devorarme por haber proporcionado a un hombre placeres transitorios.

Conan gruñó.

—¡Quién trate de darte como comida a ese bicho cebado en exceso tendrá que responder ante mí!

—Tus palabras son buenas y valientes, maestro Nial, pero no podrías salvarme de mi destino si así lo decidieran los sacerdotes. —Exhaló un leve suspiro—. A veces creo que los santos padres extreman su virtud hasta convertirla en vicio; pero, como ya he elegido mi camino, debo seguirlo hasta el final.

—¿Cuándo termina tu período de servicio?

—Dentro de ocho meses.

—¿Y qué vas a hacer entonces? —preguntó Conan. Amitis dejó sobre la mesa la olla de carne, y los comensales empezaron a servirse sus raciones de asado.

—Supongo que me casaré con algún muchacho de la ciudad. Algunos ya me tienen puesto el ojo, pero no les he prestado mucha atención. Mis deberes en el templo ocupan todas mis horas de vigilia.

—¿Cómo pasas el día?

—Soy la jefa de mi grupo; dirijo a las otras muchachas en las danzas sagradas, y enseño a las novicias. Cuando no estamos bailando ni cantando, servimos como criadas a los sacerdotes y nos encargamos de limpiar las estancias del templo.

»Pero estos no son mis únicos deberes. El anciano Maestro de Propiedades acaba de morir, y he sido designada Maestra de Propiedades en su lugar. Los sacerdotes no pudieron ponerse de acuerdo para nombrar entre ellos mismos al sucesor, y por eso me asignaron a mí el puesto.

—¿Y qué hace la Maestra de Propiedades?

—Soy la responsable de todas las superficies del templo y de todos sus muebles. Inspecciono y limpio los ornamentos, el mobiliario, las vasijas sagradas y demás, y hago el inventario. Estoy tan ocupada que apenas si puedo visitar a mi madre una vez cada quince días.

—Cuando vienes, ¿te quedas a dormir en casa?

—No; tengo que volver al templo antes de medianoche.

Conan comió en silencio durante un rato. Cuando Amitis retiró

las bandejas y ordenó a Lar que sacara del pozo un cubo de agua con el que todos pudieran lavarse, Conan dijo:

—Rudabeh, ¿has estado alguna vez en el mesón de Bartakes, en Khesron?

—Hace años, cuando mi padre aún vivía, nos llevó allí a todos. Casi no me acuerdo.

—Tienen un nuevo arpero, y dicen que es bueno. ¿Quieres que te lleve allí? Tengo tiempo de sobra para acompañarte luego hasta el templo.

La muchacha suspiró de nuevo.

—¡Cómo me gustaría! Pero, durante mi período de servicio, tengo prohibido salir de Yezud a menos que me acompañe un sacerdote. Me harían azotar si me encontraran fuera de las murallas.

—¡Oh, vamos! Ponte una capa o una capucha y no muestres el rostro. Una muchacha como tú no puede vivir solamente para sus obligaciones.

—Me tientas, señor; conozco tan pocas cosas del mundo exterior… Pero sin embargo… —Siguieron discutiendo en voz baja. Finalmente, Rudabeh se rindió—. Espérame aquí —dijo.

Volvió envuelta en velos hasta los ojos.

—¡Por Crom! —exclamó Conan—. Pareces una de esas momias de Estigia de las que hablan. De acuerdo, ven conmigo; la noche es joven, pero no por mucho rato.

Gran cantidad de voces resonaban en la taberna de Bartakes. Los fieros ojos azules de Conan pasaron revista a las mesas, buscando a alguien que pudiera causarles problemas a él o a la joven; luego, condujo a la velada Rudabeh hasta un rincón oscuro y la hizo sentarse.

El erudito estigio también estaba allí sentado, estudiando pergaminos y tablillas como en las otras ocasiones. Un grupo de recién llegados ocupó una mesa adyacente: Cuatro hombres vestidos con atuendos de viaje hirkanios, las perneras de los pantalones metidas en pesadas botas, y gorros de piel de cordero con el borde doblado hacia arriba que se sostenían caprichosamente sobre sus rapados cráneos. Jugaban ruidosamente a los dados al tiempo que iban apurando grandes jarras de cerveza.

Conan pensó que debían de ser turanios; sin duda alguna, un

quinto recién llegado, que se había sentado por su cuenta en una pequeña mesa, procedía de Turan. Los turanios, que se tenían por los más civilizados entre todos los linajes de la raza hirkania, despreciaban a sus primos nómadas que deambulaban por las ilimitadas estepas al este del mar de Vilayet. Pero esos mismos turanios conservaban la apariencia física y muchas de las costumbres y actitudes de sus bárbaros ancestros y de sus parientes.

Este último turanio, que estaba estudiando a solas varias láminas de pergamino, era bajo y fornido, y lucía una barba gris minuciosamente recortada. Su atuendo era mucho más fino que el de los otros cuatro; y un gorro bordado de terciopelo negro, profusamente decorado con perlas luminiscentes, cubría su cabello ralo. Había apartado de sí la bandeja con los restos fríos de su cena, a fin de hacer sitio para los documentos en los que concentraba su atención.

Conan tuvo la vaga impresión de haber visto antes a aquel hombre, pero no podía recordar en qué circunstancias. Estaba seguro, por lo menos, de no haberle visto en Yezud, y decidió no preocuparse más por ello. Chasqueó los dedos para llamar a Mandana, la hija de Bartakes, quien al momento salió al mostrador donde se servía el vino. Le dijo en voz baja:

—Trae vino para la dama y para mí… vino bueno, no me traigas el agua sucia de siempre. ¿Qué tienes?

Mandana miró con hostilidad a la velada figura y respondió:

—Tenemos tinto numalio, tinto ianthico y blanco de Akkharia.

—¿Y cuál es el mejor de la casa? Mandana sorbió por la nariz con desdén.

—También tenemos un tonel de vino blanco de Kiros, pero está reservado a las damas de noble cuna y a los caballeros. Tú no podrías pagar…

—¡El dinero que yo tenga en la bolsa no es cosa tuya! —le espetó Conan, al tiempo que arrojaba sobre el mostrador un puñado de plata—. Tráeme del mejor.

Mandana se marchó enfadada. El cimmerio estaba prosperando como en pocas otras ocasiones, pues había descubierto algo acerca de su oficio. Durante la enfermedad de Pariskas, había llegado a acumularse tanto trabajo que los clientes de Conan, ansiosos por tener el trabajo terminado a tiempo, le daban cuantiosas sumas,

más elevadas que el estipendio que le pagaba el templo.

Al cabo de poco, dos copas de dorado kirio aparecieron sobre la mesa. En vez de apurar la suya en tres tragos, como solía hacer, Conan se esforzó por adoptar la costumbre civilizada de aspirar el aroma e ir saboreando delicadamente cada sorbo. Además, teniendo en cuenta el precio de la bebida, incluso Conan, aunque no soliera preocuparse mucho por el dinero, quería hacer durar cada uno de los tragos.

—¡Este vino es maravilloso! —susurró Rudabeh, quien había apartado en parte su velo—. No había probado nada así en toda mi vida.

—Ya imaginaba que te gustaría —le dijo Conan efusivamente—. ¿Qué me cuentas de las intrigas del temp… del sitio en dónde trabajas?

—Se está preparando algo —le respondió ella, pensativa, con poco más que un susurro—. Cuando mi señor habla de purificar el reino, no se limita a arrojar palabras al viento. Tiene en mente algún terrible plan, e insinúa que pronto actuará, tal vez antes de que pase un mes.

Conan adelantó el rostro para murmurar:

—¿Qué clase de sujeto es ese Sumo Sacerdote? Rudabeh se encogió de hombros con delicadeza.

—Todos le tememos —murmuró—. Es severo e inflexible… honesto con sus ideas, pero no conoce la piedad cuando cree tener razón, y siempre cree tenerla.

Conan miró a Rudabeh con los ojos entrecerrados, y de pura concentración arrugó las pobladas cejas.

—¿Qué es lo que planea?

—No lo sé. Además, hemos recibido la visita de… —señaló con la cabeza las mesas donde estaban sentados los cuatro hombres con gorros de piel de cordero, y el estudioso solitario de la barba gris y el gorro adornado con perlas.

—¿Qué sabes de esa gente? —le preguntó Conan.

—Han venido desde Aghrapur; el rey Yildiz los envió para que cumplieran una misión en el templo. No conozco los nombres de los cuatro rufianes; pero ese de más edad es Parvez, un diplomático turanio.

Conan se dio una palmada en la frente con su mano grande y

musculosa.

—¡Por supuesto! Ya…

Se contuvo a tiempo, y no se le escapó que había visto a Parvez en la corte de Yildiz, un lugar donde, de acuerdo con la historia de su vida que había contado en Yezud, no había visitado nunca. Para ocultar su confusión, le indicó con un gesto a Mandana que volviera a llenarles las copas. Rudabeh, viendo a Conan desconcertado, le susurró:

—Pero ¿conoces a Parvez?

—No, sólo oí hablar de él en Shadizar —dijo Conan torpemente —. ¿Qué puede querer de Feridún? Los reyes suelen mandar embajadores a otros reyes, no a los sacerdotes de tierras extranjeras.

—Tampoco lo sé; pero tal vez tenga alguna relación con la mujer velada.

—¿La mujer velada? ¿Qué mujer velada? —le preguntó Conan bruscamente. Se estaba formando una idea en su ágil mente, en los mismos límites de su consciencia.

—Antes de que vinieras a Yezud, el Vicario regresó de un largo viaje, y traía consigo a una mujer envuelta en abigarrados velos. La metió dentro del templo, donde la tienen dentro de una habitación cerrada, y nadie la ve salvo los sacerdotes de más alto rango y una única esclava. Esta sierva, una moza robusta, proviene de un país lejano y no habla ninguna lengua que yo conozca.

Como un meteoro, una idea irrumpió en la conciencia de Conan: aquella mujer debía de ser la princesa Jamilah, la esposa favorita del rey Yildiz. Apretó los labios para refrenarse de contar lo que sabía del secuestro de Jamilah. Afectando despreocupación, dijo:

—Esa mujer… ¿es posible que tus sacerdotes la raptaran para pedir rescate?

Rudabeh negó con la cabeza.

—No; Zath y quienes le sirven son inmensamente ricos. Las monedas guardadas en el cofre de las ofrendas no son más que una pequeña fracción de las riquezas del templo. Los verdaderos tesoros de Zath, las vasijas de oro y plata con diamantes, esmeraldas y rubíes engastados, los montones de lingotes de metales preciosos, las pilas de joyas en bruto, están guardados en criptas vigiladas y cerradas con triple cerradura. Aparte de los diezmos de los fieles y de los donativos del rey, el templo controla el tráfico del bitumen

que aflora burbujeando en los terrenos circundantes, y que las gentes, bajo la mirada vigilante de los sacerdotes, recogen para venderlo. Son tantas las riquezas de Zath, que ni siquiera el rescate de un rey les tentaría de perpetrar tal ultraje. Tal vez se trate de una fugitiva de buena familia que haya huido de un marido brutal.

—O tal vez le haya asesinado y busque asilo —añadió Conan.

Aunque las palabras de Rudabeh le hubieran dado material suficiente para entregarse a furiosas cavilaciones, e hicieran brillar de avaricia sus ojos, el bárbaro no se atrevió a seguir hablando de las riquezas del templo, pues no quería despertar sospechas en el ánimo de su compañera ni en quienes les rodeaban. Para ocultar sus pensamientos, afectó una sonrisa de despreocupación, apuró su copa de vino y ordenó con un gesto a Mandana que volviera a llenar las de ambos. Después de hacer lo que se le pedía, la malhumorada muchacha miró insolentemente a Rudabeh antes de retirarse. La bailarina volvió a bajarse el velo que había levantado a medias y se encogió en su rincón. Conan dijo:

—No hagas caso de esa moza. Los ojos se le van a saltar de las órbitas de la envidia que te tiene por tu bonita capa; sólo es eso. Ahora, cuéntame qué haces durante el día.

Rudabeh le parecía una conversadora amena: Inteligente, perspicaz, y en absoluto carente de ingenio. Las mujeres que había ido conociendo desde que se marchara de Cimmeria le habían hablado neciamente, y sólo veían en la charla un preludio del abrazo amoroso, o, en algunos casos, del rechazo de este. En cambio, estaba disfrutando de la conversación de Rudabeh, y el contacto con su agudo entendimiento era una experiencia nueva y estimulante. La muchacha le dijo suavemente:

—Una de mis tareas es la de vigilar el depósito del que se alimenta la llama sagrada.

—¿Cómo la alimentan?

—La llama quema el bitumen de una mecha de tejido bordado, la cual se empapa en un hueco que se encuentra dentro del bloque de mármol, bajo el cuenco de calcedonia. Una cañería, que se puede cerrar con una válvula de bronce, asoma por aquel nicho de la pared que está al lado de la puerta por donde los sacerdotes acceden al templo durante los servicios. Si yo hago girar la válvula hacia la izquierda, baja el combustible; si la hago girar hacia la

derecha, no baja.

—Ingenioso artilugio —murmuró Conan—. He visto palacios reales que habrían querido gozar de tales amenidades. ¿Y cómo se llena el depósito?

—Cada día —siguió contándole ella— tengo que inspeccionarlo para ver hasta dónde se ha vaciado. Cuando ya está muy vacío, digamos que esto ocurre cada tres días, informo al sacerdote que se encarga de la tarea. Este llena un cántaro en la cañería y vierte el bitumen dentro del depósito.

»El pasado año, diciendo que tenían demasiadas ocupaciones, los sacerdotes me encargaron a mí esa labor. Pero la primera vez que lo intenté, como no lo había hecho nunca, derramé un poco de bitumen y el Sumo Sacerdote se enfureció. Ni que yo hubiera robado uno de los ojos de Zath. Me culpó más tarde cuando se le encendió la túnica al sacerdote Mirzes; dijo que yo no había limpiado bien el combustible, y que por eso Mirzes había resbalado sobre el mármol.

—¿Y cómo pudo empezar un fuego con eso? —preguntó Conan.

—Mirzes se descuidó durante la Presentación de los Talismanes, cuando sacaban la llave sagrada, y el espejo y todo lo demás, e hizo un gesto con el brazo sobre la llama eterna. La tocó con la holgada manga, y hubo muchas carreras y gritos hasta que lograron apagar el fuego.

—¿Y cuál fue el resultado?

—Mirzes pasó quince días con el brazo vendado. Cuando estuvo bien, el Sumo Sacerdote le asignó el deber de mantener lleno el depósito, porque dijo que él, más que ningún otro, sería consciente de lo necesaria que era la precaución. No me supo mal el poder dejar esa tarea, aunque los malintencionados comentarios de Feridún acerca de la estupidez de las mujeres me ofendieron.

—¿De dónde procede ese combustible?

—No lo sé con certeza, pero alguien me dijo que la cañería se prolonga bajo tierra hasta fuera del templo, y termina en una cañada donde el bitumen supura del suelo y forma un estanque.

Conan asintió al comprenderlo.

—Y, hablando de los ojos de Zath, deben de estar hechos con gemas de algún tipo… al menos, cuando Zath adopta su forma pétrea. ¿Tú sabes qué son?

—Dicen que se trata de ocho incomparables ejemplares de ópalo girasol kambujano, o, como algunos dicen, de ópalo de fuego. Su valor debe de ser tan grande como el de todo el resto del tesoro de Zath.

Mirando en derredor, Rudabeh se sobresaltó de pronto y aferró convulsivamente la mano de Conan.

—¡Nial! ¡Tenemos que huir!

—¿Por qué? ¿Qué ocurre, muchacha?

—¿Ves el hombre que acaba de entrar? —Movió ligeramente la cabeza para indicarle dónde estaba—. No, no le mires directamente; ¡pero ese hombre es Darius, uno de los sacerdotes! ¡Si me ve, estoy perdida!

El individuo al que se refería era uno de los sacerdotes más jóvenes, un hombre delgado de aspecto ascético, no mucho mayor que Conan, ataviado con una túnica de color ambarino y un turbante esmeralda. Sin prestar atención a los demás parroquianos, Darius anduvo silenciosamente hasta donde estaba sentado el erudito estigio. Ambos se saludaron con reverencias y solemnes gestos hasta que el sacerdote acercó a sí un escabel y se sentó delante de Psamitek. El sacerdote y el estigio hablaban en voz baja, y Psamitek iba tomando notas en una tablilla de madera encerada.

—He oído hablar de ese estigio —murmuró Rudabeh—. Suele hacer viajes con el fin de estudiar los cultos de muchos dioses; y ahora quiere instruirse en la teología del zathismo. Supongo que Darius debe de estar enseñándole. ¿Nos vamos ya?

Conan negó levemente con la cabeza.

—No podemos levantarnos de un salto y marcharnos a toda prisa, pues llamaríamos la atención. Además, parece completamente absorto en lo que le está contando al estigio.

—Por lo menos —murmuró Rudabeh— Darius es uno de los que menos temo. Es un hombre espiritual e idealista, y se cuenta que se lleva mal con el Sumo Sacerdote y con el Vicario. Mira, por ahí viene el arpero.

—¡Desde luego! —dijo Conan—. Pediré otra copa para cada uno de los dos antes de que empiece. Llamó con un gesto a Mandana. Rudabeh bostezó, y sonrió detrás del velo.

—No tendría que beber tanto, pero este vino es muy refrescante. ¿Cómo se llama?

—Es vino de Kiros, de la costa de Shem. He oído que la combinación del clima y del suelo producen el mejor vino del mundo; y, si existe alguno mejor, todavía no lo he probado.

El arpero se sentó en su escabel y afinó el instrumento. Moviendo sus expertas manos por las cuerdas, cantó un trágico lamento con voz temblorosa de desesperación. Cuando hubo acabado, le recompensó un breve aplauso. Lo agradeció con una reverencia y dio la vuelta por toda la taberna con la gorra en la mano para que le echaran donativos.

Luego cantó una jovial balada que narraba la historia de un fabuloso bandido que robaba a los ricos y daba a los pobres. Pero entonces estalló una disputa entre los cuatro turanios, cuyas airadas voces casi ocultaron los delicados acordes del arpa y la voz aflautada del cantor. Varios clientes trataron de apaciguarlos, pero los turanios no les prestaron atención. Como hablaban en hirkanio, Conan pudo averiguar la causa de la disputa.

Los turanios estaban discutiendo quién iba a gozar de los favores de Mandana aquella noche. Conan había sentido desconcierto al enterarse de que Bartakes alquilaba a su hija para aquella labor. Aunque hubiera abandonado la mayor parte del severo código moral de su bárbara patria, todavía consideraba deshonroso el que un hombre prostituyera a una mujer de su familia. Pero, en todo caso —se dijo a sí mismo—, ¿qué podía esperarse de los decadentes zamorios? Además, tenía que admitir que, antes de conocer a Rudabeh, había pensado en pagar los servicios de la moza de taberna.

Al fin, la disputa se resolvió con los dados y, durante un rato, el tañir del arpa compitió con el tamborileo de los cubiletes. Luego, un grito anunció al ganador, y los otros tres le felicitaron con ruidosas y procaces chanzas.

Rudabeh, al tiempo que tomaba un sorbo de su vino, dijo:

—Es… es una vergüenza que no podamos oír la música. Nial, ¿no se puede hacer callar de ninguna manera a esos patanes?

Conan había resuelto no meterse en ninguna pendencia aquella noche. Temía que su verdadera identidad, o la de su compañera, pudieran descubrirse, o que —tampoco le habría gustado— Bartakes le prohibiera la entrada en su taberna. Por otra parte, tenía que violentar su misma naturaleza para quedarse sentado

indolentemente mientras una mujer ofendida le pedía ayuda.

Antes de que Conan hubiera decidido qué impulso tenía que seguir, uno de los turanios se puso en pie dificultosamente y se acercó dando traspiés a su mesa. Le dio una palmada en las espaldas al cimmerio, y gritó en mal zamorio:

—¡Tú, amigo! ¿Cuánto cobras por tener a mujer esta noche?

Esforzándose por contener su irascible temperamento, Conan le respondió:

—Mi mujer, como tú la llamas, no está en venta ni se alquila. Además, yo creía que ya te habías ganado a la hija del mesonero.

El turanio, tambaleándose, escupió al suelo.

—Tutush es quien la ha ganado, yo no. Aquí estoy, lujurioso como una cabra, y no tengo mujer. ¿Qué quieres que te dé? Pago con dinero del bueno.

—Ya te he dicho —masculló Conan— que esta dama no se vende.

El turanio le dio a Conan un manotazo en las espaldas, que se quedó a medio camino entre palmada amistosa y golpe hostil.

—¡Oh, no te hagas el gran señor conmigo! Yo Chagor, poderoso espadachín. Cuando quiero, por Erlik que tomo…

Conan se puso en pie y, en fulgurante ataque, golpeó con el puño la mandíbula de Chagor. Una ruidosa bofetada siguió al puñetazo, y el turanio cayó de espaldas como si le hubiera golpeado un hacha. Sin mostrar ninguna emoción en el rostro, Conan se sentó y bebió otro trago de vino.

Pero el turanio no tardó en recobrar sus facultades. Tanteó débilmente con la mano, tratando de incorporarse. Conan se levantó de nuevo, le dio la vuelta a Chagor con el pie y lo agarró por las holguras de la chaqueta y los pantalones. Lo llevó hasta la puerta, abrió de una patada, salió fuera y echó al turanio al abrevadero de los caballos. Tras haberlo metido y sacado del agua varias veces, lo dejó caer sobre la mugre y entró de nuevo en el mesón.

Apenas hubo cerrado la puerta, se encontró enfrente de los tres compañeros de Chagor, todos con la cimitarra desnuda. Con la celeridad de una pantera en su salto, Conan desenvainó su propia arma. A punto estuvo de arremeter de frente, sabiendo que sólo si era veloz como un tigre podría impedir que sus tres adversarios le rodearan y lo despedazaran. Detrás de los turanios, una voz ordenó

en hirkanio:

—¡Quietos! ¡Envainad la espada! ¡Volved a vuestra mesa, patanes!

El hombre de la barba gris y la gorra estaba bramando aquellas órdenes con voz que recordaba al chasquido de un flagelo. Con asombro por parte de Conan, los torpes turanios obedecieron al instante. Retrocedieron, envainaron sus sables y volvieron, hoscos y quejumbrosos, a su mesa.

Conan envainó su propia espada y también volvió a su mesa. Allí se encontró con que Rudabeh, sentada de espaldas al rincón, se había quedado dormida mientras tenía lugar el ruidoso enfrentamiento.

El arpero había desaparecido. El joven sacerdote que había estado conversando con el erudito estigio se levantó, saludó inclinando la cabeza a su compañero y se marchó a toda prisa.

Conan bebió otro trago de vino y, al levantar la mirada, vio a Parvez al lado de su mesa.

—¡Buenas noches, capitán Conan! ¿Cómo están las cosas en Yezud? —le preguntó el diplomático. Conan dijo:

—Os agradezco que hayáis puesto fin a la pelea, señor, pero yo soy Nial, el herrero.

Con una risilla, el turanio acercó a sí un escabel vacío y se sentó.

—Aquí empleas ese nombre, ¿eh? Pues muy bien, te llamaré Nial. Pero no creas que no te conozco. A propósito, ¿qué le has hecho a Chagor?

—Le di un baño que necesitaba con urgencia; se le olía a media legua a sotavento. Ya viene.

Chagor había vuelto, tambaleante, empapado. Buscó por la taberna con ojos feroces; pero, cuando Parvez le apuntó con un dedo severo, volvió dócilmente a la mesa donde estaban sentados los otros tres.

—Al menos, puedo alegrarme de que no le hayas lisiado —dijo Parvez—. Son buena gente, pero a veces los posee un diablo.

Conan acercó a Parvez la copa de Rudabeh.

—Terminad esto si queréis, puesto que mi compañera duerme.

Parvez olió el vino y lo probó.

—Vino kirio, ¿eh? Debes de tener dinero.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —le replicó Conan.

—Asuntos diplomáticos —Parvez bajó la voz y miró en derredor —. Quizá podamos ayudarnos. Te contaré un par de cosas, porque creo que puedo fiarme más de ti que de la mayoría de los desgraciados que viven aquí. Estás en mi poder, y sé más sobre ti de lo que crees; por lo tanto, creo que ambos saldremos beneficiados si nos otorgamos mutua confianza. En Aghrapur tenías fama de hombre de palabra, a pesar de tu inclinación por la violencia.

Tenso, Conan le replicó:

—Guardaré vuestros secretos tan celosamente como vos guardéis los míos.

—Así, ¿quedamos de acuerdo? ¿Qué sabes del rapto de la princesa Jamilah?

Conan le narró a Parvez su encuentro con Harpagus en las marismas de Mehar. Entonces, le repitió lo que Rudabeh le había contado de la mujer velada. El cimmerio dijo por fin:

—¿Cómo habéis seguido el rastro de la dama hasta aquí?

—No hemos necesitado ninguna habilidad especial. El Sumo Sacerdote de Zath envió un mensaje a Su Majestad en el que le comunicaba que Su Alteza Real estaba ilesa y en lugar seguro, y que la retendría hasta que Feridún lograra llevar a buen término sus planes.

—Pero por los nueve infiernos —preguntó Conan—, ¿qué quiere de la princesa el templo de Zath? Ya tienen toda la riqueza que puedan desear los mortales. ¿Quieren obligar al reino de Turan a adoptar el culto de Zath?

—No… al menos, por ahora. Hoy mismo he visitado al Sumo Sacerdote para hablar de esta cuestión. Feridún rechazó con desdén cualquier oferta de rescate; y, en el curso de nuestra conversación, me dijo más con sus omisiones que con sus afirmaciones. Al juntar todas sus insinuaciones y sus bravatas, he llegado a la conclusión de que planea iniciar algún tipo de revolución en Zamora con el propósito de derribar al soberano, al que tilda de «corrupto e incapaz». Al parecer, ha secuestrado a la princesa para asegurarse de que el rey Yildiz no intervenga para salvar a su hermano monarca, lo cual debería hacer en virtud de un añejo tratado. Me aseguró que la dama estaría bien cuidada hasta que terminara su gran «purificación».

—No tuve nada que ver con ese rapto, aunque algunos lo crean

—dijo Conan bruscamente—. Yo no empleo a las mujeres como si fueran los peones de un juego.

Parvez enarcó sus burlonas cejas.

—Al principio creí, a causa de tu simultánea desaparición, que habrías ayudado a secuestrar a la dama; y fui yo quien expidió la orden de captura contra ti. Estoy contento de que escaparas, porque ahora creo que eres inocente de esa falta, aunque todavía eres mal visto en Turan a causa del asesinato de Orkhan.

—Lo maté en defensa propia —masculló Conan—; no importa lo que diga esa zorra de Narkia. Parvez se encogió de hombros.

—Ese asunto no me concierne, independientemente de lo que ocurriera en realidad. El Sumo Sacerdote jura que te arrancará el corazón por la muerte de su hijo, pero eso es problema suyo, y tuyo.

Parvez se acarició la barbilla, pensativo.

—Eso ya lo sé —siguió diciendo Conan, y le contó cómo el asesino Varathran había atacado a Catigern, y asimismo que se había puesto precio a la cabeza del cimmerio—. No comprendo —decía— por qué ese canalla atacó al brithunio, y no a mí. No nos parecemos.

—Imagino el porqué —dijo Parvez—. Supón que Tughril manda a un hombre a contratar un asesino de confianza. En los barrios bajos de Shadizar, el mensajero encuentra a Varathran y le dice: «Mata a Conan el cimmerio, un hombre muy corpulento que ha huido a Yezud para entrar a servir en la guardia del templo». Sin más descripciones, Varathran llega aquí y descubre a dos hombres muy corpulentos enzarzados en un duelo. Uno de ellos, claramente, es un civil, mientras que el otro viste el uniforme de un capitán de mercenarios. Naturalmente, toma a Catigern por su presa.

—Parece que hayáis seguido todos mis movimientos hasta aquí —dijo Conan, incómodo.

—Recopilar información es mi oficio, igual que el tuyo es luchar. Y ahora, amigo, eh, Nial, tengo que hacerte una propuesta.

—¿Y bien? —dijo Conan, cuyos ojos azules brillaban con interés.

—Quiero a Jamilah ilesa. Tú eres el único hombre con quien puedo contar para rescatarla. Conan lo meditó, y luego dijo:

—¿Cómo se supone que voy a hacerlo? La dama está oculta en el laberinto de los pasillos del templo, y no sé exactamente dónde. Y aunque pudiera encontrarla, ¿cómo iba a colarme entre los guardias

brithunios? Debe de haber por lo menos veinte de esos sujetos vigilando allí día y noche.

Parvez hizo con la mano un gesto negligente.

—En tus días pasados y menos respetables, y no te creas que no sé nada de ellos, llevaste a cabo verdaderas hazañas de sigilo, osadía, y también de astucia.

—Pero ni siquiera entonces aprendí nada del arte de abrir cerraduras. Mis compañeros ladr… mis socios me decían que mis gruesos dedos eran demasiado torpes y que no valía la pena tratar de enseñarme. Así, ¿cómo podría entrar en esa estancia cerrada con llave? No soy débil, pero no puedo derribar por la fuerza bruta esas sólidas puertas de roble. Necesitaría un hacha, y entonces el sonido de los golpes alertaría a los guardias.

El turanio sonrió.

—Puedo ayudarte con eso. Vine aquí con órdenes de Su Majestad de rescatar a la dama, allanando personalmente el templo si fuera menester, so pena de perder la cabeza a mi regreso. Para que tuviera más posibilidades de éxito, mandó al brujo de la corte que me ofreciera esta baratija.

Parvez le mostró una flechita de plata enjoyada, larga como el dedo de un hombre.

—Esto —dijo— es la Llave de Gazrik, uno de los artilugios mágicos de la caja fuerte del rey. Sirve para abrir cualquier puerta. Como no tengo experiencia práctica en el robo, no me atrevía a intentarlo personalmente; pero tu aparición simplifica las cosas.

—¿Cómo funciona? —le preguntó Conan.

—Tienes que tocar la cerradura con la punta de la flechita y decir ¡kepinin achilir genishi!, y la cerradura se abrirá sola. La Llave puede abrir hasta una tranca si esta no es demasiado pesada. Puedo prestarte este objeto hasta que hayas cumplido con tu misión.

—Mmm. ¿Qué me pagaréis por este trabajo?

—Déjame pensar —dijo el turanio—. Puedo pagarte cincuenta monedas de oro que llevo conmigo. Tendré que guardarme lo demás que llevo para estar seguro de poder llegar a Turan con la dama.

—¡Ja! —exclamó Conan—. ¿Por un riesgo tan grande? No lo creáis, mi señor. Tendríais que pagarme más, mucho más.

—Puedo recomendarte para un puesto elevado, con

emolumentos adicionales, cuando regrese a Turan. Tengo influencias, y creo que podría conseguirte, por lo menos, una capitanía superior.

Conan negó con la cabeza.

—Si me hubierais hecho esa oferta antes de mi desgraciado encuentro con el hijo de Tughril… pero, hasta ahora, Tughril ha enviado a un asesino a por mí, y probablemente mandará otros. Por lo que yo sé de sus manejos con trampas y venenos, tendría tantas oportunidades de sobrevivir en Turan como una bola de nieve en Kush.

—Y bien, joven, ¿qué es lo que quieres y que yo tenga en mi mano concederte?

Los ojos de Conan centellearon con fulgor azul.

—Tomaré vuestras cincuenta monedas de oro, como mero anticipo, os lo recuerdo, y también esa flechita de plata, pero no como préstamo. Me la quedaré.

Parvez trató de negarse a entregarle a Conan la Llave de Gazrik; pero el cimmerio se mantuvo firme, y el hombre de más edad acabó por ceder.

—Es tuya —dijo por fin—. Esto no le gustará a Su Majestad, pero su gratitud por la devolución de Jamilah superará a su cólera por la pérdida de esa baratija. —Parvez le entregó la flechita y rué contando el oro—. Sospecho que tienes planes para emplear luego ese artilugio. El rey Yildiz pagaría bien por los ojos de Zath.

Le guiñó el ojo a Conan y tendió la mano, y el cimmerio se la estrechó para sellar el trato. Tras mirar a Rudabeh, que aún dormía, Parvez añadió:

—¿Cómo llevarás a casa a tu bella compañera? Bien, imagino que debe de ser bella bajo todos esos velos.

Conan agarró a la muchacha con una mano y le dio una sacudida. Le dio incluso una ligera bofetada, pero esta no tuvo efecto. Rudabeh seguía dormitando.

—La tendré que llevar —dijo Conan con un gruñido, y se levantó. Tomó en brazos a la bailarina y se despidió secamente de Parvez.

Al pasar por delante de la mesa donde estaban sentados los cuatro turanios de la escolta, Chagor escupió al suelo y murmuró algo que sonó como una amenaza. Ignorándola, Conan salió a la

noche cuajada de estrellas.

El aire más fresco del exterior tampoco despertó a Rudabeh, que seguía sin moverse. Entonces, Conan subió por el sendero de la cuesta hasta la puerta de Yezud, con la muchacha en brazos. Sufrió en silencio las pullas de los guardias turanios que le abrieron la pequeña puerta por la que se podía franquear el portalón. Confiaba en que no irían a contar nada a los sacerdotes, porque en tal caso habrían puesto en peligro las diversiones que ellos mismos buscaban cuando no estaban de servicio.

Conan tenía previsto llevar directamente a Rudabeh hasta la puerta trasera del templo. Pero se le ocurrió que, si la dejaba allí en aquel estado de inconsciencia, tal vez la metiera en sólo los dioses sabían qué problema. También cabía la posibilidad de que los sacerdotes le hicieran preguntas incómodas a Conan. Tras pensárselo un momento, entró con ella en la herrería y la llevó a su estancia privada.

Como aquella era una noche sin luna, la habitación de Conan estaba muy oscura, salvo por unas pocas brasas de apagado color rojizo que brillaban en el brasero. Buscando el camino a tientas, dejó a Rudabeh sobre su jergón y le quitó los velos. La muchacha se movió, pero no despertó.

Conan encendió una astilla en los carbones del brasero y encendió una vela. Al acercar la luz a Rudabeh, vio que ciertamente se trataba de una muchacha hermosa. Al tiempo que la miraba, sus pasiones se fueron inflamando. La sangre se le agolpaba en las sienes; dejó la vela en el suelo y empezó a desvestir suavemente a la joven.

Le desató la capa y la extendió en torno a su cuerpo. Le desabrochó la ligera chaqueta y la abrió, y los firmes pechos de Rudabeh quedaron al descubierto.

Al contemplar a su presa, Conan sintió que la mal iluminada estancia comenzaba a dar vueltas. Se le aceleró la respiración. Empezó a desabrocharse sus propios atuendos, pero entonces un pensamiento le detuvo.

Conan se enorgullecía de no haber forzado ni engañado jamás a una mujer. Si cualquiera de ellas le ofrecía su más íntima hospitalidad, no dudaba en aceptarla al instante; pero jamás había coaccionado a una muchacha, ni había tratado de engañarla con

falsas promesas. Si se aprovechaba de Rudabeh en aquella situación, habría ofendido su propio código casi tan gravemente como si la hubiese violado.

Con todo, sus pasiones eran fuertes. Por un instante aguardó inmóvil, como una estatua, mientras dos impulsos opuestos luchaban en su interior.

Una fugaz visión de su anciana madre, en su aldea cimmeria, acabó por inclinar la balanza. Diciéndose que habría otras ocasiones de solicitar abiertamente el amor de Rudabeh, se agachó y, cuando ya empezaba a abrocharle la chaqueta, la muchacha abrió los ojos.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró.

—Oh —dijo Conan—. Estás viva, gracias a Mitra. Iba a escucharte el corazón para asegurarme de que aún latiera.

—Creí que querías hacer otra cosa —dijo Rudabeh mientras él la ayudaba a levantarse—. ¡Agh! ¡Voy a vomitar!

—¡En el suelo no! ¡Ahí!

La empujó hasta el lavamanos y le sostuvo la cabeza encima de la jofaina.

Media hora más tarde, justo antes de la medianoche, Conan dejó a Rudabeh, limpia y sobria, delante de la puerta trasera del templo, en la fachada septentrional.

—Te lo agradezco —dijo la muchacha—, pero no tendrías que haberte mostrado tan generoso con el vino de Kiros.

—La próxima vez no seré tan generoso. ¿Cuándo puedo volver a verte? Rudabeh suspiró.

—Antes de que Feridún ascendiera a Sumo Sacerdote, habrías podido venir a esta puerta y llamar cuatro veces. Entonces, el viejo Oxiathres la hubiera abierto, y dándole una moneda habrías podido decirle con qué muchacha querías hablar. Pero Feridún ha puesto fin a esa costumbre. Ahora, tendrás que esperar hasta que los sacerdotes me den permiso para pasar una velada en casa; y ni siquiera el más agudo de los astrólogos podría predecir cuándo ocurrirá eso. Tendremos que esperar hasta que volvamos a encontrarnos por casualidad en casa de mi madre.

—Cuando eso ocurra, ¿te gustaría visitar de nuevo la taberna de Bartakes?

—¡Ah, no, no! No me atrevo a volver a salir de la ciudad; sólo por la gracia de los dioses se explica que el sacerdote Darius no me

viera, y no quiero correr el mismo riesgo por segunda vez.

Le dio un beso fugaz y se marchó. Conan regresó andando a su herrería, con el ceño fruncido, murmurando. Se preguntaba: ¿si se hubiera aprovechado de ella, se habría sentido todavía más estúpido de lo que se sentía en aquellos momentos?

8. Los ocho ojos de Zath

Durante varios días, Conan trabajó en su oficio. Estaba deseoso de volver a encontrarse con Rudabeh en casa de la madre de la muchacha, pero la bailarina no aparecía.

—Los sacerdotes hacen trabajar tanto a la pobre chica —decía Amitis— que nunca sabe una cuándo vendrá por casa. Se supone que le corresponden cuatro noches libres cada mes, pero tiene suerte cuando le conceden tres.

Una vez hubo terminado con el trabajo que se había ido acumulando en la herrería antes de que le dieran el empleo, Conan pudo cumplir más relajadamente con sus tareas. Cada día se reservaba una o dos horas para ejercitarse con su caballo. En una ocasión pasó por el mesón de Bartakes para charlar con Parvez, quien se mostraba cada vez más impaciente.

—¡No puedo liberar a esa mujer mientras no sepa dónde la retienen! —se quejaba Conan.

—Entonces, tienes que redoblar tus esfuerzos por averiguarlo —le decía Parvez—. He oído rumores de que el cataclismo con el que nos amenaza el Sumo Sacerdote podría estarse preparando para dentro de menos de quince días.

Conan gruñó.

—Quizás tengáis razón. Haré lo que pueda.

Al día siguiente, Conan asistió a otro servicio en el templo de Zath, en parte para mantenerse en buenos términos con los sacerdotes y en parte para familiarizarse con el sitio. Escuchó la arenga en la que Feridún predecía la gran revolución purificadora. Cuando aparecieron las bailarinas, buscó ansiosamente a Rudabeh con la mirada. Cuando esta apareció, el cimmerio tembló de deseo por la muchacha, cuyo cuerpo daba vueltas sin apenas más vestido que una escasa tela de araña hecha con cuentas negras. Arrojó una

moneda más grande que la anterior al cuenco de las ofrendas de los acólitos, para dar la impresión de que se estaba acercando al culto de Zath.

También observó las grandes gemas que adornaban la estatua del dios araña: ocho grandes ópalos, del mismo tamaño que el puñito de un niño; cuatro en hilera en la frente, uno a cada lado y otros dos en la parte superior. Si hubiera podido robarlas y huir ileso, habría podido marcharse a algún país lejano, comprar una finca y un título de nobleza o un alto cargo en el ejército, y vivir el resto de su vida sin problemas. No habría abandonado sus vagabundeos en busca de aventuras y peligros, pero le habría complacido saber que contaba con una base segura a la que regresar, donde pudiera reposar y gozar de la vida cuando no estuviera acometiendo alguna heroica empresa. Se le ocurrieron varios planes para apoderarse de las joyas, y tuvo que ir descartándolos todos.

Después del servicio se retrasó en el vestíbulo, fingiendo que se estaba sacando una piedra del calzado. Cuando el resto de los congregados hubo salido, no les siguió, sino que entró por un pasillo que se hallaba a la izquierda de las puertas del templo, enfrente de aquel por el que Conan había entrado acompañado por Morcant el día en que llegara. Anduvo furtivamente por el corredor, vigilando atentamente a derecha e izquierda para orientarse y hallar pistas de lo que pudiera haber detrás de las enormes puertas de roble.

El pasillo terminaba en una esquina y, al doblarla, Conan se encontró de cara con uno de los guardias brithunios. Este se hallaba en la intersección con otro pasadizo, que empezaba a la derecha y cuyo final quedaba oculto por las sombras. Por su conocimiento del exterior del templo, Conan juzgó que por aquel pasaje se entraría en la primera de las cuatro alas que había en aquel lado.

El problema más urgente era el de apaciguar las sospechas del guardia. Conan le dijo con desenfado:

—¡Salud, Unen! ¿Has vuelto a perder tu soldada en las apuestas?

El vigilante frunció el ceño.

—No suelo arriesgar mi dinero. Pero ¿qué haces aquí, Nial? Un lego como tú tendría que estar acompañado por un sacerdote o un acólito.

—Sólo estoy trabajando en pro de los intereses del templo… —empezó a decir Conan, pero calló al ver que los ojos de Unen miraban a alguien que se hallaba detrás del cimmerio.

Se volvió, y vio que el Vicario Harpagus, ataviado con una túnica negra y un turbante blanco, se le había acercado sigilosamente por detrás. Conan dijo:

—Vicario, se me ha ocurrido que tal vez algunas de las piezas metálicas que se hallan en el templo precisen de reparaciones. Si pudiera inspeccionar el edificio, y examinar todas las bisagras y junturas, tal vez os ahorrara eventuales problemas.

Harpagus le sonrió leve y fríamente.

—Bien está que te preocupes por nuestro bienestar, Nial. Los siervos de Zath ya buscan con atención tales defectos. Si encuentran algo, te informarán debidamente. ¿Qué tal te va tu herrería?

—Bien, gracias —dijo Conan rezongando—. Me mantiene ocupado.

—¡Bien! Uno de tus clientes se ha quejado de que tu trabajo es tosco en comparación con el de tu predecesor. Le he explicado que has estado en el ejército, y que por ello llevabas tiempo sin practicar. Confío en que mejorarás.

Conan se resistió al impulso de decirle al Vicario lo que el cliente insatisfecho podía hacer con la pieza en cuestión.

—Trabajaré tan bien como pueda, señor. Ahora mismo estoy terminando un ornamento de hierro para una puerta.

—Aguarda un momento, maestro Nial. Querría hablar contigo en mi celda; pero, entretanto, he de llevar a cabo una pequeña tarea. Te ruego que me acompañes.

Extrañado, Conan siguió al sacerdote hasta el vestíbulo y salió con él por la puerta frontal del templo. Allí, Conan se encontró con que los devotos, en vez de dispersarse hacia sus hogares y comercios, eran retenidos en la escalinata del templo por los guardias brithunios, quienes sostenían horizontalmente las picas para formar una barrera. Conan vio que aquello se debía a que un rebaño de ovejas estaba entrando por las puertas de la ciudad. Los animales pasaron por delante del templo y lo rodearon hasta la fachada oeste, conducidos por dos pastores vestidos con pieles y por un perro.

Cuando por fin los brithunios alzaron sus picas, el Vicario dobló

la esquina y siguió a las ovejas, y Conan le siguió a él. Hallaron el ganado agolpándose cerca de una puerta, al extremo de la primera ala del templo que se encontraba en aquella dirección. Aquella ala, igual que su gemela del lado opuesto, tenía una gran puerta en su fachada exterior.

El perro iba corriendo en torno al ganado, y obligaba a los animales a volver al rebaño cada vez que uno se perdía. Los pastores, apoyándose en sus cayados, miraban. El Vicario se abrió paso entre las ovejas hasta la puerta que se hallaba al extremo del ala. Una vez allí, levantó la enorme tranca que cerraba la puerta por fuera, abrió el cerrojo con una llave y dio un empujón. Retrocediendo, dio a entender con un gesto que los pastores debían hacer entrar el ganado.

Con la ruidosa ayuda de su perro, los pastores obligaron a las ovejas a entrar por la puerta. Cuando casi todos los animales estaban ya dentro, el perro se comportó de forma extraña, se apartó de la puerta con el pelo erizado, gruñendo, como si se hubiera encontrado con un olor extraño y amenazador. Los pastores hicieron entrar a las bestias restantes a golpe de cayado.

Harpagus cerró la puerta, echó el cerrojo y colocó de nuevo la tranca. Se volvió, se guardó la llave y se sacó de la túnica una bolsa pequeña, que puso en manos del pastor de más edad. Los pastores hicieron una reverencia, murmuraron su agradecimiento en su dialecto y se marcharon con el perro.

—Ahora, maestro Nial —dijo el Vicario—, tendremos que retirarnos a mi estancia.

Como no se le ocurrió ninguna excusa para negarse, Conan siguió a Harpagus hasta la misma cámara donde le había sido asignado el puesto de herrero. Harpagus se sentó tras su escritorio y le dijo:

—¡Mírame, Nial!

El sacerdote levantó la mano donde llevaba el anillo con la gran gema engastada. Sus penetrantes ojos capturaron a los de Conan, y los inmovilizaron mientras Harpagus empezaba a mover de un lado para otro sus dedos cargados de sortijas. Entonó en voz baja una cantinela:

—Tienes sueño, sueño, sueño. Ya no quieres pensar por ti mismo. Me dirás con sinceridad lo que quiero saber…

Los ojos del sacerdote parecieron expandirse hasta tener un tamaño inhumano; la habitación desapareció, y Conan sintió como si le hubiera rodeado una densa niebla, y nada veía salvo los enormes ojos del sacerdote.

En el último momento, Conan recordó las lecciones que le había impartido Kushad, el adivino ciego de Sultanapur. Con gran esfuerzo, logró liberar su mirada y concentrarse en su imagen mental de la habitación donde estaba, y recitó para sí:

«Dos por tres igual a seis; tres por tres igual a nueve…».

Poco a poco la bruma se fue aclarando, y el estudio del Vicario apareció de nuevo ante sus ojos. Conan miró en silencio al Vicario, que le dijo:

—Ahora cuéntame, Nial, ¿qué estabas haciendo en realidad, por qué merodeabas por el templo una vez terminado el servicio, en vez de salir con los demás?

—Tenía una piedra en el zapato, mi señor. Entonces, se me ocurrió que podría cumplir mejor con mis deberes como herrero del templo si examinaba los metales de este edificio en busca de defectos.

Harpagus frunció el ceño, perplejo, y repitió la pregunta; recibió la misma respuesta.

—¿De verdad te hallas bajo mi influencia? —le preguntó el Vicario—. ¿O sólo estás fingiendo?

—Preguntad lo que queráis, señor, y os responderé verazmente.

—Vaya pregunta estúpida —murmuró Harpagus—. Pero probemos con otra. Háblame de lo que sientes por la bailarina Rudabeh y de tus relaciones con ella… cuéntamelo todo, hasta los detalles más íntimos.

—La señorita Rudabeh es hija de la mujer en cuya casa como —dijo Conan—. Cené con esa muchacha en una ocasión en que ella estuvo de visita en su casa; eso es todo.

—¿Nunca has ido con ella fuera de la ciudad… por ejemplo, al mesón de Bartakes en Khesron?

—No, señor; me dijo que si lo hacía contravendría las leyes del templo.

—¿De qué hablasteis cuando te encontraste con ella en la casa de su madre?

—Hablamos de chismorreos locales, y le conté mis aventuras.

—¿Conociste carnalmente a la moza?

—No, señor; entiendo que eso está prohibido. Harpagus se sentó, e hizo repiquetear levemente los dedos sobre el escritorio. Al fin, dijo:

—Muy bien. Cuando chasquee los dedos, despertarás; pero no recordarás nada de lo que hemos hablado. Luego, te marcharás.

El sacerdote chasqueó los dedos. Conan respiró profundamente, cuadró sus enormes hombros y dijo:

—¿Qué deseabais preguntarme, mi señor Vicario?

—Oh, lo he olvidado —exclamó Harpagus con irritación—. Ve a ocuparte de tus cosas.

Conan asintió, se volvió y dio un primer paso; pero el Vicario llamó:

—¡Eldoc!

El brithunio que hacía guardia delante de la puerta de Harpagus se asomó dentro:

—¿Sí, Vicario?

—Acompaña fuera al maestro Nial. Y tú, Nial —añadió severamente—, recuerda a partir de ahora que no permitimos que los legos entren en el templo sin una escolta. No quiero tener que volver a repetirte esta norma.

Tras salir al pasillo, Conan se limpió con la manga la frente perlada de sudor, y apretó los dientes con rabia contenida. Esperaba que, al menos, su representación como víctima de la hipnosis hubiera convencido al Vicario.

Cuando Conan llegó aquel día a casa de Amitis, se encontró con que Rudabeh también estaba allí. Como ya era pleno verano y anochecía tarde, después de la cena salieron al huerto, detrás de la casa. Rudabeh dijo:

—¡Cuida de no pisar nuestras coles! Después de haber alardeado de sus aventuras, Conan preguntó:

—¿Qué es esa catástrofe con la que amenaza el Sumo Sacerdote?

—No lo sé —respondió ella—. Los sacerdotes de alto rango se guardan sus secretos.

—Parece que deba tratarse de alguna plaga. He oído hablar de pestilencias de origen mágico. Ella se encogió de hombros.

—Me imagino que con el tiempo lo sabremos.

—A menudo, la brujería escapa al control del hechicero —

murmuró Conan—. Nosotros podríamos hallarnos también entre las víctimas.

—Siempre puedes huir.

—Pero ¿y tú?

La muchacha volvió a encogerse de hombros.

—Tengo que aceptar el riesgo. Yezud es mi hogar; no soy un vagabundo como tú, para quien todos los sitios valen lo mismo.

—Si se desata una plaga en Yezud, tal vez no te queden luego parientes ni allegados.

—Si ocurre tal cosa —murmuró ella—, ese habrá sido mi destino.

—¡Oh, maldito sea vuestro fatalismo oriental! ¿Por qué no huyes conmigo?

La muchacha le miró con seriedad.

—Me estaba preguntando cuánto tardarías en pedírmelo. Tienes que saber, Nial, que no pienso servir de objeto de placer a ningún hombre. Cuando termine mi período de servicio, me casaré con algún muchacho apropiado, cuidaré de su casa y criaré a sus hijos.

Conan la miró con ironía.

—Esa vida de la que hablas parece tan aburrida como la de mi aldea nativa. Yo podría enseñarte lo que es vivir de verdad.

—Sin duda; pero no me gustaría hacerle de barragana a un aventurero sin compromisos.

—¿Cómo lo sabes, muchacha, si nunca lo has probado?

—Si la vida del ama de casa me resulta intolerable, supongo que siempre podré huir con un hombre como tú. Pero, si me marchara contigo, jamás podría regresar a Yezud; los sacerdotes me harían devorar por Zath. Conan alzó ambas manos.

—¡Mitra me salve de las mujeres inteligentes, que planean sus vidas como un general la estrategia de una batalla! La mitad de la sal de la vida consiste en no saber lo que te deparará el mañana… no saber siquiera si seguirás vivo. Pero me gustas más que todas las otras mujeres que he conocido, aunque conmigo te muestres fría como el hielo.

—Tú también me gustas a mí, Nial; pero no hasta el punto donde empieza la locura. Por supuesto que, si cambiaras de manera de vivir… si sentaras cabeza, como suele decirse… pero mejor que no haga promesas precipitadas. Te ruego que me acompañes hasta

el templo.

Tras darle las buenas noches a Rudabeh, Conan regresó a su herrería. Hallándose aburrido e inquieto, bajó hasta Khesron, donde, en el mesón, encontró a Parvez estudiando un mapa de Zamora. Conan le dijo:

—Me parece que sólo lo conseguiremos, si es que lo conseguimos, actuando desde el exterior. El interior esta demasiado vigilado.

Le contó su intento de meterse por los corredores del templo, y el subsiguiente interrogatorio de Harpagus.

—Para lograrlo —concluyó—, necesitaré una buena cuerda, de cuarenta o cincuenta codos. ¿Sabéis dónde puedo encontrar una?

—Yo no —dijo el diplomático—, pero tal vez nuestro anfitrión lo sepa. ¡Eh, Bartakes!

El mesonero les informó de que la cordelería más cercana se hallaba en la aldea de Kharshoi, a un par de leguas bajando por el valle.

—Bien —dijo Conan—. ¿Cuánto se paga aquí por cincuenta codos de cuerda?

Cuando Bartakes, después de pensárselo un momento, dijo una suma, Conan le tendió la mano a Parvez.

—Dinero para la cuerda, mi señor.

—Eres un hombre difícil —dijo el diplomático, al tiempo que buscaba dentro de su bolsa—. Tendrás que excusarme un momento.

Con una mirada de disgusto, Parvez se levantó y se retiró. Conan, que se había quedado solo, echó una ojeada por la taberna. Entró el capitán Catigern, y Conan le llamó. Él y Conan encargaron vino, de la cosecha local más barata, pues el cimmerio no veía razón alguna para arruinarse comprando kirio mientras no tuviera una bella compañera con quien compartirlo. Él y Catigern se apostaron pequeñas sumas a cara o cruz.

Aunque Conan bebió más vino del habitual, el alcohol de Bartakes no pareció producirle ningún efecto. Al cabo de una hora, él y Catigern seguían casi igual que al comenzar, y Conan estaba más aburrido y nervioso que antes.

La hija del tabernero se acercó a contemplar el juego. Conan bostezó, y dijo:

—Yo ya he tenido bastante, capitán. Creo que voy a acostarme.

—¿Tú solo? —le dijo Mandana con aire juguetón. Al volverse, los ojos de Conan se encontraron con los de Mandana, y esta se meneó ligeramente. Conan la miró sin interés.

—La herrería es un trabajo duro —gruñó—. Darle con el martillo a la hoja de una espada no es menos laborioso que blandir esa misma espada en el combate. Mi oficio me ha dejado sin fuerzas.

—¡Andaa! —le replicó Mandana—. ¡Eso no fatiga a un hombre con tus miembros! Estás loco por esa bailarina del templo. No te creas que no la reconocí, a pesar de que fuera envuelta como una momia. ¡Al menos, yo no me contoneo indecentemente por ahí, vestida sólo con ristras de cuentas!

Se oyó una risilla ahogada al otro extremo de la mesa, donde Catigern se esforzaba valerosamente en reprimir su regocijo. Conan miró con ceño al capitán, luego a la hija de Bartakes, masculló unas breves buenas noches y se marchó.

Una vez se hubo tumbado en el jergón, no pudo dormir. Sólo era capaz de pensar en Rudabeh; su imagen le tenía completamente subyugado. Aunque se decía a sí mismo una y otra vez que debía olvidarse de ella, que la muchacha representaba una seria amenaza para la libertad y la independencia que valoraba por encima de todas las cosas, la imagen de la joven seguía acosándole.

Se dijo que iba a arruinarle como luchador. Que le atraparía en una pegajosa telaraña de vida doméstica, de la que jamás podría escapar con honor. ¿Acaso la tela de araña no era el símbolo de Yezud? Quedaría atado a un lugar y a un monótono oficio durante el resto de su vida, hasta que estuviera viejo y canoso, y viviera de sopa por falta de dientes con los que masticar. ¡Y todo esto, cuando aún le quedaban tantos lugares por ver, tantas aventuras que podía emprender!

Pero retrocedía con horror ante la idea de pasarse el resto de su vida como herrero de Yezud, y a la vez un impulso más poderoso le apremiaba, un feroz y ardiente deseo de volver a ver a Rudabeh, de contemplar su bonita cara, de escuchar su voz amable, de admirar su bello porte de bailarina, de tomar su mano. No se trataba de mera lujuria, aunque esta tampoco le faltara.

Su obsesión no se debía a las meras ansias de estar con una mujer, con la mujer que fuera. Podría haber pasado una noche con

la necia de Mandana en el momento en que se hubiera decidido a pagar la tarifa que pedía su padre. Pero él quería solamente a cierta mujer, y a ninguna otra.

Esta necesidad, esta dependencia, era algo nuevo en la experiencia de Conan, y no le gustaba. Una y otra vez se decía que tenía que romper su invisible telaraña antes de que fuera demasiado tarde. Pero cada vez que pensaba en ello se sentía más débil, y sabía que apartar bruscamente de sí a Rudabeh le costaría tanto como robarle a un viejo mendigo.

Además, había acordado con Parvez que rescataría a Jamilah a cambio de ayuda para acceder al templo, donde tenía la esperanza de poder robar los ojos de Zath. Pero, si se apoderaba de los ojos, tendría que huir de Yezud a la velocidad del caballo más veloz. Si Rudabeh hubiera querido huir con él… pero ¿y si rehusaba? ¿Renunciaría a robar los ojos a cambio de poder establecerse definitivamente en Yezud? Y, si lo hacía, ¿podrían sobrevivir tanto él como la muchacha a la catástrofe que anunciaba Feridún? Habría sido absurdo sufrir los trabajos y riesgos de rescatar a Jamilah y luego no dar ningún uso a la Llave de Gazrik.

Fue dando vueltas y más vueltas a sus pensamientos, como a la leche en una mantequera, sin llegar a ninguna conclusión. Al fin, dejó de intentar dormirse y se levantó.

Algo después de la medianoche, el capitán Catigern pasó revista a sus centinelas brithunios. Mientras andaba cerca del muro de Yezud, el capitán divisó algo que se movía en el camino de Shadizar. Entonces, vio a un hombre que corría por Khesron y subía por el sendero hasta la ciudad amurallada en lo alto del risco. Catigern se volvió bruscamente hacia el teniente que estaba al mando de la guardia, y dijo:

—¿Quién es ese? ¿Un mensajero del rey?

—No —respondió el teniente—. A menos que me equivoque, se trata de Nial, el herrero. Salió hace una hora, diciendo que necesitaba echar una buena carrera.

Conan, jadeando, aguardó a que la pequeña puerta dispuesta en la gran jamba se abriera. Entonces, todavía jadeante, entró corriendo, saludó hoscamente a los brithunios y desapareció.

—Me pregunto —murmuró el teniente— si nuestro herrero se habrá vuelto loco. Jamás he visto correr así a un hombre, salvo para

escapar de los enemigos.

Catigern soltó una risilla.

—Sí, está completamente loco… por una moza. ¡El amor puede lograr que los hombres hagan cosas todavía más raras que correr una legua entera a la luz de las estrellas!

9. El polvillo del olvido

Al tiempo que, por decirlo de alguna manera, cortejaba a Rudabeh, Conan hacía preparativos para su súbita huida, a pesar de que todavía no se hubiera decidido completamente a huir. Él, que estaba acostumbrado desde siempre a decidirse con rapidez y a seguir de inmediato su decisión, tanto si esta era acertada como si no, vacilaba en el vejatorio filo de la duda.

Cada día abandonaba durante aproximadamente una hora su herrería para ejercitarse con el caballo. Afiló la espada. Se remendó y limpió las botas, la silla de montar y el resto de su equipo. Se hizo con una provisión de alimentos duraderos: Carne salada, galletas duras y una bolsa de dátiles que unos mercaderes del país zuagir habían traído al norte. Tomó prestado el mapa de Zamora de Parvez y lo estudió.

Si huía de Yezud con los ojos de Zath, ¿hacia dónde tendría que ir? No podía regresar a Turan, porque aún contaba con la enemistad de Tughril. No subestimaba los poderes mágicos ni las ansias de venganza del Sumo Sacerdote de Erlik, a cuyo hijo había matado.

Al oeste de Yezud, la cresta central de los montes Karpash se prolongaba por varias leguas hacia el norte y hacia el sur. Como montañés nato que era, Conan estaba seguro de que podría atravesar a pie aquella cresta de múltiples riscos, pero también sabía que tendría que abandonar a los caballos que llevase. No quería huir por las montañas y encontrarse luego sin caballo en una tierra desconocida. Además, Rudabeh también necesitaría una montura en el caso de que decidiera huir con él.

Podía cabalgar hacia el norte hasta el extremo de la cresta central y dirigirse entonces hacia el oeste, hacia la alta Brithunia. Por lo que había oído, aquella era una tierra pobre, poco poblada, y aunque llevara consigo la riqueza de varios siglos no encontraría

dónde gastarla. En aquel país sólo podría comprar una granja e instalarse en ella para cultivarla. Lo que menos deseaba Conan era hacerse campesino; ya había quedado harto del monótono trabajo de la tierra en su Cimmeria natal.

Podía dirigirse al sur, hasta el otro extremo de los Karpash, y seguir hacia el oeste, hasta Corinthia, o hacia el sur, hasta Khaurán. Aquella ruta le habría llevado por Shadizar, donde un revendedor amistoso le hubiera pagado bien por su botín. Pero, por otra parte, había demasiados zamorios, del rey Mitrídates para abajo, que recordaban sus antiguas tropelías en aquel país, y estaban afilando sus cuchillos para poder llevarse un tajo de la carne de Conan. Zamora no era buen país para ocultarse, porque la misma corpulencia del cimmerio, que les sacaba una cabeza a la mayoría de los zamorios, le hacía demasiado visible para quienes lo buscaran.

Pocos días después de su carrera de medianoche, tras ausentarse de su herrería durante tres jornadas, Conan regresó a caballo por el valle que Yezud presidía. Volvía de la aldea de Kharshoi con una cuerda atada a la silla de montar.

Cabalgaba tranquilamente por un estrecho y tortuoso sendero que serpenteaba por una de las laderas de una angosta quebrada, subiendo hacia el trecho más ancho donde se hallaba Khesron. Las paredes rocosas de la torrentera se erguían, abruptas, a uno y otro lado, reducidas por la erosión a una confusa sucesión de pináculos y bloques desgajados, y apilados sin orden ni concierto. «Buen lugar para una emboscada», pensó Conan, al tiempo que observaba con mirada cauta las quebradas pendientes; aquel caos pétreo ofrecía una infinidad de escondrijos, Mientras que ningún caballo habría podido tratar de subir por aquellas cuestas sin romperse una pata.

En el mismo momento en que lo pensaba, se alarmó por un sonido con el que se había familiarizado mucho cuando servía en el ejército turanio: el seco chasquido de un arco, seguido al instante por el silbido de la flecha en su vuelo.

Al instante, Conan se agachó y ocultó medio cuerpo tras el flanco derecho del caballo, pues el sonido provenía de la izquierda y se oía cada vez más cercano. Mientras se sostuviera sobre la silla con una única pierna y rodeara con un brazo la cerviz de Ymir, difícilmente podría acertarle el desconocido arquero. Así, la flecha

pasó volando por el lugar donde habría estado su cuerpo y fue a chocar contra las rocas que se hallaban a su derecha.

Furioso, Conan volvió a erguirse sobre la silla de montar y desenvainó la espada. Forzó a su caballo a volverse y oteó la cuesta, como si la misma intensidad de sus ojos azules hubiera podido fundir las rocas que ocultaban a quien estaba tratando de matarle. Su tensión alcanzó a Ymir, y este empezó a piafar y a resoplar. Pero nada se movía en la rocosa ladera.

Habría podido obligar al caballo a bajar por la pendiente menos prolongada hasta el fondo de la cañada, y a vadear el torrente; pero entonces habría tenido que desmontar y subir a pie por la otra cuesta. Y subir a pie por una pendiente, en solitario, sin escudo ni armadura, contra un arquero bien situado y competente, habría equivalido a un suicidio. Su propio arco reposaba dentro de su estuche en Yezud. Durante unos breves instantes escrutó las rocas con su aguda vista, pero no vio trazas de su atacante.

Al fin, se volvió con Ymir hacia el norte y espoleó a su animal en la misma dirección que antes. Si no podía hacer frente a su atacante, más valdría alejarse de él.

Cuando el caballo aún corría a medio galope, se oyó de nuevo el chasquido del arco. Conan se agachó de nuevo; pero de nada le valió esto frente a la flecha, que se clavó, con seco golpe, en un flanco de Ymir. El caballo dio un gran salto y se desplomó a un lado del camino, y bajó dando vueltas por la pendiente.

Al caer el caballo, Conan dio un salto. Ágil como un gato, cayó de pie; pero tan empinada era la cuesta que no pudo sostenerse y también bajó rodando. A mitad de la pendiente logró ponerse en pie, volvió a agarrar la cimitarra que había perdido y descendió por el resto de la ladera en un par de saltos. Al llegar al fondo, vadeó el gorgoteante torrente y siguió por el otro margen, saltando de roca en roca. Como la furia había sido reemplazada por el cálculo, ascendió con mayor cuidado: se ocultaba tras los peñascos y pináculos, escudriñaba el trecho de cuesta que tenía delante, y entonces corría a toda velocidad hasta ponerse al abrigo de la siguiente prominencia.

Pronto hubo trepado hasta elevaciones mayores que las del camino que había seguido antes. Ya podía contemplar desde lo alto los peñascos que, semejantes a cúpulas y torres, habían ocultado a

su enemigo. Pero no vio rastro alguno de su atacante, ni siquiera después de llegar al extremo superior de la pendiente.

Una vez arriba, se encontró con una loma pequeña, cubierta de hierba, de un tiro de arco de anchura, que terminaba en nuevas laderas y picos de las escarpadas estribaciones de los Karpash. Anduvo ceñudo por la loma. Entonces, encontró algo que le aceleró la respiración: la huella del casco de un caballo que había quedado marcada en un terreno arenoso. Buscando en derredor, halló más huellas de cascos, y una estaca clavada en el suelo. Evidentemente, alguien había cabalgado hacía poco por allí y había traído consigo la estaca. En lo más alto de la loma, había desmontado, había clavado la estaca en el suelo y había amarrado allí a su montura mientras iba por sus asuntos; probablemente, estos consistían en atravesar a Conan con una flecha. Al no lograrlo, había vuelto a buscar a su caballo, y había partido con tantas prisas que se había dejado la estaca.

Conan buscó, como un perro que sigue un rastro, pistas que le indicaran hacia dónde se había marchado el asesino. Pero la loma estaba cubierta en su mayor parte de hierba o bien de piedras que impedían que el desconocido enemigo de Conan dejara huella.

Finalmente, Conan se rindió y volvió a bajar por la ladera hasta el lugar donde, a la otra orilla del pequeño torrente, su caballo yacía muerto. Le quitó la silla de montar y las bridas y, sombrío, siguió adelante a pie; subió por la ladera hasta el camino y anduvo hacia el norte hasta Yezud, llevando sobre el hombro la cuerda y la silla. Durante la caminata, se preguntó cómo era posible que el asesino hubiera llegado a lo alto de la ladera sin que Conan lo viese… si no había intervenido la magia.

Conan sospechaba que esta debía de ser la explicación. No podía tratarse de un poder mágico de los más mortíferos y poderosos, pues en tal caso habría matado a Conan con la simple fuerza de un hechizo; se trataría, más bien, de la magia de un insignificante ilusionista, de un hechizo relacionado con las sugestiones hipnóticas del Vicario. El atacante había necesitado armas materiales para intentar matarle, y sólo había utilizado medios sobrenaturales para ocultarse a los ojos de Conan.

Por la noche, cuando llegó a Yezud, la furia que sentía Conan por la pérdida del caballo y por no haber podido vengarse del

atacante se mitigó por el placer que le supuso encontrar a Rudabeh en la casa de su madre.

Pero Rudabeh no parecía alegre.

—Salgamos al huerto, Nial —le dijo, tensa—. Tengo algo que decirte.

—¿Y bien? —le preguntó Conan después de seguiría al huerto de coles.

—¿Conoces al Vicario, a Harpagus? Se ha enterado de nuestra escapada a Khesron.

—¿Cómo es eso?

—Me llamó y me dijo que alguien, no me explicó quién, pero decía «ella» al referirse a su informante, había ido a contárselo.

—¡Por Set! —gruñó Conan—. Apuesto a que ha sido esa zorra de la taberna, Mandana.

—¿Y por qué iba a hacer algo así? Yo nunca le he hecho nada.

—Creo que está celosa de ti, niña mía; ya sabes cómo son las mujeres. ¿Qué te dijo Harpagus?

—Quería obtener de mí lo que te negué a ti. Si no, me amenaza con denunciarme al Sumo Sacerdote Feridún.

La voz de Conan se asemejó al rugido del leopardo cazador.

—¡Otra razón para odiar a ese perro! ¡Si él no estaba detrás del intento de asesinarme hoy, es que soy estigio!

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién ha tratado de matarte? Brevemente, Conan le narró su encuentro en el camino por el que venía de Kharshoi. Rudabeh exclamó:

—¡Oh, cuánto lamento que hayas perdido tu caballo! Pero, por lo menos, has sobrevivido, y eso es lo importante.

—No te preocupes por esto. ¿Qué hará Harpagus si te resistes?

—En tal caso, moriría devorada por el dios araña —le dijo Rudabeh sombríamente, y palideció a la bermeja luz del ocaso—. O como mínimo me flagelarían y me degradarían al rango más bajo en el servicio del templo. Tal como lo veo yo, me quedan estas alternativas: puedo entregarme a Harpagus y, si la cosa acaba mal, terminar igualmente en el buche de Zath. Puedo desafiar al Vicario, y amenazarle con ir a hablarle de su lujuria al Sumo Sacerdote. O también podría ir directamente a contárselo todo a Feridún. Pero sólo tendría mi palabra enfrente de la del Vicaio, y estoy seguro de que la suya prevalecería.

—No has mencionado una cuarta alternativa: huir conmigo —exclamó Conan. Ella negó con la cabeza.

—Ya hablamos de eso. Casi prefiero enfrentarme a Zath que vivir la vida que me ofreces. Además, tú también estás atrapado en la misma trampa; pues, si Feridún descubriera que has corrompido a una virgen del templo, correrías el mismo destino que yo.

—¡Corrompido! —rezongó Conan—. ¡Pues vaya corrupción más inocente! Tus sacerdotes, como todos los otros gobernantes, están ansiosos por imponer leyes estrictas a sus súbditos, pero ellos, por su parte, hacen lo que les viene en gana.

—La fuerza de las leyes se relajó en tiempos del predecesor de Feridún, un glotón voluptuoso; pero Feridún es un hombre de moralidad tan austera que le ofende ver a otro gozando de la vida. Mas, volviendo a lo de Harpagus… ¿tienes decidido lo que vas a hacer en el futuro?

La muchacha quería decir: ¿Estarías dispuesto a convertirte en un esposo prudente y apartado de toda aventura? Conan apretó los puños y le rechinaron los dientes a causa de las pasiones que le estaban dividiendo por dentro. Entonces, se le ocurrió algo que tal vez pudiera aplazar la decisión fatal. Le dijo:

—¿Sabes lo que es el polvillo del Olvido?

—No. ¿Qué es?

—Una sustancia mágica; una bruja que conozco me dio un poco. Me dijo que, si arrojas una pizca al rostro de tu enemigo, este olvida todo lo que tenga que ver contigo, como si nunca hubiera oído hablar de ti. Si subes a mi habitación… —Conan se corrigió al ver que la muchacha iba a protestar—. No, ya lo comprendo; no deben vernos entrando juntos en mi casa. Aguarda aquí.

Volvió al cabo de poco con el saquito que le había dado Nissa. Al entregárselo a la joven, dijo:

—Te quiero de verdad, muchacha; podría amarte más de lo que jamás te amarán los patanes de esta comarca.

—¿Y qué será de mí cuando cabalgues hacia nuevos amores y aventuras más locas, y me abandones tal vez con un niño que ya no tendrá padre?

Conan resopló.

—¡Muchacha, tendrías que departir con los filósofos en los patios de los templos y dejarlos a todos en ridículo! No puedo

discutir contigo.

—Tienes el entendimiento más agudo de lo que tú mismo crees; sólo careces de educación.

—Sí tengo educación en el manejo de espadas, arcos y caballos; pero no en las bellas artes y en la literatura.

—Podríamos remediarlo. Darius, el joven sacerdote, dirige una escuela para niños, y podría enseñarte a ti. Conan gruñó.

—¡Muchacha, por los diablos de Crom! ¿Es que quieres convertirme en otro? ¡Quítatelo de la cabeza!

Cuando se hubieron hartado de discutir, Conan escoltó a Rudabeh hasta la puerta del templo. Viendo que, por ser de noche, no había nadie en las calles, Conan la abrazó, la oprimió contra su pecho y la cubrió de ardientes besos.

—¡Ven conmigo! —le dijo con voz cargada de pasión. Cuando la soltó, ella le dijo suavemente:

—He de confesar, Nial, que podría aprender a amarte… pero sólo si me permitieras, como tú dices, «convertirte en otro». Tendrías que abandonar tu vida salvaje y establecerte en Yezud como buen padre de familia y esposo.

Conan gruñó.

—No me lo plantearía por ninguna otra mujer. Pero, por ti… lo pensaré.

A la mañana siguiente, en su herrería, Conan le dio el día libre a Lar y empezó a trabajar en un nuevo proyecto del que prefería que el muchacho no estuviera enterado. Para la tarde, tuvo terminado un garfio de un pie de largo acabado en tres ganchos. Cuando lo estaba afianzando al extremo de su nueva cuerda, pasándola por un orificio que se hallaba en el extremo superior del garfio y empalmándola, una voz le llamó:

—¡Nial!

Una mujer se hallaba enfrente de la entrada de la herrería; Conan reconoció a Rudabeh, a pesar de sus muchos velos. Dejó el trabajo que estaba haciendo y abrió la puerta de su cuarto privado.

—Entra —le dijo—. No debemos hablar ahí, donde todo el mundo puede vernos. No temas por tu maldita virtud. —Cuando ambos estuvieron dentro de la estancia, Conan cerró la puerta—. ¿Qué ha ocurrido ahora?

—Reina tal confusión en el templo que me he dado cuenta de

que nadie notaría mi ausencia.

—Sí, sí, pero ¿qué ha sucedido?

—Tu polvillo ha funcionado… demasiado bien. Harpagus ha venido hoy a mi alcoba, ha echado el cerrojo de la puerta y ha intentado seducirme, mezclando amenazas y halagos. Cuando me ha tocado con sus lujuriosas manos, he cogido el saquito y le he vaciado en la cara todo su contenido.

—Con una pizca habría bastado.

La muchacha se encogió de hombros.

—No lo dudo; pero, con los nervios, no he podido calcular la dosis con tanta finura. Harpagus ha estornudado, ha tosido y se ha frotado los ojos; ¡y, entonces, me ha mirado con ojos inexpresivos, y había tanta astucia en su mirada como en la de un niño! Me ha preguntado quién era, y dónde estaba. Aquí tienes tu saquito vacío.

—¡Por Crom, parece que el polvo le ha pulverizado el seso! ¿Y luego, qué ha pasado?

—Le he empujado fuera de la habitación, y él ha empezado a deambular, murmurando cosas. He oído que otros sacerdotes le encontraron así y lo llevaron ante el Sumo Sacerdote, quien ha tratado de restaurar la memoria del Vicario con sus artes arcanas. Pero, según dicen, no lo ha logrado. Te estoy agradecida de verdad, querido Nial…

Conan la interrumpió.

—En tal caso, me podrías hacer a cambio un favor… no, el que estás pensando no —añadió, al ver que la muchacha hurtaba el cuerpo—, aunque espero que pronto lleguemos a ello. Ahora, tengo que saber dónde tienen cautiva a la mujer turania.

—No debo revelar los secretos del templo… —empezó a decirle Rudabeh.

—¡Memeces! —gruñó Conan—. ¿Acaso no has visto que los sacerdotes sienten la misma avidez que el resto de los hombres por sus placeres egoístas? Esa dama hace las veces de peón en el juego con el que Feridún trata de conseguir poder sin límites, y tengo que descubrir dónde se halla. Además, no soy ningún desconocido; trabajo para el templo igual que tú. ¿Vas a decírmelo, muchacha?

—Bien… eh… ¿conoces el segundo piso, en la fachada septentrional del templo?

—Sí; he visto desde lejos las ventanas que circundan la parte

superior del templo.

—La dama está en una cámara de ese piso, entre la más septentrional de las alas occidentales y la siguiente.

—¿Aquí? —Conan se agachó y trazó líneas en el polvo con un dedo.

—¡Exactamente! Ese muro une las dos alas, y oculta un patio triangular que se halla al pie de la estancia en cuestión.

—¿Qué hay en ese recinto? ¿Un jardín de placeres?

—No; Feridún tiene encerrado allí a su tigre hirkanio, al que llama Kirmizi. Por ello, cuando los sacerdotes quieren aislar a un invitado, lo alojan en esa parte.

Conan gruñó.

—Un tigre, ¿eh? Manso como un gatito, me imagino.

—No; es una bestia feroz, que sólo el Sumo Sacerdote sabe dominar. Feridún tiene poder mágico sobre los animales. Tal vez se trate sólo de una coincidencia, pero cuando él y el clérigo Zariadris compitieron por el rango de Sumo Sacerdote, y Feridún salió elegido, Zariadris partió hacia Shadizar para denunciar ante el rey que la elección había sido fraudulenta. Unos lobos le descabalgaron y lo devoraron. Espero que no tengas la intención de…

—No importa qué intención tenga —dijo Conan con un gruñido —. Mejor que vayas a casa de tu madre; luego nos veremos allí.

Aquella misma noche, el pálido rostro de la luna contemplaba a Conan de Cimmeria, quien anduvo sigilosamente en torno al gran muro del templo. Cuando llegó al tramo de pared que ocultaba el recinto al que se asomaba la estancia de Jamilah, desenrolló la cuerda que llevaba y arrojó el garfio a lo alto del muro. Al segundo intento, los ganchos quedaron fijos.

Como buen cimmerio, necesitó tan sólo un momento para trepar por la cuerda y encaramarse sobre la pared. Miró abajo, hacia la calle; pero Yezud estaba desierta. Como no había cervecerías ni otros lugares de diversión pública, la mayoría de los ciudadanos se recogían temprano. La guardia de la ciudad había hecho ya su ronda nocturna por las calles, había roto filas y todos sus integrantes se habían marchado a su hogar, mientras que los hombres de Catigern que cumplían el servicio de noche estaban apostados en los muros de la ciudad, o bien dentro del templo. Había tan pocos malhechores en Yezud, que no se consideraba

necesario tomar severas medidas contra ellos.

Entonces, Conan estudió el patio triangular encerrado entre el muro y las dos alas adyacentes del templo. Los árboles y arbustos arrojaban aterciopeladas sombras, retazos de oscuridad a la luz de la luna. La aguda visión de Conan escrutó el suelo hasta encontrar un voluminoso cuerpo tendido bajo un árbol.

Como si hubiera sentido que Conan la miraba, la bestia se levantó y dio un paso hacia la pared sobre la que estaba encaramado el cimmerio. Un gruñido prolongado surgió de la garganta del tigre, un sonido semejante al de la sierra que corta un leño.

Mirando hacia arriba, Conan vio que la ventana del cuarto de Jamilah se hallaba a la altura de tres hombres sobre el patio de Kirmizi. Cuando el tigre se acercó, Conan arrancó su garfio de la mampostería y bajó de un salto a la calle. Volvió a enrollar la cuerda y regresó a su herrería.

10. Los colmillos del tigre

A mediodía del día siguiente, Conan entró en el mesón de Bartakes. Se sentó ante una mesa pequeña. Parvez estaba jugando a un juego de mesa con Psamitek, el erudito estigio. Aparte de dos de los siervos turanios de Parvez y un comerciante del sur, la taberna estaba desierta. Cuando Conan se acercó, el diplomático y el erudito levantaron la mirada.

—¡Saludos, amigo Nial! —dijo Parvez—. ¿Has estado ejercitándote con tu corcel?

—Me habría gustado poder hacerlo; pero, hace dos días, algún puerco mató de un flechazo a la pobre bestia cuando yo la cabalgaba. Mas no he venido para contaros eso.

Miró expresivamente a Psamitek.

—Deberás excusarnos —le dijo Parvez al estigio—. Que Chagor me sustituya en el juego.

Psamitek se levantó, hizo una reverencia, murmuró una disculpa y se llevó el tablero de juego con sumo cuidado para que las piezas no se cayeran. Al poco, él y Chagor reanudaron la partida; miraban las piezas con el ceño fruncido y, ocasionalmente, movían alguna.

Conan se sentó en el taburete que había quedado vacío y dijo en voz baja:

—He descubierto dónde está vuestra princesa cautiva. Le contó al turanio su rápida investigación de la noche anterior.

—Un tigre, ¿eh? —murmuró el turanio—. Para un hombre tan robusto como tú, no debe de ser imposible matar a esa bestia.

—¡No, gracias! —rezongó Conan—. Una vez maté a un león en circunstancias similares, en el jardín de un brujo que empleaba tales felinos como vigilantes. Pero mi éxito se debió más a la suerte que a la destreza. En aquel momento, me vi más cerca de entrar en el reino de la muerte que en todas mis otras peleas y pendencias.

—Bueno, ¿pues qué propones? —le preguntó Parvez—. ¿Buscar la cámara de esa dama desde el interior del templo?

—No, porque los corredores están llenos de guardias durante el día y la noche. ¿Tenéis algún recurso mágico que pueda matar a ese tigre, o por lo menos dormirlo en un profundo sueño?

—¡Por desgracia, no! No suelo emplear magia, salvo la de esa flechita de plata que me has quitado por la fuerza. Ahora que lo pienso, sí que tengo un medio de inmovilizar al gatito rayado de Feridún. —Buscó en su bolsa y sacó un frasquito lleno de líquido verdoso—. Un utensilio de mi oficio; si echas tres gotas de esto en una bebida, el hombre que la beba pasará varias horas en el mundo de los sueños. Pero no sé cómo persuadir al tigre para que beba…

—Eso será fácil —dijo Conan—. Esperad un momento.

Entró por la puerta de la cocina, donde encontró a Bartakes, que estaba preparando los ingredientes para la cena. Cuando el mesonero le miró, Conan le preguntó:

—Anfitrión mío, ¿no tendrás un buen pedazo de carne de vaca, sin cocinar, que quieras vender?

—Por los… eh… por los nueve infiernos, ¿para qué quieres…? —empezó a decirle Bartakes, pero, al advertir la amenazadora mirada de Conan, decidió cambiar de tono—. Bueno, sí, sí tengo. Te costará…

—Lo pagará el señor Parvez —le dijo Conan, al tiempo que señalaba a la taberna con el pulgar—. Tráelo; él y yo estamos preparando una fiesta sorpresa para un amigo.

Bartakes desapareció y volvió al cabo de poco con una bandeja, sobre la que llevaba una pieza de carne de vacuno lo bastante grande como para alimentar a una veintena de guerreros. La dejó sobre una mesa vacía y salió a cobrarle el precio a Parvez.

Desenvainando su cimitarra, Conan hizo una serie de cortes en la carne, tan profundos como la hoja de su arma le permitió hacerlos. Luego, vertió el contenido del frasco en los tajos. Mientras estaba en ello, Bartakes entró de nuevo.

—¿Qué es eso? —le preguntó el tabernero—. ¿Alguna especie de aderezo?

—Sí; un raro condimento procedente de una tierra lejana. ¿Tienes algún saco en el que podamos llevar esto?

Cuando hubieron metido la carne dentro del saco, Conan salió

con su carga a hombros, y se detuvo ante la mesa de Parvez. El diplomático le susurró:

—¿Cuándo vas a intentarlo?

—Esta misma noche. No tenemos tiempo que perder; los sacerdotes ya empiezan a sospechar de mí. ¿Tenéis algo que le pueda mostrar a la dama para probarle que no soy un secuestrador más?

—Llévate esto —dijo Parvez, al tiempo que sacaba un anillo con un sello y lo entregaba a Conan—. Te identificará.

Conan se puso el anillo en el dedo meñique y, llevándose la carne cruda en el saco cargado sobre el hombro, salió.

La luna, que apenas si había empezado a menguar, arrojaba sus rayos de plata por las rendijas del cielo nublado. Aún no había alcanzado su meridiano cuando Conan, andando en silencio por la calle desierta, llegó al muro que cerraba por fuera el patio de Kirmizi. Se detuvo, agarró la carne cruda con ambas manos y, volteándola un par de veces, la arrojó por encima del muro. Cayó al otro lado e hizo un sonido húmedo al llegar al suelo. Al instante se oyó el gruñido del tigre, que se había despertado, y escuchó las dentelladas y salivaciones que le indicaron que la bestia estaba gozando de la inesperada cena.

Conan se agachó en el ángulo del muro que arrojaba la sombra más oscura a la luz de la inconstante luna. Con la paciencia de un cazador en los bosques, aguardó allí, inmóvil, sin respirar apenas, mientras la luna seguía por su nublado sendero hacia el horizonte occidental.

Cuando los oídos de Conan alcanzaron a distinguir los resuellos de un monumental bostezo, se quitó las botas y se ciñó el tahalí de tal manera que la espada le colgara de los hombros. Sin aguardar más, desenrolló la cuerda, arrojó el garfio a lo alto del muro y trepó hasta arriba.

Por unos momentos no pudo distinguir nada en la oscuridad que reinaba en el patio, pues una nube grande y densa arrojaba su sombra sobre el templo y sus alrededores. Cuando la luna volvió a brillar, vio que el tigre dormía plácidamente, con los párpados cerrados y la cabeza reposando sobre las garras. Al levantar los ojos hacia el agitado cielo, Conan recordó con desagrado, por la semejanza, la noche en que había trepado hasta los aposentos de

Narkia. Se preguntó si aquel aspecto del cielo entrañaría alguna especie de augurio.

Al fin, silbó suavemente, y luego aguardó. Al ver que la bestia no se movía, Conan soltó el garfio, bajó por el otro lado de la pared hasta quedar colgando con ambas manos, y luego se dejó caer al suelo. Kirmizi seguía durmiendo.

Cautamente, Conan observó al inquilino del patio. El tigre yacía en completa quietud; sólo sus costillas se movían con la respiración. Aunque el cimmerio pudiera distinguir con claridad sus rayas negras, el color anaranjado de su pellejo parecía pálida plata a la inconstante luz de la luna.

Detrás del dormido felino se encontraba la estrecha pared que se interponía entre los extremos interiores de dos alas adyacentes del templo. Una puerta de hierro dispuesta en ella a la altura del suelo permitía la entrada y la salida a quien fuera que atendiese las necesidades del tigre; mientras que, justo encima de aquella puerta, la ventana del cuarto de Jamilah, que tenía los postigos abiertos para que pudiera entrar la cálida brisa del estío, parecía una negra mancha rectangular en el mármol desprovisto de brillo de la pared del templo. No se veía ninguna luz encendida.

Como una sombra, Conan pasó por delante del tigre dormido hasta el otro extremo del patio. Volvió a desenrollar su cuerda y, volteando una y otra vez el garfio de tres ganchos, lo arrojó a la negra abertura. Al primer intento, el garfio chocó con la pared y arrancó ecos metálicos, que se oyeron con fuerza en el silencio, y volvió a caer al suelo. Un segundo intento tuvo el mismo resultado.

Al recoger la cuerda para otra tentativa, Conan se maldijo por no haber ensayado aquella maniobra antes de intentarla en serio. A la tercera logró alcanzar la ventana con el garfio, pero los ganchos se soltaron cuando Conan tiró del otro cabo de la cuerda. A la cuarta tentativa tuvo éxito.

Conan trepó por la cuerda agarrándose sólo con las manos; los abultados músculos de sus brazos se tensaban como pitones. Se encaramó al alféizar, saltó dentro, y aterrizó sobre un suelo sin alfombras con leve sonido de pies descalzos.

La luna vagabunda arrojó oblicuamente un fino rayo de plata por la ventana, que trazó un argénteo recuadro en las cortinas de seda de la estancia. La débil iluminación hizo visibles los contornos

de un lecho sobre el que yacía una esbelta figura. Como era una noche cálida, la durmiente había apartado la colcha, y había expuesto a la inquisitiva mirada del cimmerio el gracioso cuerpo de una mujer cuyo oscuro cabello caía en cascada sobre sus hombros opalescentes, y se dividía para dejar al descubierto las pálidas lunas de sus espléndidos senos.

Conan se acercó con cautela a la cama y susurró:

—¡Señora Jamilah!

La mujer no despertó. Conan la aferró por el suave hombro y la sacudió levemente, y entonces se abrieron poco a poco los ojos de Jamilah. Parpadeó, y abrió los labios para respirar hondo. Conan le tapó la boca con su gran mano para acallar sus gritos; sólo llegó a oírse un desvaído gorgoteo.

—¡Callad, mi señora! —le susurró—. ¡He venido a rescataros!

El cimmerio apartó la mano del pálido óvalo de su cara, pero no lo suficiente como para no volver a taparle la boca a tiempo.

—¿Quién, quién eres? —murmuró ella por fin.

—Llamadme Nial —masculló Conan—. El embajador del rey Yildiz, Parvez, me ha mandado a sacaros de este lugar. Nos aguarda cerca de aquí.

—¿Cómo puedo saber si dices la verdad? Conan sacó la sortija con el sello y se lo dio.

—Me entregó esto para que os lo mostrara. Está demasiado oscuro para que podáis ver la forma del sello, pero sí podréis palparla con vuestro pulgar.

La mujer acarició el anillo.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Por la ventana.

—Pero ¿y el tigre?

—Kirmizi duerme con la panza llena de una droga. ¡Venid! Tendréis que confiar en mí, a menos que prefiráis seguir cautiva en este lugar.

Repentinamente consciente de su desnudez, Jamilah buscó la colcha con la mano.

—¡No puedo levantarme mientras tú me estés mirando! Al menos, vuélvete hacia otro lado.

—¡Mujeres! —gruñó Conan, asqueado—. Nuestras vidas penden de un hilo, no tenemos tiempo para vuestras civilizadas elegancias.

Pero fue hacia la ventana y miró fuera, al tiempo que escuchaba con atención para asegurarse de que Jamilah, movida tal vez por dudas acerca de la veracidad de su relato, no tratara de apuñalarlo por la espalda. Mas sólo oyó el frufrú del lujoso atavío que la mujer se estaba poniendo a toda prisa. Al fin, Jamilah murmuró:

—Puedes volverte, maestro Nial. ¿Qué haremos ahora?

Conan haló la cuerda; y, cuando la tuvo enrollada sobre el suelo de la habitación, hizo un lazo en el cabo que quedaba libre y lo sacó por la ventana; todo el lazo, largo como el brazo de un hombre, quedó colgando fuera.

—Esperad —dijo—. ¿No tenéis ninguna capa, aparte de esos atuendos llenos de volantes? Si os ven por la calle…

—Comprendo.

Abrió un baúl y sacó una capa de terciopelo negro con capucha. La entregó plegada a Conan, y este la echó por la ventana, cuidando de que no cayera encima del tigre dormido.

—Venid —dijo—. Sentaos en el alféizar, y yo os sostendré mientras metéis los pies por el lazo. No miréis abajo, y agarraos a mi brazo mientras os ajustáis la cuerda. ¡Bien! Ahora, agarrad la cuerda con ambas manos.

—Esta cuerda tan basta me hiere los dedos —se quejó Jamilah mientras se ponía donde Conan le había dicho—. Y las alturas me aterrorizan.

—No puedo hacer nada para evitarlo, mi señora. Bueno, preparaos; ¡vais a bajar!

Conan fue soltando cuerda con ambas manos hasta que la princesa llegó al suelo. Entonces, examinó el gancho del garfio, que estaba firmemente clavado en la madera del alféizar. Conan comprendió que, si bajaba de la misma manera que había subido, no podría desenganchar la cuerda tirando desde abajo, y la necesitaba para que Jamilah y él mismo pudieran sortear el muro exterior del patio.

Al final, recogió toda la cuerda, arrancó el gancho del alféizar y arrastró el enorme lecho por el suelo hasta la ventana. Pasó uno de los extremos de la cuerda alrededor de la pata más cercana de la cama y tiró con fuerza hasta que la hubo pasado hasta la mitad.

Arrojando fuera los dos cabos y, aguantando juntas con firmeza ambas mitades de la cuerda, salió por el alféizar y fue bajando hasta

llegar cerca del suelo. Entonces soltó el cabo donde había hecho el lazo, cayó al suelo con la agilidad de una pantera en su ataque y tiró del otro cabo al que estaba atado el garfio hasta que hubo recuperado la cuerda entera.

Halló a Jamilah aterrorizada; estaba acurrucada contra la pared y miraba con ojos muy abiertos al tigre, cuyo fuerte hedor le llenaba las fosas nasales. Enrollando rápidamente la cuerda y recogiendo la capa de la dama, Conan rodeó con el brazo a la aterrada mujer y, andando sobre el césped con el sigilo de una sombra, pasó de largo ante el dormido Kirmizi.

Frente al otro muro, Conan volvió a voltear el garfio, y de nuevo quedó este sujeto en la mampostería. Cuando se disponía a subir, un súbito respingo de Jamilah le advirtió de que acechaba el peligro. Volviéndose, vio que el tigre se alzaba vacilante sobre sus patas y caminaba hacia él. Evidentemente, la dosis de narcótico no había bastado, aun cuando el cimmerio hubiera vaciado el frasco de Parvez en la carne cortada.

Conan desenvainó la cimitarra, puesto que la bestia, con atronador rugido, había pegado un salto y, como un muelle que se suelta de repente, se arrojaba sobre él con las fauces abiertas y babeantes. Cuando el gigantesco felino, mostrando los colmillos y sacando las garras, cayó sobre él, Conan alzó la cimitarra y, sosteniéndose con firmeza sobre sus piernas, aferró con fuerza la empuñadura de su arma y clavó la pesada hoja curva, que silbó en el aire, entre sus brillantes ojos de color esmeralda. El cuerpo del tigre cayó sobre él y lo tumbó contra la pared, de tal manera que hombre y tigre rodaron juntos al pie del muro.

Cuando el cuerpo de Conan desapareció bajo la rayada bestia, Jamilah, tapándose la boca con la enjoyada mano, ahogó un gritito.

—¿Estás muerto, Nial? —murmuró.

—No del todo —masculló Conan, que estaba saliendo de debajo del yerto cadáver como un insecto sale de debajo de una piedra.

Al ponerse en pie, miró al animal, que yacía postrado, con la cimitarra de Conan aún clavada en su cráneo hendido. Pisando la cabeza del tigre con un pie desnudo, Conan tiró con todas sus fuerzas del arma para liberarla.

—¡Maldición! —murmuró—. Había jurado que jamás me volvería a ver en esta situación; pero tal es el poder de la voluntad

de los mortales. Por lo menos, este buen acero kothio ha sobrevivido al golpe.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó Jamilah; su grave voz vibraba de preocupación.

—No creo que me haya roto ningún hueso, aunque magulladuras y rasguños no me faltan. Parece como si hubiera tenido que pasar entre dos filas de hombres armados con cachiporras.

Limpió la espada en el pellejo del tigre y la envainó. Entonces, trepando con la cuerda por el muro, se sentó en lo alto de este para subir a la princesa y bajarla por el otro lado. Al fin, soltó el garfio de la mampostería y saltó él mismo. Se puso las botas, y dijo:

—Cubríos con la capa, y aseguraos de que la capucha os tape bien. Habrá guardias a la puerta de la ciudad, y tendréis que haceros pasar por mi amante… por una de las aldeanas de Khesron. ¿Comprendéis?

—Confío, maestro Nial —dijo ella—, en que no tienes la intención de tomarte libertades impropias conmigo. Después de todo, soy una mujer de rango regio.

—¡No temáis; pero tendréis que olvidar vuestro regio rango si queréis escapar con vida de Yezud!

—Pero…

—¡No me pongáis peros, señora mía! Podéis elegir entre quedaros aquí y hacer lo que os digo. Decidíos.

—Bueno, esta bien —dijo la mujer. Cojeando a causa de sus magulladuras, Conan se llevó a la aristócrata.

Cuando pasaban por delante de otra de las paredes que unían dos alas adyacentes del templo, Conan se detuvo de pronto, y obligó a Jamilah a detenerse también.

—¿Qué sucede? —le susurró ella.

—¡Escuchad! —Conan apoyó el oído en la pared y le indicó con un gesto que callara.

Se oían dos voces enzarzadas en seria discusión en el patio que había al otro lado del muro. Conan reconoció la voz profunda y sonora del Sumo Sacerdote Feridún; no pudo identificar la otra, pero supuso que debía de tratarse de algún sacerdote inferior. El Sumo Sacerdote dijo:

—… me temo que los hijos no habrán alcanzado su pleno

desarrollo hasta dentro de varios meses.

—¡Pero, Santidad! —decía la otra voz—. No podemos seguir prefiriéndole al rey amenazas que no se cumplen. Él cree que sólo queremos asustarle con imaginarias patrañas.

—Pero mi querido Mirzes, no somos nosotros, sino que es él quien recurre a vanas amenazas. Bien sabe el rey que, si su deplorable ejército divisara a sólo uno de los hijos de Zath, huirían todos presa del pánico. Nosotros disponemos del arma más terrible que ha aparecido desde la invención de la espada.

—¿Y cómo lograremos que nos crea?

—Pronto llegará una nueva embajada. Si no logro convencerle de otra forma, llevaré abajo al enviado de Mitrídates y haré que lo vea.

—¿Y si con todo rechaza nuestras justas exigencias?

—Entonces pondremos en marcha el Gran Plan. Aunque no estén crecidos del todo, los hijos cumplirán con su deber.

—Que Zath quiera que todo se produzca como hemos previsto, maestro —murmuró el sacerdote Mirzes.

—No temas —le replicó la sonora voz de Feridún—. Soy capaz de gobernar a los hijos, de la misma manera que a las bestias de toda especie. Como nuevo Vicario, tienes que confiar en mí…

Las voces desaparecieron, como si los conversadores hubieran desaparecido en el interior del templo. Conan le indicó con un gesto a Jamilah que debían proseguir. Pero la delicada y aristocrática mujer turania tenía problemas para seguir las largas zancadas de Conan, y sus finas zapatillas resbalaban en los redondeados adoquines.

—¡Venid, dejad que os lleve yo! —murmuró Conan.

Mientras ella profería débiles protestas, el cimmerio la levantó del suelo y, sin detenerse, se encaminó hacia las puertas de la ciudad.

Poco más tarde, cuando la luna ya descendía hacia los Karpash, Conan sorprendió a los brithunios de la puerta principal presentándose con una mujer envuelta en una capa. La dejó en el suelo, pero siguió sujetándola con uno de sus robustos brazos en torno al talle. Le susurró al oído:

—Ahora representad vuestro papel, maldito sea; ¡pero no habléis! Reconocerían vuestro acento.

—¡Nial el seductor lo ha logrado de nuevo! —dijo uno de los guardias con afectada sonrisa.

—No lo comentéis, muchachos —dijo Conan—. La estoy llevando a casa; pero su familia es muy tradicionalista.

Agarró con más fuerza el talle de Jamilah y le dio una pequeña sacudida. La mujer se obligó a soltar una risilla y recostó la cabeza en el hombro de Conan. Cuando el otro guardia hizo una procaz observación acerca de lo que Conan y ella habían estado haciendo, el cimmerio sintió que Jamilah se ponía rígida de puro indignada. Pero entonces salieron por la puertecilla y bajaron con rapidez por la larga pendiente hasta el final del escarpado.

Un atronador golpe en la puerta frontal del mesón despertó a Bartakes. Este se levantó torpemente gritando imprecaciones por la ventana de su alcoba, y añadió:

—¡Hasta un imbécil vería que hemos cerrado porque es de noche!

Conan le rugió en respuesta:

—De ti no quiero nada; quiero ver a Parvez. ¡Despiértalo, si no quieres que destroce tu pocilga tablón por tablón! Dile que vengo con una noble viajera.

Momentos después, el turanio apareció bostezando en la puerta, aguantándose con ambas manos el floreado camisón.

—La tengo aquí —dijo la ruda voz de Conan—, ilesa, pero fatigada.

Parvez dobló una rodilla hasta el suelo.

—¡Mi señora Jamilah! —exclamó—. ¡Entrad ahora mismo! —Una lágrima brilló a la luz de la luna en su mejilla, tan poderosa era su emoción. Después de levantarse, dijo a Conan—: Has logrado hacer un milagro, joven. ¿Puedes devolverme mi anillo, te lo ruego?

—Oh, lo había olvidado —dijo Conan; se quitó el anillo y se lo dio.

—Dime otra cosa. ¿Has visto a mi siervo Chagor?

—No, no le he visto. ¿Qué pasa con él?

—Ese muchacho ha desaparecido con su caballo. No ha dado ninguna explicación. Bueno, da igual; tengo que despedirme de ti sin demora, porque no quiero estar aquí cuando los sacerdotes descubran que su cautiva ha sido liberada. Bartakes, hazme el favor de despertar a mis siervos; tenemos que partir antes del alba.

—Permíteme que te dé las gracias, maestro Nial —le dijo Jamilah—. Si en alguna ocasión vienes a Turan, pídeme el favor que quieras y, si es posible, intentaré que el rey te lo conceda. ¡Adiós!

La mujer entró en el mesón.

Al volver a su casa, Conan se durmió con un sueño ligero y, a la mañana siguiente, mientras trabajaba de buen humor en el yunque, una partida de cuatro sacerdotes y dos soldados brithunios se presentó en la forja. Un sacerdote tocado con un turbante de color escarlata y una túnica de color azul marino entró en la herrería y, gritando para hacerse oír a pesar del martilleo en el yunque, dijo con voz tajante y brusca:

—Tú eres Nial el herrero, ¿verdad? Una dama ha sido raptada. ¿La has visto tú?

—¿Cómo era esa dama? —dijo Conan, sin apartar la vista del trabajo que estaba haciendo. Después de dar algunos martillazos más, la metió en el horno y se volvió hacia el hombre que le estaba interrogando.

—Alta, con los cabellos negros y de buen ver —dijo el sacerdote —, aunque ya había pasado de los treinta años. Conan negó con la cabeza.

—No sé nada de esa mujer.

—Además, el embajador Parvez y sus turanios partieron a toda prisa de Khesron la pasada noche. ¿Sabes algo de eso?

—Pues, tampoco. Conocía a ese hombre; habíamos pasado alguna velada bebiendo juntos.

—¿Y de qué hablabas con él?

—De caballos, y espadas, y cosas por el estilo.

—Alguien —siguió diciendo el sacerdote en tono intimidatorio— mató al tigre del Sumo Sacerdote, dándole un fuerte golpe con una espada o un hacha. ¿Quién, aparte de ti, tiene las fuerzas necesarias para dar tal golpe?

Conan se encogió de hombros.

—Muchos de los brithunios son hombres fuertes y corpulentos. En comparación con vosotros, zamorios, todos los demás parecemos montañas de músculo. En cuanto a mí, es la primera vez que oigo lo que me cuentas.

—¡Todos los bárbaros sois unos mentirosos! —le dijo el

sacerdote con sorna—. No temas, vamos a investigar este asunto hasta el final, y más te valdrá tener pruebas de tu inocencia.

Dio un paso adelante y acercó su rostro al de Conan.

El cimmerio, valiéndose de unas tenazas, sacó del horno la herramienta en la que estaba trabajando y sostuvo ante sí el hierro, que brillaba enrojecido.

—Ten cuidado cuando estés cerca de una forja, amigo sacerdote. Si te acercas demasiado, tal vez se te chamusque el mostacho.

El sacerdote retrocedió bruscamente; Conan puso la herramienta encima del yunque y volvió a martillearla.

El sacerdote salió y volvió con su grupo, y todos se marcharon. Lar, que había presenciado boquiabierto el incidente, dijo:

—¡Oh, maestro Nial, casi puede decirse que habéis desafiado a los sacerdotes de Zath! ¡Si los tratáis con tal insolencia, pueden invocar poderes divinos para destruiros!

—¿Cómo se llama ese que acaba de interrogarme? —preguntó Conan.

—Es el santo padre Mirzes.

—Ya decía yo que conocía su voz —murmuró Conan—. Creo que es el nuevo Vicario. Venga, muchacho; ¡pon toda tu fuerza a trabajar con los fuelles! Tu fuego apenas si serviría para hervir agua.

11. El hedor a carroña

Conan pasó varios días sin ver a Rudabeh, salvo en una ocasión en que la muchacha bailó en el servicio de Zath. Fue al templo a hora temprana para poder ponerse en primera fila, desde donde veía mejor el ídolo araña. Como hacía buen día, y la luz del sol entraba por las ventanas del trifolio, Conan podía ver claramente, aun desde una distancia de cuarenta codos, los cuatro ojos que se encontraban en la parte anterior de la criatura.

La aguda visión del bárbaro alcanzó a distinguir un fino anillo en torno a cada uno de los ojos, de color más claro que la negra piedra de la estatua. Conan imaginó que debía de tratarse de un anillo de metal o de cemento que mantenía la gema en su lugar. Para extraer los ojos tendría que desencajar primero aquellos anillos que los sostenían, y tendría que hacerlo con mucha finura para no romper las joyas. Conan conocía bien las gemas desde los días en que había sido ladrón, y sabía que los ópalos eran frágiles.

Entretanto, su pasión por Rudabeh, en vez de menguar, le atormentaba más y más. Cuando Amitis le dijo que aguardaba a su hija para la cena, la esperó impaciente en el huerto, meditabundo.

Por una parte, un fiero deseo, como un tornado que se arrastra por su tortuoso camino de destrucción, se agitaba dentro de él, le decía que abandonara su vida de desarraigado, de aventurero, que se casara con Rudabeh de acuerdo con las leyes de Zamora y se transformara, en la medida en que le fuera posible, en un ciudadano respetable y amante de su cada vez más numerosa familia, que tomara parte en la guardia municipal, adorara en el templo y pagara sus impuestos.

Pero, por otra parte, el espíritu salvaje, libre e indisciplinado de Conan retrocedía ante aquella idea como si se hubiera tratado de una serpiente venenosa. Sin embargo, su otra opción era olvidar a

la muchacha y huir prestamente, con los ojos de Zath si lograba robarlos, sin ellos en el caso de que no lo lograra. En el caso de que Feridún desatara de verdad una calamidad sobre aquella tierra, tendría que huir igualmente, con o sin Rudabeh.

Cuando ella apareció, le tendió ambos brazos. La muchacha negó con la cabeza, y dijo:

—No me atormentes, Nial. Te quiero de verdad, pero ya sabes bajo qué condiciones me entregaría a ti.

—Pero, muchacha mía… —empezó a decir Conan. Rudabeh alzó una mano, y dijo:

—Vengo con noticias importantes. ¿Has oído hablar de la desaparición de la princesa Jamilah?

—Sí; esos rumores han llegado a mis oídos.

—El Sumo Sacerdote está furioso, como ya puedes imaginar. Algunos de los sacerdotes sospechan de tu complicidad.

—¿De quién, de mí? —dijo Conan, con aires de inocencia herida —. ¿Qué tengo yo que ver con una aristócrata turania?

—Saben que tuviste trato frecuente en el mesón de Bartakes con un diplomático que desapareció la misma noche que Jamilah. Ya te habrían hecho arrestar, pero Feridún insiste en que quiere disponer de pruebas sólidas contra ti antes de hacer nada. Debo admitir que ese anciano trata de mantenerse fiel a sus principios.

»Además —siguió diciendo Rudabeh—, si los rumores son ciertos, el Sumo Sacerdote ha avanzado la fecha de su revolución. Había tomado como rehén a Jamilah para asegurarse de la buena conducta del rey de Turan. Ahora tiene que actuar con rapidez antes de que los turanios se enteren de que la princesa se ha fugado. Así, ha advertido a toda la gente del templo que tenemos que estar preparados para dentro de siete días. Cuando suene el gong de alarma, tenemos que ir todos a nuestras estancias y atrancar las puertas.

Conan gruñó, a la vez que iba asimilando toda esta información. Pensó que debía deshacerse de la comprometedora cuerda antes de que algún sacerdote metomentodo la descubriera.

Amitis llamó, y fueron todos a cenar. Después, Conan escoltó a Rudabeh hasta el templo y salió camino de Khesron. Tenía que planear con rapidez el asalto al templo, y pensó que podría meditar mejor sus planes si se sentaba y bebía una jarra de vino en solitario.

—¡Salud, Nial! —En el mesón, Conan se vio asaltado por la ensordecedora voz de Catigern—. ¿Tienes ganas de echar una partida?

El brithunio hizo saltar un par de dados dentro de su puño cerrado.

—Te lo agradezco, pero esta noche no me apetece —dijo Conan —. Quiero estar solo.

Catigern se encogió de hombros y se marchó a buscar otra compañía. Conan volvió a sumirse en sus pensamientos. Después que hubo bebido unas pocas jarras de vino más, otra voz, que ceceaba levemente y hablaba con acento gutural, interrumpió sus meditaciones. Se trataba de Psamitek el estigio.

—Maestro Nial —dijo el delgado y moreno erudito—. Alguien querría veros fuera del mesón.

—Bueno —le respondió Conan secamente—, dile a ese alguien que entre. Aquí hay luz y me verá mejor. El erudito sonrió con leve y malvada sonrisa.

—Se trata de una dama —murmuró—. No convendría que entrara en un vulgar tugurio como este.

—¿Una dama? —exclamó Conan—. ¿Y qué diablos…? Se levantó, preguntándose si Jamilah, por alguna inimaginable razón, habría regresado a Khesron; pero no, habría sido una locura. Siguió a Psamitek afuera.

En el patio del mesón de Bartakes, iluminado por la lámpara de bitumen que colgaba sobre la puerta de entrada y por la luz de la luna menguante, encontró a Rudabeh. Conan ahogó un grito al verla; pues, en vez del modesto vestido de calle que solía ponerse cuando se hallaba fuera del templo, se había puesto su atuendo de bailarina; algunas ristras de cuentas, y poco más.

—¡Conan, querido! —le dijo con voz baja y temblorosa—. Tenías razón; era yo quien me equivocaba. Ven, y te mostraré que soy tan mujer como tú hombre. Conozco un lugar donde la hierba crece frondosa y suave.

Se volvió y salió del patio con andares pausados, mientras Conan la seguía como un pasmarote. En algún rincón de sus mientes, la razón trataba de advertirle de que allí sucedía algo raro; pero la advertencia desapareció bajo una embravecida ola de pasión. La sangre le rugía en los oídos.

Rudabeh, seguida por Conan, dejó atrás algunas casuchas, y salieron de la aldea. Su bien torneada figura se mecía seductoramente al andar. Ya lejos de las casas de Khesron, el rocoso suelo se convertía en ladera, y Conan empezó a impacientarse por llegar al prado prometido.

Llegaron de nuevo a terreno llano, y Rudabeh se volvió para mirar a Conan. Le tendió sus brazos acogedores… y, al instante, se esfumó. Apareció en su lugar Chagor el turanio, el desaparecido siervo de Parvez, a quien Conan había arrojado al abrevadero de los caballos. Chagor empuñaba un arco hirkanio, grueso, de doble curva, con una flecha lista para ser arrojada.

—¡Ja! —gritó el turanio—. ¡Vas a ver ahora!

Y soltó la flecha con el mismo chasquido desagradable y sordo que Conan había oído al quedarse sin caballo. Desde aquella distancia, era imposible que fallara.

Pero, cuando Chagor disparó la flecha, algo pasó volando raudo sobre la cabeza de Conan y golpeó en el pecho al turanio. Como resultado, la flecha pasó zumbando muy cerca de la oreja del cimmerio.

Antes de que Chagor pudiera tomar otra flecha de su aljaba, Conan desenvainó la cimitarra y atacó, profiriendo el rugido de un airado león. El turanio soltó el arco y desenvainó también, justo a tiempo de parar la acometida de Conan.

Los aceros levantaron ecos y entrechocaron a la luz de la luna. Conan oyó sonidos de lucha a sus espaldas, pero no tenía tiempo para ir a ver qué ocurría. El turanio era un poderoso espadachín, y Conan se encontró apurado. Mandoble del revés, parada, directo, parada, finta, directo… las espadas se encontraban en su danza, rechinaban y daban vueltas, acompañadas por el rumor de botas, las respiraciones dificultosas y las maldiciones murmuradas. Las maldiciones provenían de Chagor, puesto que Conan luchaba en torvo silencio. Chagor jadeaba:

—Perro, vas a ver… el sacerdote de Erlik tendrá tu cabeza… seré rico, y tú morirás…

En un momento determinado, Chagor no logró parar a tiempo. La espada de Conan, que era más pesada, le hirió en el antebrazo. Profiriendo un grito de consternación, Chagor soltó la cimitarra. Con un salto felino, Conan avanzó y, con fuerzas nacidas de su

mismo frenesí, trazó un gran arco horizontal con la espada. El acero cortó el grueso cuello del turanio; la cabeza cayó al suelo, como un melón, sobre unos arbustos. El cuerpo, del que manaba una fuente de sangre, negra a la luz de la luna, se desplomó como un árbol talado.

Como aún oía sonidos de pelea a sus espaldas, Conan se volvió y se encontró con un montón de miembros enzarzados en lucha que resultaron ser los del capitán Catigern; estaba peleando en el suelo con Psamitek el estigio.

Conan agarró uno de los brazos del estigio con la mano que tenía libre y lo retorció. Entre él y Catigern lograron dominar al erudito, y lo sentaron con las manos sujetas a la espalda y la daga de Catigern hincada en la garganta.

—¿Cómo es que llegas tan a tiempo? —preguntó Conan.

—Te vi salir con este perro —le explicó Catigern— después de que dijeras que querías estar solo; y te seguí porque sospechaba. Nunca me he fiado de esta escoria estigia; luego te vi seguir a Chagor hasta lo alto del cerro, musitándole palabras de amor, mientras Psamitek te seguía a ti recitando algún conjuro. Como aquello no parecía propio de ti, Nial, seguí a Psamitek. Cuando el turanio iba a arrojarte la flecha, le he lanzado una piedra para que errara el tiro y he ido por el estigio. Ten cuidado con este diablo; es más fuerte de lo que parece. Me ha mordido.

—Muy bien, Psamitek —dijo Conan—. Explícame todo esto. Existe una posibilidad de que, si nos gustan tus explicaciones, te dejemos con vida.

—Ya has oído a Chagor —le dijo Psamitek—. Él oyó que el embajador Parvez te llamaba «Conan», y yo sabía que Tughril ofrecía una recompensa por la cabeza de un tal Conan. Así que ambos hicimos planes y acordamos que él desertaría de la escolta de Parvez, y que luego nos repartiríamos la recompensa. Incluso vuestras limitadas mientes podrán comprender este sencillo plan…

La hipnótica voz de Psamitek absorbió hasta tal punto la atención de Conan y Catigern que estos moderaron la fuerza con que le sujetaban. Entonces, el estigio, ágil como una anguila, se escapó de sus manos y se puso en pie. Conan se incorporó de un salto, y asestó un mandoble con su cimitarra que habría tenido que partir en dos al flaco erudito.

Pero el acero tan sólo silbó en el aire insustancial. Psamitek había desaparecido como la llama de una vela apagada con un soplo.

—¡Vuelve aquí! —rugió Conan, al tiempo que avanzaba con la espada desnuda y acuchillaba los espinosos arbustos.

Sólo le respondió una carcajada cínica y burlona.

—Tú tienes tus trucos, Conan —dijo la ceceante voz—, pero yo también tengo los míos, como pronto vas a ver. ¡Hasta la vista, bárbaro patán!

Conan arremetió contra la voz, y su espada hendió el aire; pero no halló nada. Catigern le dijo:

—No malgastes saliva, Nial. Obviamente, ese individuo es experto en crear ilusiones, y se ha vuelto invisible. ¿Qué es eso de que te llamas Conan, y de que se paga un precio por tu cabeza?

—Ya tendrías que saber que uno nunca pregunta a un camarada mercenario por su pasado —masculló Conan.

—Cierto; olvida lo que te he dicho. Más nos vale arrastrar los restos del turanio hasta la aldea. Los sacerdotes querrán otro informe.

—¿Por qué no lo abandonamos a las hienas?

—Si lo hiciéramos, su fantasma nos acosaría.

—Oh, de acuerdo —dijo Conan, al tiempo que agarraba uno de los tobillos del cadáver y tiraba de él—. Puedes quedarte con su cabeza, aunque yo preferiría mandársela a Tughril como regalo. Y gracias por salvarme la vida.

En tanto que se acercaba el Festival de Todos los Dioses, el templo de Zath rebosaba de actividad. Rudabeh pasaba todo el tiempo ocupada por sus deberes, así que Conan no tuvo más encuentros personales con ella. El mesón de Bartakes estaba lleno de comitivas sacerdotales que llegaban desde todas partes de Zamora, y los rezagados se veían obligados a alquilarse cuartos en las desvencijadas casas de los aldeanos, o a plantar tiendas en los campos circundantes.

El festival comenzó tres días después de la muerte de Chagor. Delegaciones de opulentos santuarios y de humildes templos de los variados dioses zamorios desfilaban ante la ancha escalinata del templo con pompa y ceremonia. Los brithunios de Catigern, cuyas bruñidas cotas de malla relucían al sol, habían formado en dos

líneas, una frente a otra, a ambos lados de la escalinata. Cuando uno de los pontífices, ataviado con ropajes deslumbrantes y un turbante enjoyado, subía lentamente por la escalera, los soldados alzaban picas y alabardas a modo de saludo y golpeaban estruendosamente el suelo con sus armas. Conan sabía que ponzoñosas rivalidades separaban a las hermandades sacerdotales devotas de los diferentes dioses, y que estas intrigaban sin cesar unas contra otras. Pero, por un día, todos los legados dedicaban sonrisas a sus colegas de clerecía y se inclinaban benignamente ante los sacerdotes de Zath reunidos.

Durante el desfile de sacerdotes, Conan se quedó en un discreto rincón de la plaza del templo. Pero después de que entrara la última de las delegaciones, cuando el pueblo de Yezud y los embelesados peregrinos entraron en masa para honrar a todos los dioses del panteón zamorio, Conan se mezcló con la abigarrada muchedumbre. Una vez en el vestíbulo, se le ocurrió que podía escabullirse y hacer otro intento de explorar el corredor; pero era imposible, porque había un brithunio apostado a la entrada de cada pasillo. Así, Conan se resignó con tener que aguantar otra de aquellas interminables series de rituales.

Se quedó al fondo de la nave y siguió allí de pie durante las tres horas que duró la ceremonia, en la que los sacerdotes de los otros dioses se turnaron para invocar a sus propias deidades e implorarles favores. Conan ignoraba sus discursos, pero admiraba la magnificencia de sus enjoyados atavíos. Si hubiera podido despojar de sus túnicas y mitras a algunos de aquellos pontífices, las joyas que llevaban en estas le habrían dado para vivir durante varios años, aun cuando todas ellas reunidas habrían sumado tan sólo una facción del valor de los ojos de Zath.

Dos días más tarde, mientras saetas de lluvia arrojadas desde el cielo plomizo azotaban los gastados adoquines de Yezud, el Festival de Todos los Dioses terminó. Los sacerdotes visitantes, protegiéndose de la lluvia con voluminosas capas y capuchas, brindaron ceremoniosas despedidas a Feridún y a su nuevo Vicario en la escalinata del templo, y se marcharon a su tierra en carruajes y literas de caballos, o montados en caballos, muías y camellos.

Aquella noche, cuando aún llovía, un gigante envuelto en una capa oscura, calzado con silenciosos mocasines, merodeó por las

calles de Yezud. En la más meridional de las alas orientales del templo de Zath, Conan sacó la flechita de plata que le había dado Parvez. Tras tocar la cerradura con la punta de la flecha, murmuró: «¡Kapinin achilir genishü!».

Un chirrido leve y herrumbroso, como si alguien hubiera hecho girar una llave en una cerradura que llevara tiempo sin usarse, se hizo oír entre el repiqueteo de la lluvia. Conan empujó la puerta, pero esta no se abrió.

Airado, Conan arrojó todo su considerable peso contra la puerta, y la golpeó con su enorme hombro. Con todo, no se abrió. Entonces, se detuvo a pensar.

Tal vez los sacerdotes no confiaran en una simple cerradura y hubieran cerrado la puerta por dentro con una tranca, como aquel portal exterior del otro lado del templo por el que habían entrado las ovejas. Aplicando la flecha de plata a diversas alturas, Conan repitió varias veces kapinin achilir genishi. Finalmente, se vio recompensado por el amortiguado eco de una tranca que se levantaba. Al siguiente empujón, la puerta se abrió.

El pasillo que encontró estaba vacío, salvo por un rectángulo de débil luz que se distinguía treinta codos más adelante, en el mismo lugar donde el pasaje terminaba en el corredor principal de circunvalación. Conan se detuvo para escuchar; el templo estaba tan silencioso como una tumba estigia. Los moradores del templo, desde el Sumo Sacerdote hasta los esclavos, debían de estar durmiendo exhaustos tras las actividades de aquellos tres días.

Conan anduvo con sigilo por el corredor, atento a cualquier signo que le alertara de la presencia de guardias brithunios. Cautamente, miró a hurtadillas al otro lado de las esquinas del final del pasillo, pero no vio guardias en el corredor principal en ninguna de las dos direcciones. Como ya había supuesto, los guardias habían aprovechado la fatiga de sus patrones para reunirse en algún sitio, tal vez en el vestíbulo, para apostar y charlar, en vez de pasarse la noche patrullando solitarios por los silenciosos pasillos.

El corredor al que salió Conan estaba iluminado por una única lámpara de bitumen que un soporte sostenía en la pared. Se volvió hacia la derecha y, dando algunas zancadas más, se acercó a una puerta que se hallaba a su izquierda. Si había calculado bien las distancias, aquella debía de ser una de las entradas laterales de la

nave central.

Volvió a aplicar la Llave de Gazrik y murmuró el encantamiento; la cerradura volvió a abrirse sola, sin más sonidos que un chasquido bien engrasado. Al abrir la puerta, sin embargo, retrocedió. En vez de la nave central, había entrado en una pequeña alcoba ocupada por una pequeña litera en la que dormían un par de acólitos, uno de los cuales roncaba. Conan cerró la puerta suavemente y se alejó silenciosamente.

La puerta siguiente resultó ser la que estaba buscando. Se coló dentro de la nave central y atravesó a toda prisa el recinto sacro, pobremente alumbrado por la parpadeante luz anaranjada de la llama eterna. Se detuvo ante la estatua de piedra negra de Zath.

Le impresionó de nuevo la apariencia de vida de la escultura. El trabajo era una réplica perfecta de un gigantesco arácnido, excepto en que el escultor, incapaz de reproducir en piedra la pelusa de las patas, la había simulado con hendeduras entrecruzadas.

Conan se quitó la capa y la dejó caer al suelo. Debajo de esta llevaba puesto su atuendo de herrero, en cuyos bolsillos y correas acarreaba las herramientas de su profesión. Empuñó el martillo de forja y, conteniendo el aliento para manejarlo con precisión absoluta, golpeó con gran precaución la pata que tenía más cerca. El sonido, sin duda alguna, era el de simple piedra; la estatua no daba muestras de cobrar vida.

Conan se acercó a la parte anterior del cuerpo de la criatura. Los cuatro ojos frontales brillaban a la trémula luz de la llama eterna, de tal manera que una estrella carmesí de seis rayos parecía danzar en la bruma verdiazul de cada uno de ellos.

Conan vio que necesitaría una luz más intensa que la del bitumen ardiente para trabajar con los ojos. Tras buscar en su atuendo, sacó un bastón de madera de un codo de longitud, uno de cuyos extremos estaba envuelto en un trapo empapado de combustible. Inclinando el luminoso cuenco donde ardía la llama eterna, sostuvo aquel paño untado sobre la llama de suave fulgor hasta que esta prendió en el combustible y la antorcha se encendió.

Conan volvió adonde estaba la estatua y apoyó la antorcha en el ángulo donde confluían dos de las ocho patas de Zath, de tal manera que arrojara su vacilante luz amarilla sobre los ojos que se encontraban en aquel lado. Se acercó a los ojos para examinarlos,

pasó los dedos por encima de sus lisas y esféricas superficies y palpó los anillos que los aguantaban en su sitio. Eran ópalos girasol tan grandes como el puño de un muchacho joven. Los anillos estaban hechos de plomo. Conan pensó que aquello le facilitaría la tarea.

Se sacó un puñado de brocas y estiletes del bolsillo. Encontró entre estos una broca plana con una estrecha punta de cincel. Apoyándola en el hueco que quedaba entre uno de los anillos y la piedra negra, dio un golpe suave con el martillo, y luego otro. Vio con regocijo que la herramienta se había hundido visiblemente en el plomo; con algunos golpes más, podría extraer el anillo.

Unos sonidos provenientes del exterior distrajeron a Conan de la estatua. Oyó voces que murmuraban, pies que caminaban, puertas que se abrían y se cerraban. Entre los sonidos, Conan creyó oír ecos metálicos de armas brithunias. Por los nueve infiernos, ¿qué podía despertar a la gente del templo a aquellas horas?

Entonces, una llave abrió una de las puertas laterales, que estaba enfrente de aquella por la que había entrado. Antes de que el cimmerio pudiera huir, la puerta se abrió.

Al tiempo que recogía sus herramientas, Conan se volvió, y se mordió los labios para contener un grito. Entonces vio a Rudabeh en la puerta, y exclamó:

—¿Qué estás haciendo aquí, muchacha? Al instante, la bailarina, con los ojos desorbitados por la aprensión, le dijo también:

—¿Qué haces aquí, Nial?

Conan le respondió con fingida despreocupación.

—Los sacerdotes me han dicho que arregle una juntura del cofre de las ofrendas que se ha soltado.

—¿A estas horas de la noche? ¿Qué sacerdote? —La muchacha hablaba con voz aguda de puro nerviosismo. Conan se encogió de hombros.

—No recuerdo.

—No te creo.

—¿Y por qué no, si puede saberse? —le dijo Conan con aires de inocencia ofendida.

—Porque órdenes como esa sólo puede transmitirlas la Maestra de las Propiedades. Has venido a robar. Eso es sacrilegio.

—Vamos, Rudabeh, querida, ya sabes que los sacerdotes son unos farsantes y unos lascivos…

—Pero Zath sigue siendo un dios, a pesar de los defectos de sus… ¡pero, Nial, querido, no importa por qué hayas venido, tienes que marcharte ahora mismo! Los sacerdotes de Arenjun acaban de llegar. Se habían demorado a causa de una tormenta que inundó los caminos, y no pudieron llegar a tiempo al Festival de Todos los Dioses. Ahora, el Sumo Sacerdote Feridún les está enseñando el templo por fuera; pronto vendrán aquí. El nuevo Vicario, Mirzes, me ordenó que me adelantara a llenar el depósito de la llama eterna, porque últimamente no hemos tenido tiempo para hacerlo.

Como para confirmar sus palabras, el rumor de varios hombres andando y charlando al otro lado de las altas puertas frontales de la nave central llegó a oídos de Conan.

—¡Vete ya —gritó Rudabeh—, o si no, estarás perdido!

—Ya me voy —dijo Conan.

En vez de dirigirse a la puerta, recogió sus herramientas y su antorcha y corrió hacia el rincón izquierdo más alejado del recinto sacro, donde la cañería del combustible sobresalía de la pared. Debajo de esta había una trampilla grande.

Cuando Conan se agachó y apartó la tranca que mantenía cerrada la trampilla, Rudabeh gritó de consternación.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy abajo —gruñó Conan mientras tiraba de la manija y levantaba la trampilla. Un olor abrumador de carroña ascendió por la negra y cuadrada abertura.

—¡No vayas allí! —le gritó Rudabeh con angustia, alzando la voz con terror—. ¡No sabes lo que… oh, dioses, ya vienen los sacerdotes!

Los pomos de las grandes puertas frontales de bronce rechinaron, y las jambas se abrieron entre chirridos; un grupo de voces llegó a la estancia desde el vestíbulo. Haciendo ruido al correr, y al cerrar la puerta lateral, Rudabeh salió de la nave; Conan, mirando en derredor como un animal acorralado, bajó a saltos por la escalera que llevaba a la hedionda penumbra que reinaba bajo el templo. Cerró la trampilla una vez estuvo dentro, y se quedó tan sólo con la parpadeante luz anaranjada de la pequeña antorcha.

Las grandes puertas se abrieron quejumbrosamente, y los ecos de las conversaciones resonaron bajo el suelo de mármol y las

delgadas maderas de la trampilla. Conan reconoció la profunda y sonora voz del Sumo Sacerdote Feridún, pero no alcanzó a entender ninguna de sus palabras, porque los demás también hablaban. Al menos, el murmullo de la conversación, suave y untuoso, no delataba nerviosismo, como sin duda habría sucedido si alguno de los que acababan de entrar hubiera visto a Rudabeh o al mismo Conan.

Cautamente, el cimmerio bajó a tientas por la escalera de piedra, y escrutó en la penumbra en la medida en que se lo permitía la débil lumbre de la antorcha. Acabó por llegar a un espacioso pasadizo, tan alto que Conan no llegaba al techo con la cabeza, y más ancho que su cuerpo con ambos brazos extendidos. Ningún sonido, salvo la crepitante llama de su antorcha, tan débil que apenas si era audible para su fino oído, se imponía al sepulcral silencio. El olor a carroña le torturaba la nariz.

Mientras andaba por el pasaje tallado en la roca, Conan tropezó con un objeto grande, irregular en su forma. Resultó ser un cráneo de bovino, o, más bien, un cráneo en el que quedaban jirones de carne adheridos. Conan apartó de una patada aquella repulsiva carroña y siguió adelante, y pisó más huesos de vaca: patas, costillas y otras partes. Aunque no desconocía el hedor de cadáver, el suave chapoteo de un montón de entrañas putrefactas sobre el que fue a poner el pie le produjo tanta aversión que por unos instantes estuvo a punto de vomitar, y tuvo que combatir un acceso de pánico que le impulsaba a huir gritando.

Al llegar a un cruce de dos corredores, Conan giró a la izquierda y dio algunos pasos por el nuevo pasadizo, que se elevaba en pronunciada pendiente. Supuso que al final del pasaje se hallaría la puerta del ala occidental, por donde había visto que metían el ganado.

Volvió a la intersección y siguió adelante por el mismo pasadizo por el que había llegado hasta allí. Se fijó en que el corredor descendía. Dio algunos pasos adelante, apartando los resecos miembros de animal con los mocasines. Al ver que el pasadizo empezaba a desviarse en una y otra dirección, y aparecían bifurcaciones, Conan temió perderse en el laberinto y regresó al primer cruce.

Una vez allí, probó el pasaje que le quedaba, el que se

encontraba a su derecha cuando había encontrado por primera vez la intersección. Recorrió un trecho recto, tan largo como un tiro de arco, y luego el corredor empezó a desviarse y aparecieron pasajes laterales como en el otro pasadizo que descendía.

Conan empezó a preocuparse por su antorcha. No le iba a durar mucho, y perderse en aquella catacumba, en completa oscuridad, podía resultarle fatal. Le quedaba una antorcha de reserva que llevaba sujeta bajo el cinturón de su atuendo de herrero; mas, si permitía que la primera se apagara antes de encender con su llama la segunda, podía pasarse un endiablado rato tratando de hacer fuego con eslabón y pedernal. Por otra parte, si encendía la segunda antorcha antes de que le fuera necesaria, también se extinguiría antes su llama.

Conan siguió adelante con precaución, cuidando de iluminar con el débil fulgor ambarino de la antorcha las aberturas a ambos lados del pasadizo, y de escrutar en la penumbra en la medida en que se lo permitiera la débil lumbre. Seguía encontrando huesos y otras partes de animales. Juntamente con el hedor de la carroña, otro olor asaltó su fino olfato bárbaro… el olor de una criatura viva, pero completamente extraña. No emanaba de ninguna bestia ni reptil que conociera; tampoco de ninguna planta o alimento que le resultara familiar. Aquel olor era único… acre, mas no completamente desagradable.

Mientras avanzaba furtivamente, aguzando ojos y oídos, creyó oír un chasquido débil y reiterado, como el de un objeto de sustancia córnea que golpeara una roca. No podía estar seguro de haber oído bien; comprendió que el horror de aquella galería le había desorientado los sentidos, y que tal vez estuviera empezando a imaginar cosas.

Por un loco instante, se preguntó si la estatua de Zath que se hallaba en la nave central habría cobrado vida de verdad y le habría seguido a los pasadizos. La razón le aseguraba que el dios araña de ónice tenía que hallarse todavía agazapado sobre su pedestal en el templo. Si hubiera vuelto a la vida mientras el Sumo Sacerdote mostraba el templo a los clérigos que le visitaban, Conan habría oído algún eco susurrante de confusas voces en el recinto sagrado.

Sin embargo, algo —que además tenía dimensiones gigantescas — había devorado a los animales cuyos restos estaban esparcidos

por las galerías. De pronto, Conan, que pocas cosas temía en la tierra que pisaba, o en los mares, o en el aire que cubría la tierra, tembló ante las implicaciones de lo que había pensado.

Manteniendo en alto su antorcha, dio algunos pasos por una de las galerías laterales, pero nada vio, salvo horribles y blanquecinos huesos de oveja o de cabra. Anduvo hasta el corredor principal y probó por otra bifurcación con el mismo resultado; pues el nuevo pasadizo tampoco tenía salida.

Ahora estaba seguro de que los chasquidos no habían nacido de su imaginación febril. La rítmica crepitación parecía acercarse a él, aunque no habría sabido decir desde dónde. Con el horror de que le acorralaran al extremo del corto pasadizo, volvió apresuradamente al corredor principal.

Por un instante, Conan se quedó inmóvil como una estatua; alzó la antorcha y volvió la cabeza hacia uno y otro lado en un esfuerzo por localizar el origen de aquel sonido. Había llegado a convencerse de que procedía de aquella misma galería, y que se oía cada vez con mayor fuerza.

Se le puso la carne de gallina de puro terror, pues los chasquidos se iban oyendo con mayor fuerza, aunque no alcanzaba a distinguir su origen. Entonces, sin dejarse ver a la lumbre de la antorcha, algo se movió. Al acercarse aquello, Conan vio, reflejadas a la luz de su antorcha, cuatro manchas brillantes en la galería, a la altura de su pecho.

A medida que las luces no trémulas se hicieron más grandes, parecieron extenderse y convertirse en cuatro grandes joyas, dignas de decorar la coraza de un rey guerrero. Pero no se trataba de ornamentos. Detrás de las cuatro luces acechaba una figura grande y borrosa. Incapaz de distinguir los detalles, Conan sacó el martillo de herrero de su cinturón. Como necesitaba andar en silencio, había dejado la espada en su casa.

Las luces parecieron detenerse al borde del círculo de luz que arrojaba su antorcha en derredor. El chasquido se interrumpió por un momento, y luego prosiguió; las luces se acercaron y, tras ellas, Conan distinguió la imagen de pesadilla de una gigantesca figura peluda que andaba sobre muchas patas.

Conan se volvió y huyó, y en el ímpetu de su carrera la lumbre de su antorcha se inflamó hasta convertirse en una brillante llama

dorada. Tras él corría el implacable chasquido de unas garras colosales que se movían sobre la piedra, cada vez más cerca.

Antes de haberse dado cuenta siquiera, Conan pasó por la intersección principal de las galerías, aquella que había encontrado primero después de entrar en el laberinto subterráneo. Comprendió demasiado tarde que el mejor modo de escapar habría sido volver a la trampilla, salir y, si los sacerdotes todavía se hallaban en la nave, hacerles frente abiertamente. Otra buena alternativa habría sido girar a la derecha y entrar por la galería que descendía, con la esperanza de que terminara en una salida exterior a los muros de Yezud.

Quiso volverse. Pero ya no tuvo tiempo; los cuatro ojos fulgurantes, reflejando la azafranada luz de su antorcha, ya habían alcanzado la intersección principal y le bloqueaban el camino. Estaba atrapado en aquella galería.

Conan huyó entonces por la galería ascendente. Al final de esta encontró una gran puerta, y sintió la certeza de que aquella era la puerta por la que debían de haber entrado las ovejas. Temblando de aprensión, dejó el martillo, buscó la Llave de Gazrik y la aplicó al ojo de la cerradura. Cuando pronunció el conjuro, oyó que la cerradura rechinaba y tiró del picaporte. Pero la puerta no se abría. Entonces, Conan recordó que aquella puerta también estaba cerrada por fuera con una pesada tranca.

Recordando cómo había empleado la flechita de plata al entrar en el templo, Conan apuntó con ella a la altura donde imaginaba que debía de estar la tranca, y repitió: «¡Kapinin achilir genishi!» con más fuerza. Como nada ocurrió, gritó la frase con toda la fuerza de sus grandes pulmones.

En vez de oír algún movimiento de la tranca, Conan notó en los dedos que la flechita de plata se estaba calentando. Cuando estuvo demasiado caliente para sostenerla, la soltó. Y entonces la flechita brilló brevemente y se puso de color rojo mate; al llegar al suelo, se ablandó y se fundió, y sólo quedó de ella una masa amorfa que en breves instantes se enfrió y se solidificó. Entonces, Conan recordó las palabras de Parvez: que la Llave de Gazrik podía levantar una tranca si esta no pesaba mucho. Evidentemente, había forzado demasiado los poderes del talismán y había causado su destrucción. Pensó que se lo merecía por haber empleado magia.

Conan empuñó el martillo y dio un furioso golpe en la puerta. Esta crujió, pero no se movió de su sitio. El cimmerio examinó los efectos del sólido hierro; no había causado daños en la puerta. Podía tardar una hora en abrir un boquete en aquella madera tan dura con el martillo y el formón.

Habría golpeado de nuevo, frenético de desesperación, pero los chasquidos que se le acercaban por detrás le hicieron volverse. Y entonces, vio que la colosal araña —un duplicado viviente de la estatua del templo, salvo que aquella criatura estaba cubierta de hirsuto pelambre, tan largo como los dedos de un hombre— se le venía encima. Los reflejos de la lumbre fulguraron en los cuatro grandes ojos redondos que tenía la criatura en la parte anterior del cuerpo.

Debajo de aquellos ojos, un par de apéndices articulados y peludos se extendían hacia delante como dos brazos. Cuando aquellos órganos buscaron a Conan, este golpeó uno con el martillo, y sintió que su integumento córneo cedía con un chasquido. La araña dio un paso atrás, y escondió el miembro herido dentro de su peludo cuerpo.

Entonces, el monstruo volvió a avanzar. Apoyándose sobre las seis patas traseras, extendió las dos delanteras, junto con el palpo que no tenía herido, para aferrar a su presa. Conan se sintió como la mosca que, atrapada en una tela de araña, aguarda su destino.

Debajo de los palpos vio las mandíbulas de la araña, un par de órganos curvos, brillantes, afilados, parecidos a los cuernos de un toro, que sobresalían y luego se curvaban hacia dentro de tal manera que sus puntas casi se tocaban. También se abrieron para tratar de herir el cuerpo de Conan desde lados opuestos; un veneno verdoso rezumaba de sus huecas puntas. Debajo de las mandíbulas, las partes articuladas de la boca se movían hambrientas.

Ambos se miraron durante unos segundos: Conan, con el martillo en alto para darle un último golpe antes de morir; la araña, con sus monstruosos y peludos apéndices abiertos para apresar al hombre en un último abrazo.

Detrás de Zath, Conan oyó la voz de Rudabeh, que chillaba agudamente de terror.

—¡Nial! ¡Querido! ¡He…!

Al oír su angustiado grito, la araña se apartó de Conan. Se

volvió, y uno de sus ojos laterales reflejó brevemente la luz de la antorcha. Su descomunal abdomen se restregó contra la pared de la angosta galería, y Zath se acercó a la voz. Conan oyó un terrible chillido; luego, no oyó nada más, salvo el chasquido cada vez más débil de las pinzas de sustancia córnea sobre la roca. En aquel instante, la antorcha de Conan se apagó.

Aullando de furia, el cimmerio persiguió a la araña en completa oscuridad, pero se equivocó de dirección y se estrelló contra la pared de la galería. Poniéndose en pie, tembloroso, cogió la segunda antorcha que llevaba en el cinturón. Profería maldiciones como un loco. El trapo que había ardido en la primera antorcha aún brillaba con apagado color rojo, como un grumo de lava expulsado de un volcán.

Conan juntó ambos extremos y sopló frenéticamente hasta que la segunda antorcha se encendió. Después de soltar la tea cuya luz ya se había extinguido, Conan corrió galería abajo en persecución de Zath.

Se detuvo en la intersección principal, pues su antorcha arrojó luz sobre algo que estaba tendido sobre el suelo, algo que no era un pútrido despojo de vaca u oveja. Temeroso de lo que sabía que iba a encontrar, se acercó al cadáver de Rudabeh. Parecía que durmiera; pero, cuando se arrodilló a su lado y le aplicó el oído al corazón, no oyó ningún latido.

Apoyó la antorcha en la pared de la galería para tener las dos manos libres y poder examinarla mejor. Vestía el holgado y vaporoso atuendo con el que las bailarinas aparecían cuando cantaban en coro. Le arrancó aquel tejido de apagado color y observó su bien formado torso. En uno de los hombros, y a la mitad de la espalda, descubrió un par de marcas de punciones, ambas rodeadas por un círculo de piel ennegrecida donde el veneno inyectado por la araña había producido su efecto.

Llamó:

—¡Rudabeh! ¡Amor mío! ¡Habla!

Le frotó rudamente las manos, y le oprimió las costillas con la esperanza de hacerla respirar de nuevo. Nada tuvo efecto.

Cálidas lágrimas surcaron el curtido rostro de Conan… las primeras que vertía en muchos años. Airado, se las secó, pero siguieron manando de sus ojos. Todos aquellos que conocían en

Conan a un hombre de hierro, duro, implacable y egoísta, habrían quedado estupefactos al verle llorar en aquel matadero, indiferente a su propia seguridad.

Pensó que la muchacha había osado entrar en aquellas galerías repugnantes, después que los sacerdotes se hubieran marchado, para advertirle del peligro. Que otro muriera para salvarle la vida era una experiencia singular para Conan, y el sacrificio de la muchacha le llenaba de piedad, vergüenza y asco de sí mismo.

Entonces, la rabia le inundó las venas como hierro fundido y, recogiendo antorcha y martillo, miró fieramente en derredor. Pensó que la araña debía de haber abandonado su carga al verse alertada por la luz de la antorcha de Conan, y se había retirado a la galería donde el cimmerio se había encontrado por primera vez con aquella bestia.

Con un grito de incontrolada furia, Conan corrió por la galería donde había encontrado a Zath, y su antorcha centelleó en el fétido aire. Debió de recorrer un cuarto de legua gritando: «¡Zath! ¡Ven aquí y lucha!». Pero no halló ni rastro del gigantesco arácnido.

Respirando pesadamente, abandonó la persecución. Si Zath se hubiera hallado en aquel pasadizo, ya le habría dado alcance en su torpe huida. Tal vez se ocultara en alguna de las muchas bifurcaciones, o en una sala lateral, pero para explorarlas todas habría necesitado días.

Volvió sobre sus pasos hasta llegar de nuevo a la intersección principal. Fría ya, Rudabeh estaba tendida en el mismo lugar donde la había dejado. No quería abandonarla en aquel infierno pestilente para que Zath la devorara, porque un temor supersticioso de los bárbaros le impedía dejar sin enterrar a uno de sus parientes y allegados.

Había aprendido cuando era muchacho que, si lo hacía, el fantasma del muerto le acosaría para vengarse de su negligencia. Como tenía pocos amigos y ningún pariente en las tierras civilizadas, no se había sentido obligado a dar sepultura a ninguno de los cadáveres que había ido viendo durante los últimos años. Además, Rudabeh era el único ser humano a quien había amado y que le había amado desde que se marchara de su sombría tierra, y no pensaba abandonarla. La sacaría de alguna manera de aquellas galerías y se la llevaría a un lugar solitario, donde le cavaría una

fosa, con las manos desnudas si era necesario, y le daría sepultura. Apilaría rocas sobre la tumba para protegerla de los lobos y las hienas, dejaría una única flor silvestre sobre el túmulo, y se iría.

Recogió el cadáver de la muchacha, lo cargó sobre uno de sus descomunales hombros y entró por la galería que conducía hasta la trampilla. Pensó que, sin duda alguna, los sacerdotes se habrían retirado ya en aquella hora tardía, y la nave central estaría desierta. Al llegar al final del corredor, dejó el cadáver en el suelo, subió por la escalera y pegó el oído a la trampilla.

Para su sorpresa, le llegó un rumor de voces. Alcanzó a distinguir los graves acentos del Sumo Sacerdote, los más agudos de Mirzes y una tercera voz que no reconoció. Oyó el rugido leonino de Feridún.

—¡Zath maldiga tus ojos, Darius! Nos prometiste que haría buen tiempo durante los tres días del festival; ¡pero has permitido que nuestros invitados se marcharan con lluvia! ¿Dónde está esa habilidad en el dominio de los espíritus del aire de la que te jactabas? Si no sabes hacer nada mejor, tendremos que darle a otro el cargo de mago del tiempo.

Darius murmuró sus disculpas, pero entonces habló Mirzes, el nuevo Vicario.

—Yo sospecho, Santidad, que Darius lo ha hecho aposta, para dañar vuestra reputación y favorecer así sus propios fines políticos.

—¡Nada de eso! —protestó Darius—. Yo nunca…

Entonces, los tres se pusieron a hablar a la vez, de tal manera que Conan ya no distinguía sus palabras.

El cimmerio pensó en irrumpir en la nave central, dejar el cuerpo de Rudabeh ante el cofre de las ofrendas, extraer los ojos de Zath y huir. Le habría costado llevar a cabo todo aquello, porque había gente en la nave. Se le ocurrió una absurda idea: levantar la trampilla y encararse con los sacerdotes llevando el cadáver. Pero Conan no tenía espada, y los sacerdotes sólo tenían que gritar para que acudieran los guardias brithunios.

Abandonó en seguida aquella idea suicida. Si los sacerdotes descubrían —y sin duda lo descubrirían— que Rudabeh había actuado en connivencia con Conan, no le darían un digno sepelio. Tampoco podría apoderarse de los ojos con una sola mano si tenía que luchar con la otra contra los mercenarios de Catigern. No podía

hacer nada, salvo encargarse él mismo del entierro y volver más tarde por las joyas, cuando la nave central estuviese vacía. Suspirando profundamente, volvió a bajar, recogió el cadáver y se puso en marcha. Al llegar a la encrucijada principal, siguió adelante por el mismo camino y descendió por el pasaje central. Cuando la galería se bifurcaba, seguía el corredor que en cada caso le pareciese que era el principal.

12. Los hijos de Zath

De pronto, la galería desembocó en una gran caverna, donde las estalactitas colgaban sobre las estalagmitas que ascendían desde el suelo para salirles al encuentro. Delante mismo de Conan, media docena de escalones de roca descendían hasta el fondo de la caverna, de tal manera que el cimmerio pudo ver claramente lo que había hasta la pared opuesta. La débil luz de la antorcha no llegaba tan lejos con su fulgor ambarino; pero, en el centro de la lejana negrura, había una salida al mundo exterior. Por aquella abertura, Conan vio un retazo de cielo nocturno en el que centelleaba una estrella. Evidentemente, las nubes de lluvia del día anterior habían desaparecido ya. En aquella entrada de la caverna, debajo mismo de la abertura, brillaba también una débil luminiscencia. La aguda visión de Conan vio que se trataba de un estanque circular que reflejaba la luz exterior y bloqueaba la entrada. El extraño olor que había sentido antes de su encuentro con Zath le asaltó el olfato con nauseabunda intensidad.

Por todo el suelo de la caverna, la parpadeante luz anaranjada revelaba bultos grandes y pesados que estaban esparcidos por todas partes entre las estalagmitas, como hongos gigantescos moteados de color gris y marrón. Cuando Conan empezó a bajar por los escalones con el propósito de abrirse camino entre aquellos obstáculos hasta la salida, algo que se movía le llamó la atención. Al mirar más de cerca, vio que uno de los supuestos hongos estaba cobrando vida. Había desplegado unas patas articuladas, su cuerpo se había erguido, y miraba a Conan con cuatro ojos relucientes.

Aquello era un duplicado en miniatura de Zath, aunque sus dimensiones eran sólo la mitad de las del dios araña. Con todo, abultaba más que el gigantesco arácnido con el que Conan había luchado hacía algunos años en la Torre del Elefante. Un monstruo

como aquel podría matar a Conan fácilmente, y debía de haber centenares en la caverna.

Esta primera araña que había despertado se acercó a Conan, mientras por todos lados otras arañas gigantescas cobraban vida y se incorporaban sobre sus patas. Sólo unos instantes después de que el cimmerio entrara en la caverna, los monstruosos arácnidos ya se le acercaban. El chasquido que hacían sus pinzas sobre la roca devenía en incesante repiqueteo. Mirara Conan adonde mirara, cuartetos de ojos refulgentes fulguraban a la luz de su antorcha.

El cimmerio se volvió y huyó corriendo galería arriba; su oído le decía que toda la carnada se estaba agolpando dentro del pasaje y que le estaba persiguiendo como un torrente con patas articuladas. No se detuvo. Al principio, a juzgar por los sonidos cada vez más débiles que oía a sus espaldas, logró dejar atrás a sus perseguidores. Pero, como acarreaba una pesada carga, tuvo que correr cada vez más despacio, al mismo tiempo que su corazón se fatigaba y tenía que respirar entre jadeos. Entonces, el castañeteo de centenares de pinzas de sustancia córnea sobre la roca se le fue acercando. Conan comprendió que aquellos debían de ser los hijos de Zath de los que había hablado el Sumo Sacerdote.

Siguió corriendo entre las irregulares paredes de la galería. Conan estaba seguro de que, sin el cadáver, habría podido dejar atrás a las arañas; pero, al acarrearlo, inevitablemente se veía frenado. Mas no pensaba abandonarlo. Se sentía como en una pesadilla, en la que corría y corría en la oscuridad mientras una invisible amenaza le pisaba los talones. Tuvo miedo de haberse metido por una bifurcación, y de perderse para siempre en aquel laberinto.

Cuando ya casi había caído en la desesperación, salió al cruce principal. No se detuvo, y al cabo de poco llegó a las escaleras que conducían a la trampilla.

Ya en el extremo de la galería, Conan subió por la escalera y escuchó. No oyó nada arriba; nadie hablaba, ni caminaba, ni oyó ningún otro signo de actividad humana. Quizá los malditos sacerdotes se hubieran ido a acostar por fin. En aquellas horas que seguían a la medianoche y precedían al alba, toda la gente del templo tenía que irse a dormir, salvo los guardias brithunios que hacían la ronda nocturna. Conan no sabía cómo podría escapar del

templo con el cadáver de Rudabeh sin ser visto; pero como el castañeteo de las pinzas de los hijos de Zath se acercaba cada vez más, no tenía tiempo para elaborar algún astuto plan.

Empujó la trampilla con el mismo puño con que sostenía la antorcha. La tapa de madera no se movió. Con una callada maldición, Conan se preguntó si alguien, notando que la tranca no se encontraba en su sitio, la habría vuelto a poner.

Como se acercaba cada vez más el repiqueteo de las pinzas de los hijos de Zath, Conan no podía permitir que una simple tranca le detuviera. Si un buen empujón no la hacía saltar, destrozaría la trampilla con el martillo, aunque habría preferido no tener que hacer ruido.

Volvió a bajar a la galería y dejó en el suelo el cadáver de Rudabeh. Entonces, volvió a apoyar en la pared su antorcha. Volvió a subir por la escalera, puso ambas manos debajo de la trampilla y dio un fuerte empujón.

La trampilla se resistía, como si alguien le hubiera puesto un gran peso encima. Entonces, de pronto, la resistencia cesó; se oyó un grito agudo y la caída de un cuerpo, y la trampilla se abrió.

Cuando Conan salió al templo en penumbra, un chorro de combustible cayó sobre él y le empapó el atuendo. A la trémula luz de la llama eterna que ardía en el cuenco, vio a un sacerdote, a quien reconoció como Mirzes, el Vicario, tendido en el suelo; empezaba a levantarse. Había a su lado una gran ánfora, y un charco de combustible se estaba extendiendo por el suelo de mármol.

Rápido como una centella, Conan lo comprendió. Dado que Rudabeh, en vez de presentarse ante el Vicario, había desaparecido, Mirzes, sin duda alguna, la habría buscado. Como no la encontraba, había decidido encargarse él mismo de volver a llenar el depósito. De pie encima de la trampilla, había estado llenando el ánfora con el chorro de bitumen, y la inesperada fuerza de Conan le había hecho caer al suelo.

Mirzes se puso en pie torpemente, al tiempo que decía:

—¿Qué… quién…? ¡Nial! Por los siete infiernos, ¿qué…? —Pero sus pies resbalaron sobre el suelo untado, y volvió a caer.

Conan salió de un salto y se volvió hacia Mirzes, pero sus pies también patinaron. Se tambaleó, mas logró mantenerse en pie.

—¡Socorro! —graznó Mirzes—. ¡Guardias!

Resbalando y dando traspiés, Conan logró llegar hasta Mirzes al mismo tiempo que el sacerdote se ponía en pie. Cuando Mirzes abría la boca para volver a dar la alarma, Conan le arreó un puñetazo en la barbilla al Vicario, y dejó inconsciente sobre el mosaico del suelo al delgado sacerdote.

De pie ante su víctima, Conan pensó en rematarlo abriéndole el cráneo con el martillo. Pero, ya con el martillo en la mano, abandonó su sanguinaria resolución. La acción de matar a un hombre dormido, o indefenso por alguna otra causa, atentaba contra su sentido del honor. Decidió romper en jirones el turbante de Mirzes y emplearlo para atar y amordazar al sacerdote.

Pero más le urgía recobrar su antorcha y el cadáver de Rudabeh, y atrancar la trampilla antes de que los hijos de Zath salieran a la nave central. Conan fue hacia el nicho, pues se había dado cuenta de que el grifo seguía abierto y de que un caudaloso torrente de bitumen seguía derramándose en la galería. Tenía que cerrar rápidamente la válvula; una vez detuviera el flujo y atrancara bien la trampilla, podría prestarle atención a Mirzes.

Conan pensó que trataría de extraer luego los ojos del ídolo araña. Para escapar del templo, golpearía la puerta frontal pidiendo ayuda. Cuando los brithunios abrieran, Conan gritaría: «¡Asesinato! ¡Robo! ¡Ayudad al Vicario!». Entonces los guardias entrarían, y él podría salir.

Conan sólo había dado dos pasos hacia la trampilla cuando, con violento y atronador sonido, surgió una masa de llamas y humo de la abertura cuadrangular. El combustible había llegado hasta la antorcha que Conan había dejado en la galería. El cimmerio hizo un esfuerzo desesperado por llegar hasta la espita, pero las llamas le obligaron a retroceder con el pelo y las cejas chamuscados, y tuvo que apagar frenéticamente con las manos una llama que se había encendido en su atuendo también empapado en combustible.

Cuando por fin comprendió que no podría hacer nada por el cadáver de Rudabeh, corrió hacia la estatua y cogió las herramientas para extraer por lo menos uno de sus ojos antes de que el incendio le obligara a huir. La humareda seguía extendiéndose, cada vez más densa, hasta que Conan empezó a toser y ya no pudo ver con claridad suficiente para trabajar en las

joyas de la estatua.

Tozudamente, persistió en tratar de colocar la broca en el lugar adecuado. Dio un golpe con el martillo, y vio con alegría que la punta de la broca se hundía en el plomo. Pero el humo le produjo tanta tos que tuvo que agarrarse a la pata de la estatua que tenía más cerca, entre jadeos, a punto de vomitar.

Entonces, brilló una fuerte luz en la nave central y, entre el ondulante humo, Conan vio que se había incendiado un tapiz. Oyó gritar fuera de la nave central: «¡Fuego! ¡Fuego!».

El humo se aclaró por unos momentos; y Conan, al mirar hacia el nicho envuelto en llamas que se encontraba frente a la trampilla, vio algo que le causó estremecimientos. Una gigantesca araña de color gris y marrón estaba tratando de salir a la nave central. Su enorme cuerpo se hacía rasguños con los bordes de la trampilla, pues estaba tratando de sacar fuera toda su masa peluda, como un demonio que hubiera surgido de un infierno llameante. Finalmente, Zath escapó de su galería-prisión.

Salió fuera, giró sobre sus patas articuladas y descubrió a Conan. Cuando el veloz horror se abalanzó sobre su presa, el cimmerio corrió hacia la puerta frontal y abandonó sus herramientas en el camino. Agarró las manijas de bronce de las puertas y trató de empujar las jambas, pero seguían cerradas. Con una mirada a sus espaldas, comprobó que la araña iba a arrojarse sobre él.

Entonces, se oyó una llave en la cerradura y las puertas se abrieron. Conan se encontró frente a frente con el asombrado rostro de dos brithunios, uno de los cuales llevaba una gran llave. Otra gente se apiñaba detrás de los mercenarios. El humo se había filtrado por las grietas que había en torno a las puertas, y había alertado a los moradores del templo.

Conan se tambaleó, tosió, salió de la nave y se encontró con una escena de loca confusión. Sacerdotes de Zath, sacerdotes visitantes de Arenjun, acólitos, bailarinas, mercenarios y esclavos corrían en todas direcciones. Los sacerdotes gritaban órdenes.

Entre el humo, vio a Zath en la puerta. Al verlo, todos los que se hallaban en el vestíbulo corrieron frenéticamente hacia la salida más cercana. No se podía salir por la pequeña puerta que se abría en una de las jambas del portalón exterior, porque varios fugitivos se habían agolpado allí tratando de huir.

Tras abrirse paso violentamente hasta la salida, Conan aferró las manijas de la puerta principal, les dio la vuelta y abrió las chirriantes jambas. Los que se habían apiñado tras la puerta salieron desordenadamente; caían, tropezaban unos con otros y volvían a ponerse en pie para seguir corriendo. Conan entrevió a un par de acólitos que sacaban a empujones del templo al antiguo Vicario; Harpagus miraba en derredor con el asombro de un niño.

Conan bajó de dos en dos los escalones de la escalinata frontal. A mitad de la escalinata, se volvió. Por la gran puerta abierta salía un humo denso. En lo alto, lucía la noche clara y cuajada de estrellas, y media luna brillaba en el oriente del firmamento.

Había dos figuras en la gran puerta frontal. Una era la araña gigante; casi todo su largo pelambre estaba chamuscado, pero no parecía haber sufrido ninguna otra herida. La otra, que casi habría podido tocar al monstruo con la mano, era la figura esbelta y de nariz aguileña del Sumo Sacerdote Feridún, ataviado con su túnica blanca y su turbante negro. El sacerdote estaba haciendo ademanes mágicos con ambas manos, y cantando una especie de galimatías.

Alzando las patas delanteras como para capturar a Feridún, Zath se detuvo. El sacerdote prosiguió con su encantamiento, alzó la voz hasta gritar y gesticuló con frenesí, de tal manera que su larga barba blanca temblaba en la humareda y el aire nocturno. Las dos grotescas figuras se recortaban contra el horripilante fulgor del incendio que ardía a sus espaldas. La araña dio un pasó hacia atrás, hacia la nave central; dio otro paso. El legendario dominio sobre los animales atribuido al sacerdote podía obligar incluso a aquel monstruo a inmolarse en el incendio.

Entonces, los pulmones se le llenaron de humo a Feridún y el sacerdote tuvo un acceso de tos. Al instante, la araña, no constreñida ya por la voz de su amo, avanzó precipitadamente. Sus grandes miembros articulados abrazaron al sacerdote, que chilló una única vez.

Una corpulenta figura, vestida con una cota de malla, subió corriendo por la escalinata y pasó cerca de Conan espada en mano. Por su suelto cabello pelirrojo, Conan reconoció al capitán Catigern. Al llegar al final de la escalinata, el brithunio hirió con la espada el cuerpo de la araña y le hizo un corte por el que manó un líquido oscuro. Zath, que tras salir por la gran puerta había llegado al

escalón más alto, soltó el cuerpo del sacerdote y se volvió contra su nuevo adversario. Cuando la criatura extendió sus apéndices, Catigern retrocedió asestando mandobles con la espada a diestro y siniestro. La araña le siguió, sin acercarse lo bastante para que la espada la alcanzara.

—¡Aguanta, Catigern! —le gritó Conan a pesar de su tos.

Vio, tirada sobre la escalinata, una de las alabardas de los guardias que habían estado vigilando la puerta principal. El brithunio la había abandonado al huir.

Subiendo por los escalones, Conan recogió el arma. Tras acercarse a Zath por un costado, blandió la alabarda en alto y, con toda la fuerza que tenía, la clavó en la parte anterior del cuerpo del monstruo.

El hacha de la alabarda se hundió profundamente en la correosa carne de la araña, y tanta fue la fuerza de su golpe que el astil se partió por la mitad. Pesadamente, Zath se volvió hacia Conan. Arremetiendo desde el otro lado, Catigern clavó profundamente la espada sobre la base de la segunda pata y arrancó la extremidad.

Zath empezó a volverse hacia el brithunio, pero cada vez se movía con mayor lentitud. Cuando por fin se hubo dado la vuelta, sus patas cedieron, y su cuerpo se desplomó sobre la escalinata de mármol; esta quedó sucia del oscuro líquido que manaba de sus heridas. Sus patas, estiradas, siguieron retorciéndose, pero poco a poco fue quedándose sin movimiento. Zath había muerto.

Catigern agarró a Conan por los hombros en un fiero abrazo.

—¡Gracias a los dioses que estabas aquí! ¡Si alguna vez quieres ocupar un puesto de teniente en mi compañía, sólo tienes que pedirlo!

—Lo pensaré —dijo Conan, tosiendo. Otro brithunio se acercó.

—Capitán, el sacerdote Dinak quiere que ayudemos a extinguir el fuego.

Viendo que la araña había muerto, los yezuditas empezaron a congregarse de nuevo en la plaza del templo. Los ciudadanos se precipitaron fuera de sus casas, algunos en camisón de dormir, y otros con prendas de trabajo que se habían puesto apresuradamente. Los sacerdotes iban de un lado para otro organizando la extinción del incendio. Seguía saliendo humo denso y untuoso por las puertas del templo.

—¡Echa una mano! —gritó Catigern al oído de Conan, al tiempo que le ponía un cubo en las manos—. ¡Únete a aquella hilera!

Conan estuvo a punto de volverse, ir a la herrería, recoger todas sus cosas y sacudirse el polvo de Yezud de las plantas de los pies. El templo de Zath era un santuario maligno, todavía más repugnante que el de la mayoría de cultos zamorios. No le interesaba su magnificencia arquitectónica, y si algún otro sacerdote moría en el incendio no le pesaría. Si no podía enterrar a Rudabeh, lo mejor sería que el templo ardiera en su pira fúnebre. Ahora que ella había muerto, no quedaba nadie en Yezud cuyo destino importara a Conan.

Bien, esto no era del todo cierto. Se había hecho amigo del capitán Catigern, y se habían salvado la vida el uno al otro. Si el brithunio hacía frente al incendio, Conan tendría que echarle una mano.

El cielo había empezado a palidecer con la cercanía de la aurora; pero entonces, súbitamente, se nubló. Una nube pequeña, pero muy negra, estaba tomando forma sobre Yezud. El fulgor de un rayo empequeñeció al de las llamas que lamían la base de la cúpula central, y el estrépito de un trueno ahogó el fragor del incendio. Empezó a llover, pero la lluvia no se parecía a ninguna otra que Conan hubiera visto. Era como meterse bajo una cascada.

Conan ocupó su lugar en la hilera por donde iban pasando los cubos y, mientras la lluvia le empapaba la cara, los pasó en una y otra dirección, a ritmo constante. Los cubos se llenaban en la fuente de la plaza del templo, y los yezuditas los iban pasando alrededor del santuario y hasta el interior de este.

Con rugiente estrépito, la cúpula central se desmoronó y dejó de existir. Una nube de centellas, humo y polvo se elevó en su lugar; la lluvia se precipitó allí mismo. Poco a poco, entre los voluntarios y la lluvia, fueron apagando el fuego; este no se había extendido más allá de la nave central.

Los yezuditas seguían combatiendo las llamas, y el sol, aunque todavía no fuera visible, estaba tiñendo de color carmesí las escasas nubes del alba; entonces, Conan se escabulló del templo. Poco más tarde, algo más limpio y con las botas calzadas, se presentó en los establos con una silla cargada sobre el hombro y una manta enrollada encima del otro. El mozo de servicio, un flemático joven

llamado Yazdan, levantó la mirada cuando el cimmerio irrumpió en las cuadras. Preguntó:

—¿Qué queréis, mi señor Nial? ¡Creía que habíais perdido vuestro corcel!

—Uno de ellos —gruñó Conan, y recorrió toda la serie de casillas del establo hasta llegar a la de Egil—. Este también es mío.

—¿Eh? Pero ¿qué decís? —gritó Yazdan—. ¡Debéis de estar loco! Esa indómita bestia pertenece al templo; el Vicario Harpagus la trajo de uno de sus viajes.

—¡Después de robármelo a mí! —rugió Conan—. ¡Apártate, muchacho, si no quieres salir mal parado de esta!

—Yo no puedo… la maldición de Zath me… —protestaba el joven, al tiempo que, con ambos brazos, trataba de detener a Conan.

—Lamento lo que voy a hacer —exclamó el cimmerio, dejando sus cosas en el suelo—, pero tú me obligas.

Levantó del suelo a Yazdan, que daba patadas y golpes en el aire, y arrojó al mozo contra la pared. Yazdan cayó medio inconsciente. Unos minutos más tarde, Conan salió del establo con Egil ensillado; el caballo relinchó, y piafó de alegría por haber hallado de nuevo a su antiguo amo.

Conan se detuvo en el mesón de Bartakes para comprar provisiones adicionales —una barra de pan, una tajada de carne y una bota de cerveza— para el viaje. Cuando le contaba las monedas a un bostezante Bartakes, a quien había levantado de la cama, una voz familiar le dijo:

—¡Ajá, estás aquí! Me estaba preguntando dónde te habrías metido. —El capitán Catigern, todavía sucio de hollín y de cenizas, venía con el brazo en cabestrillo. Siguió diciendo—. Por la manta que llevas enrollada sobre el caballo, parece que quieras abandonarnos.

—Tal vez lo haga —dijo Conan—, si encuentro una ocupación mejor en algún otro lugar. ¿Qué ha pasado con tu brazo?

—Se me cayó una viga encima, y creo que me he roto el hueso. Buscaré un cirujano tan pronto como pueda. En cuanto he visto que el fuego estaba bajo control, le he entregado el mando a Gwotelin.

—¿Cómo ha quedado el templo?

—De la nave central sólo queda una ruina indescriptible; las

maderas que caían del techo han destrozado ese ídolo araña en mil añicos. Pero, en el resto del templo, los daños han sido sólo leves; la mayor parte del edificio está hecho de piedra, y el combustible dejó de manar por esa cañería de la nave. Supongo que el estanque de que se alimenta acabaría por vaciarse.

—¿Crees que esto acabará con el culto a Zath?

—¡Por Mitra, no! Ya están hablando de reconstruir el templo. Apuesto a que elegirán a Darius como nuevo Sumo Sacerdote, pues fue su hechizo de lluvia lo que salvó la mayor parte del edificio. Habrá mucho trabajo para un artesano como tú.

—No lo dudo, pero tengo otros planes.

Conan pensó que los ojos de Zath, si no se habían hecho añicos también al desplomarse la cúpula, se habrían convertido en piedras corrientes y molientes a causa del calor. Con cierta complacencia vengativa, pensó que, aunque no pudiera sacar provecho de aquellas joyas, por lo menos nadie más las tendría.

—Eso es cosa tuya —le dijo Catigern—. A propósito, ese semental negro se parece sorprendentemente a uno de los caballos del templo.

—Egil es mío —masculló Conan—. Algún día te explicaré cómo me lo robó Harpagus. Si dudas de mí, te demostraré cómo responde a mi voz.

—No estoy en situación de contradecirte —dijo Catigern—. Al menos, esperemos que, con un nuevo Sumo Sacerdote, no aparezcan más arañas gigantes.

—¿De dónde sacaría Feridún aquella? Catigern se encogió de hombros, y dio un respingo a causa del súbito dolor que sintió en su brazo herido.

—No lo sé. Tal vez fuera una sobreviviente de alguna era pasada; o tal vez Feridún hizo crecer a una tarántula ordinaria con su brujería.

—¿Qué ha sido de los dos últimos vicarios?

—Harpagus todavía está loco, y Mirzes ha muerto. Lo encontramos en la nave central, parece que asfixiado por el humo.

—¡Bien! —exclamó Conan.

Catigern miró intensamente al cimmerio.

—Acabas de recordarme algo. Uno de mis hombres jura que te vio escapar de la nave con la araña pisándote los talones, aunque

nadie te había visto entrar. ¿Puede existir alguna conexión entre tu visita no autorizada y la muerte de Mirzes?

—Puede haberla —dijo Conan—. Pero hay algo más que tienes que saber. —Le describió la caverna donde se apiñaban los hijos de Zath—. La araña debió de poner un montón de huevos después que Feridún la metiera en las galerías. Si el rey no hubiese cedido, Feridún habría lanzado esa horda contra Zamora. Debía de haber alguna manera de drenar el estanque para que los hijos escaparan y se dispersaran por campo abierto.

Catigern silbó.

—¡Entonces, la araña de verdad era hembra, aunque dijeran que Zath era un dios masculino! ¿Y esas criaturas siguen ahí?

—A menos que el torrente de combustible en llamas llegara hasta la caverna y las abrasara. Supongo que así sucedió, porque si no habrían escapado de su madriguera igual que la madre.

—Prefiero asegurarme —dijo el brithunio—. ¿Podrías mostrarme la entrada de la cueva? Conan negó con la cabeza.

—Está por estos montes; pero podrías buscarla durante un mes sin encontrarla. Será mejor que bajes por la trampilla, como hice yo.

Catigern se estremeció.

—Tendré que entrar con mis hombres en ese agujero, armados con picas y antorchas, para comprobar que todas esas alimañas hayan muerto —murmuró—. ¡Feridún era un hombre honesto a su manera, pero que los dioses me guarden de fanáticos como él!

—He oído que podía controlar a las bestias de toda especie —dijo Conan, con un prodigioso bostezo—. Si hubiera sobrevivido después de perder sus arañas, habría podido enviar lobos, leones o águilas contra los zamorios. Bien, debo irme.

Catigern acompañó a Conan hasta la puerta, murmurando:

—Dejas algunos cabos sueltos que los sacerdotes querrán que investigue. Me alegro de no poder entrometerme ya en la vida de un hombre que me ha salvado el pellejo en dos ocasiones, aparte de desbaratar ese demencial plan del Sumo Sacerdote.

Conan estrechó la mano del brazo ileso de Catigern y, al ir a desatar el caballo, vio a la luz de las lámparas de Bartakes un barril de bitumen que se hallaba en una esquina de la posada.

Conan dejo estar al caballo y abrió la puerta.

—¡Mandana! —llamó.

—¿Sí? —Limpiándose las manos en el delantal, la hija del posadero salió de la cocina.

Conan se volvió hacia Catigern.

—Que te vaya bien, amigo. Querría hablar a solas con la damisela.

Catigern sonrió como un lobo y entró en la taberna. Conan dijo:

—Mandana, ¿quieres venir un momento? Tengo algo que decirte.

Interpretando mal la ancha sonrisa de Conan, la muchacha salió fuera sin hacerle esperar, con aires de afectación.

—Entonces, ¿ya te has hartado de aquella flaca moza del templo?

—Jamás volveré a verla —dijo Conan—. Antes de enloquecer, Harpagus el Vicario me contó que tú le habías informado de la visita de Rudabeh a esta posada.

—¿Y qué, si lo hice? Se lo merecía por violar las normas de su templo y por venir aquí a robarme mis clientes. ¿De qué vamos a vivir si me hacen la competencia desleal?

Conan asintió sensatamente.

—Voy a enseñarte algo. —Se acercó al barril y levantó la tapa—. Ven —dijo.

Agarró a Mandana por la cintura y la levantó del suelo.

—¡Nial! —gritó la joven—. ¡En el barro no! ¡Los bárbaros sois tan impetuosos! Tengo una buena cama arriba…

—Sí —gruñó Conan.

Con una zancada, se acercó al barril. Se inclinó sobre este; la muchacha, a la que todavía tenía agarrada por la cintura, reía, y Conan sumergió su suelta melena en el líquido parecido a brea.

Lo hizo con tanta rapidez y precisión, que Mandana no sospechó de sus verdaderas intenciones hasta que toda su cabellera estuvo empapada de bitumen negro y pegajoso. Entonces, chilló.

Rápida y ágilmente, Conan la levantó y la puso en pie. Ella, por unos momentos, calló estupefacta; el bitumen le resbalaba por las orondas y rosadas mejillas y le goteaba sobre el corpiño. Frenéticamente, se pasó las manos por los cabellos que ahora parecían un manojo de cuerdas, miró la viscosa sustancia que los ensuciaba, y chilló sin articular palabra alguna.

—Este es tu justo castigo por charlatana —le gritó Conan—. Tendrás que raparte, y cuando te vuelva a crecer el cabello tal vez hayas aprendido a no meterte en los asuntos de los demás.

Conan desató el caballo y se subió a la silla de montar. Perseguido por gritos de «¡Te odio! ¡Te odio!», se alejó al trote ligero por el camino de Shadizar.

El cimmerio pasó de largo frente a Kharshoi, donde empezaba a ensancharse el angosto valle que Yezud presidía, y cabalgó hacia las más anchas tierras de la Zamora central. Como el sol ya había dejado atrás su cénit, Conan tiró de las riendas en una elevación del camino, desde donde podía contemplar las tierras por las que había venido. Bostezando, sacó un muslo de ave y una galleta de su alforja y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas para comer, mientras que Egil, arrastrando las riendas, masticaba hierba a sus espaldas. El sueño fue adueñándose del cimmerio, pues no había dormido desde la noche anterior; pero no se atrevía a relajarse hasta que se hubiera alejado de Yezud.

De pronto, se produjo frente a Conan una alteración en el aire, como si hubiera tomado cuerpo un pequeño diablo del polvo. Entonces el polvo se dispersó, y apareció Psamitek el Estigio con un pequeño trípode de latón, en cuyo ápice echaba humo un pequeño brasero. Mientras Conan le miraba boquiabierto, el estigio se agachó y dejó el trípode en el suelo. Dirigió algunos ademanes al artilugio, al tiempo que cantaba en una lengua gutural que Conan no conocía.

—¿Qué diablos es esto? —gritó el cimmerio al tiempo que se ponía en pie y echaba mano de su cimitarra—. Por Crom que, esta vez…

Antes de que Conan hubiera terminado de hablar, Psamitek gritó una palabra. Al acto, el humo de color zafiro que se elevaba desde el trípode se condensó en una columna semejante a una cuerda, y se retorció como una serpiente traslúcida de color azul pálido en la calma de la media tarde.

Con otro gesto y otra palabra del estigio, la serpiente de humo azul se arrojó sobre Conan como un ofidio en su ataque. La cuerda de vapor proyectó anillos en torno al cuerpo de Conan como una fantasmal pitón, y le sujetó el brazo derecho antes de que hubiera podido acabar de desenvainar la cimitarra. Otro anillo se enrolló en

torno a la garganta de Conan y la oprimió hasta que el cimmerio ya no pudo respirar.

Conan forcejeó hasta que los labios se le llenaron de espuma. Con la mano izquierda, que aún tenía libre, agarró el lazo de humo que le apretaba el cuello; su misma túnica no podía dar cabida a sus músculos en tensión. Al tacto, aquel humo parecía una cuerda hecha de alguna sustancia aceitosa, flexible, pero animada, como una anguila viva, pero seca.

Logró meter el pulgar entre el lazo y la garganta, aunque tuvo que herirse su propia carne con la uña. Tiró de la atadura hasta que su garganta, con dificultad y entre jadeos, pudo tomar aliento de nuevo; pero aquello era como tirar de un cable de metal. El lazo se estrechó, y el rostro de Conan se tiñó de púrpura. Las venas de sus sienes se hincharon hasta que pareció que fueran a estallar.

Psmitek sonreía aviesamente.

—Ya te dije que no se me habían acabado los trucos. Ahora, podré hacerme sin problemas con tu cabeza y con la recompensa que ofrecen por ella. Ni siquiera tendré que dividirla con ese salvaje turanio. ¡Voy a tener la mejor biblioteca esotérica de toda Estigia!

Conan trató de morder el lazo, pero no pudo tirar de él con fuerza suficiente para llevárselo a los dientes. Se le ocurrió que podía tratar de arrojar su daga, pero uno de los lazos de humo le estaba oprimiendo el arma contra el costado. Oyó que Egil se movía nerviosamente a sus espaldas y contemplaba la escena con angustiada estupefacción.

Ante el espectáculo de los violentos pero ineficaces esfuerzos de Conan, Psamitek se permitió una sonrisa cínica y fría.

—¡Esto —dijo complacido— me causa mayor regocijo que las luchas de gladiadores de Argos!

Ante los ojos de Conan, el paisaje se desdibujaba y se sumía en la penumbra. Con un último esfuerzo, el cimmerio logró separar lazo y garganta lo suficiente para poder dar una voz.

—¡Egil! —farfulló—. ¡Mátalo!

Con un bufido, el bien entrenado caballo de guerra dio un brinco y se encabritó delante de Psamitek. Conan alcanzó a ver el rostro cetrino del estigio, que, de pronto, miraba boquiabierto, alarmado ante la inesperada intervención. Y entonces, uno de los cascos de Egil golpeó la cabeza rapada de Psamitek, y su cráneo

crujió al romperse.

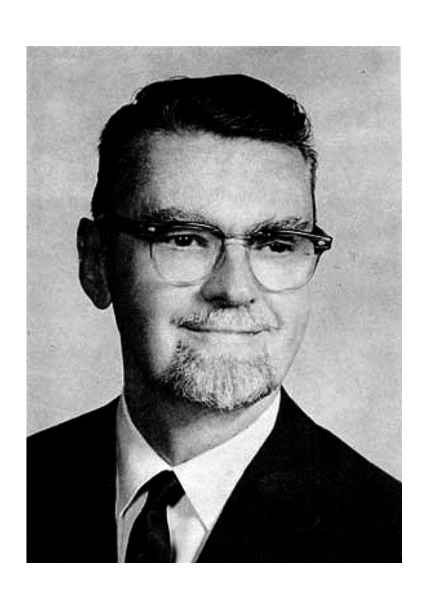
Al instante, la cuerda mágica se desvaneció, se disolvió en volutas de humo. Una vez libre, Conan cayó al suelo, respirando hondo entre jadeos.

Cuando se hubo recuperado, el cimmerio se puso en pie y se acercó tambaleante al cadáver de Psamitek. Abrió la bolsa del estigio y encontró gran variedad de monedas, algunas de oro, y el rollo de pergamino en el que constaba la recompensa que ofrecía Tughril por la cabeza de Conan. El cimmerio se guardó el dinero en su propia bolsa.

Examinó el pergamino y trató de descifrar su alargada y fina escritura. Pensó que no le convenía permitir que aquel documento siguiera circulando. Algún otro podía encontrarlo y, como Psamitek, podía tratar de hacerse con la recompensa.

Conan se agachó y, suavemente, echó aliento al minúsculo fuego que ardía sin llama en el brasero; el pequeño trípode seguía en pie. Cuando hubo reavivado la llama, acercó una esquina del pergamino al trípode y aguardó a que la cara escrita se encendiera. Sostuvo el pergamino y le fue dando vueltas para que la llama se extendiera por toda su superficie. La críptica escritura se tiñó de color rojo por unos instantes, y luego desapareció. Al cabo de poco, todo el documento, salvo la esquina por la que Conan lo sostenía, quedó reducido a cenizas.

Entonces, Conan volvió a montar y se marchó a medio galope; dejó el cadáver del estigio para las hienas.



LYON SPRAGUE DE CAMP (Nueva York, 1907 - Plano, 2000). Sus primeras décadas las aprovechó siendo un buen estudiante e interesado por la Ciencia. Se diplomó en el Instituto Tecnológico de California (1930) y en el Stevens de Nueva Yersey (1933). Sus primeras labores las desarrolló como ingeniero, instructor y director de la Escuela de Invención y Patentes. El siguiente trabajo como editor y periodista (1937-38) le hace irse aproximando al campo de las letras. El primer relato que vende profesionalmente es *The Isolinguals*, en septiembre de 1937, para «Astounding Stories». Su vida se encamina a ser escritor «free-lance» para las revistas de la época, hasta que la Guerra Mundial trunca sus planes, donde desempeña una labor de experto para la Marina de los Estados Unidos. Licenciado con el grado de comandante, vuelve por sus fueros como escritor, realizando, también, una labor de periodista y colaborador de una agencia publicitaria en Filadelphia (1956).

L. Sprague de Camp es fundamentalmente conocido en España por sus colaboraciones con R. E. Howard y Lin Carter en la saga de *Conan*, al igual que como especialista americano en la Heroic Fantasy. Pero su faceta fundamental versa en torno a una space opera picaresca y a una fantasía de clara tendencia humorística. La *serie de Krishna o serie de Viagens Interplanetarias* es una mezcla de

aventura a lo Edgar Rice Burroughs y de intrigas maquiavélicas, destacando unos personajes «simpáticos» para el lector, antihéroes que les mueve el interés práctico. Dentro de este ciclo sobresalen las siguientes novelas: *La torre de Zanid* (1958), *The Search for Zei* (1962) y *The Hand of Zei* (1963).

El Rey Reluctante es una trilogía donde persisten los grandes temas del autor: una imaginería de tipo humorístico, con referencias medievales y haciendo hincapié en la aventura; un carácter «urbano» y sociológico, cuestionando el lugar que uno ocupa en una sociedad cuando algo lo perturba, y la utilización del esfuerzo del héroe para construir un nuevo estado de cosas. También el uso de la tecnología mágica, aplicada a los fines de una razón práctica. La obra está compuesta por las siguientes novelas: *La torre encantada* (1968), *Los relojes de haz* (1971) y *El rey que salvó su cabeza* (1983). En base al éxito de estas narraciones, De Camp escribió una nueva secuela: *The Honorable Barbarían* (1989).